

VALPARAISO A TRAVES DE LA LITERATURA

Julio Orlandi Araya

PROLOGO

DESEAMOS dar en el presente trabajo una visión clara, detallada y crítica de las formas que adquiere Valparaíso en las producciones literarias de artistas nacionales y extranjeros, a quienes el juicio crítico profesional o la opinión del lector culto hayan reconocido como valores auténticos en la novela, el cuento, la poesía u otras variedades de escritos.

La labor investigadora consistirá en averiguar cómo aparecen interpretados, a través de los años, la ciudad, el mar, los cerros, las construcciones; en precisar las características peculiares de sus tipos: fleteros de mar y tierra, guardianes marítimos nocturnos o «guachimanes», aguadores, marineros, prostitutas, palomillas. Consideraremos, además, si los escritores estudiados ponen en juego en sus obras la relación entre el paisaje y la psicología, entre el individuo y su medio.

Siempre que la claridad aconseje y la materia lo permita, haremos alusiones a pasajes de obras chilenas en que se desarrollen temas afines, con el objeto de establecer una tabla de valores que permita apreciar adecuadamente el grado de profundidad y exactitud de las observaciones contenidas en las creaciones analizadas.

Para fundamentar un aspecto de este trabajo que a alguien podría parecer inadecuado, recordaremos algunos principios de validez universal: La literatura, como la cultura en general, está en íntima relación con el medio geográfico y el factor histórico. Ello se debe al simple hecho de que los fenómenos se dan en un

lugar determinado en el espacio y en una época delimitada con cierta precisión en el tiempo. Por otra parte, trátense de valores o acontecimientos políticos, pedagógicos, históricos o literarios, sólo pueden ser justamente apreciados en función del pasado. Por eso hemos creído conveniente dedicar la primera parte de estos trabajos a la presentación de una síntesis geográfica, histórica y económica de Valparaíso.

PORTICO

IMAGEN DEL PUERTO *

«Hagamos desvanecerse los millares de casas que pueblan tus verdes cerros; y los rascacielos y las torres; y que desaparezcan los molos, los diques y las potentes grúas; y luego las fábricas y los navíos, y los millares de luces que hacen de tí una joya preciosa de la noche; y toda, toda la obra humana de cuatro siglos de manera que sólo quede en tí lo que no muere nunca, lo majestuoso, lo eterno; la dura tierra austral y el mar bravío amándose salvajemente bajo la Cruz del Sur.

¡Eso eras tú, Valparaíso, antes de tí mismo!

¡Libres elementos de la naturaleza!

Los astros fulgurando sin otra razón que su sola belleza, los vientos corriendo, de pronto como un azote de cólera divina, de pronto desmayados hasta la brisa; la tierra enaltecida por la soberbia de la roca invencible; y el mar, el mar inmenso y oloroso, batiendo su canto de tempestad y de caricia.

Era la poesía salvaje y tormentosa, salvaje y pura. Sobre ella sólo tú podías nacer, Valparaíso.

Sólo tú, en medio de galeones de aventuras; sólo tú, entre leyendas de siete mares; sólo tú, entre los cuatro vientos que acuden al país de extrema latitud austral.

Durante cuatro siglos, venciendo el Cabo de las Tormentas, o surcando las aguas tórridas del anillo terrestre, desde todos los rincones del mundo, vienen a verte los ojos azules de los navegantes y tus tabernas conocen el tatuaje de lejanas tierras maravillosas.

La jarcia vive en tí todavía y la lona blanca, último verso de la poesía marina, entra a tus aguas hermanada al humo del petróleo que acciona los barcos gigantes, navegando sobre miles de vidrios de oro y de sol o bajo el azote de las aguas de plata fría y penetrante; bajo los mismos astros de la noche propicia, bajo el mismo vuelo que permanece en las mismas gaviotas.

Eres de la tierra y eres del mar, Valparaíso. Hacia tí van los ferrocarriles presurosos, recogiendo el fruto de valles y montañas; a tí llegan los barcos de carga, vaciando en tus muelles el olor diverso y penetrante de sus bodegas estibadas en ultramar.

Bajo tus cielos de tempestad o de bonanza, entre tus rascacielos y tus fábricas, entre las sirenas de los barcos y el ruido impaciente de las cadenas y las grúas, sobre tus caminos y tus ferrocarriles, bajo el fuego de tu artillería que saluda a todas las naciones del mundo, bajo el vuelo liviano de las gaviotas, entre el temblor etéreo de tus mensajes inalámbricos y sobre tus glorias y tus tradiciones, es el alma de tu pueblo, eternamente renacida en la adversidad de tu destino duro y grandioso lo que hizo de tí el paisaje vasto y nutrido, color de millares de calores bajo el sol, luz de millares de luces bajo la estrella polar.»

INTRODUCCION

PRIMERA PARTE

FUNDACIÓN DE VALPARAÍSO

Dice Roberto Hernández* que no podemos considerar el año de 1536, como fecha de la fundación de Valparaíso, ni tampoco el nombre de Juan de Saavedra, un capitán de la hueste de Almagro como su fundador, pues «antes de salir de la ciudad del Cuzco para la empresa del descubrimiento de Chile, Almagro había despachado para Lima a tres de sus más esforzados capitanes con el encargo de reunir más gente y acopiar mayores elementos. Uno de ellos armó tres bajeles, con abundantes provisiones, que debían seguir el derrotero del sur, pero sólo uno de tales barcos pudo arribar por acá a mediados de Mayo de 1536, a un punto que se cree correspondiese al actual puerto de los Vilos.

Allí supieron sus tripulantes que Almagro se hallaba en esas inmediaciones; y sin vacilar, partió uno de ellos a comunicarle la llegada del buque a las costas de Chile. Aquel mensajero se encontró con Almagro el día 25 de Mayo.

Inmediatamente Almagro dispuso que uno de sus capitanes, Juan de Saavedra, fuese con un grupo de jinetes a re-

* *La Unión*, 20 de Mayo de 1940.

conocer el sitio a que había llegado aquel buque, pero, calculando su marcha hasta más el sur, ya que el derrotero de la nave continuaba, aunque con dificultad.

Fiel a esta orden y sirviéndole de guía el propio conductor de la noticia, Juan de Saavedra visitó nuestra costa y serpenteando por entre los montes y riscos de sus playas, llegó hasta este famoso valle de Quintil o Quintril, que era el nombre de los bosques de algarrobillos que ocupaban gran parte de sus cerros, por entre los cuales descendían al mar frescas y cristalinas corrientes de agua.

Del contexto de los relatos contemporáneos se desprende que el buque con instrucciones de seguir avanzando hacia el sur en cuanto se repusiese de sus averías, ya estaba fondeado en nuestro valle de Quintil, cuando Juan de Saavedra asomó por estos sitios cuyo descubrimiento se le atribuye.

Los españoles que llegaron en el buque serían los primeros europeos que nos visitaron. Y aquí tenemos dos tradiciones; una que dice que esos tripulantes, después de las tormentas que habían pasado en estos mares, encontraron todo esto un paraíso y por eso llamaron Valle del Paraíso, y otra que dice que Juan de Saavedra, llegado después de tales tripulantes quiso inmortalizar el nombre del lugar de su nacimiento y por eso llamó Valparaíso a la caleta de Quintil.

(La opinión de don Luis Thayer Ojeda es favorable a este segundo punto de vista. En efecto en un pasaje de una de sus obras* dice lo siguiente: «Valparaíso, cuyo nombre dióselo el infortunado Juan de Saavedra en memoria del pueblo de que era oriundo, cuando llegó a su rada en los primeros días de Septiembre de 1536, fué durante largos años una miserable aldea.» Max Raddiguet** cita en el año 1847, una versión que hace derivar el nombre de Valparaíso de la frase «Valde paraíso» (paraíso vano) que ha sido desechada por infundada.)

Tal es la etimología que Mariño de Lobera*** da al nombre de Valparaíso, aunque Juan de Saavedra, según su propio testimonio era natural de Sevilla y no menciona para nada a

* *Las Narraciones Históricas.*

** *Recuerdos de la América Española* («Reminiscencias...» Santos Tornero, Valparaíso).

*** *Crónica del Reino de Chile* (1550-1565).
Santiago.

Valparaíso, nombre que, por lo demás, se repite cinco o seis veces en la geografía de la península.*

Después del capitán Saavedra no tardó en llegar a Valparaíso, por vía de Quillota y Marga-Marga, el propio adelantado don Diego de Almagro, que hizo reconocimiento en toda esta parte de la costa antes de volverse al Perú, quedando Chile intacto «para el valor de Valdivia y la musa de Ercilla», según la bella expresión del ilustre Quintana.

Con más lógica podría considerarse como fecha de fundación de Valparaíso la del 3 de Septiembre de 1544, porque entonces vino una vez más a esta desolada playa el conquistador don Pedro de Valdivia; y al designar al capitán genovés Juan Bautista Pastene como jefe de una expedición que debía explorar la costa hacia el sur, dijo Valdivia en el poder que confirió aquí mismo y que es el más antiguo documento notarial que poseemos:

«Y ahora de nuevo nombro y señalo este Puerto de Valparaíso para el trato de esta gente y ciudad de Santiago...»

(Es preciso notar que ese modismo «de nuevo» en el lenguaje de la época, equivalía a decir «ahora mismo».)

Valparaíso quedó instituido entonces oficialmente como el puerto de Santiago, aunque Valparaíso, también hay que advertirlo, viene considerado en el mismo antiguo documento como simple «término y jurisdicción de la ciudad de Santiago», y no como núcleo aparte e independiente.

Porque hablando con absoluto rigor, el 3 de Septiembre de 1544, no equivale en la cronología histórica de Valparaíso a lo que el 12 de Febrero de 1541 en la de Santiago. Nosotros no tuvimos en la primera fecha ninguna otra ceremonia propia de toda fundación, como ser el trazado de planta, reparto de solares, instalación del rollo de la justicia y de la horca,

* En España, Sevilla, un caserío lleva este nombre. En Murcia, un municipio. Lo mismo en la provincia de Zamora, y en la de Cuenca. A tres kilómetros de Córdoba existe el monasterio de Valparaíso. En Jaén, un arroyo. En Toledo, una dehesa. En Cáceres, un despoblado.

En Tarapacá hay un fundo de este nombre con más de 1,000 habitantes, y en Antiofagasta una hacienda. En Colombia, Antioquia, existe la población de Valparaíso con 4,700 habitantes. En México una ciudad y un río llevan este nombre. Finalmente, en Estados Unidos, en Indiana, hay una población de 6,800 habitantes y en el Estado de Nebraska, una de 700 habitantes, con igual denominación.

ni muchísimo menos la designación de autoridades, ya que los conquistadores de América acostumbraban, junto con fundar una ciudad, dotarla de alcaldes, regidores, procuradores y de todo lo que formaba el ayuntamiento.

En todo caso, el año del descubrimiento o del bautizo no debe confundirse con el año de la fundación. Y si se quisiese establecer con toda propiedad quién fué el primero de los conquistadores españoles llegados a Valparaíso o a su comarca, quien fué el descubridor, tendríamos que mencionar primero al sevillano Calvo de Barrientos, y no al sevillano Juan de Saavedra. Según el padre Rosales, Pedro Calvo de Barrientos, estuvo enrolado en huestes de Pizarro y, por demasías que cometió en Jauja, le hicieron cortar las orejas y lo pasearon con afrenta por las calles. Por eso huyó del Perú, por el año 1534, y radicóse en el valle de Aconcagua.

Durante la celebración del «Cuarto Centenario de la fundación de Valparaíso», el ex-director general de Bibliotecas, don T. Thayer Ojeda, personalidad de gran preparación en el ramo y con sólido prestigio de historiador e investigador, dijo al respecto:*

«1. A mi juicio se debe afirmar categóricamente que no se realizó acto alguno que signifique la fundación de Valparaíso durante el siglo XVI; salvo si se le da tal valor a las expresiones del gobernador don Pedro de Valdivia contenidas en el poder que dió a Juan Bautista Pastene en ese puerto el 3 de Septiembre de 1544.

2. No se conoce prueba fehaciente de que el puerto de Valparaíso tuviera ese nombre antes de la fecha apuntada más arriba.

3. La versión del cronista don Pedro Mariño de Lobera que atribuye el descubrimiento del puerto y su denominación al capitán Juan de Saavedra, no es indudable ni indiscutible.

a) Este cronista sólo vino a Chile en 1552, y no es muy veraz, sobre todo cuando se refiere a la patria y noticias biográficas de sus personajes.

b) Juan de Saavedra no era natural de Valparaíso, como afirma el cronista, sino sevillano, oriundo de la ciudad de

* «El desastre financiero de la Municipalidad de Valparaíso». Roberto Hernández. Valparaíso, 1943.

Ecija, hermano de Alonso de Zayas y tío de Diego de Lira Zayas.

c) Mariño de Lobera sienta que el nombre indígena de la bahía de Valparaíso era Aliamapa, y Valdivia, sin duda mejor informado, sólo dice que estaba en el valle de Quintil, lo que, sin constituir una contradicción manifiesta, basta para presumir que el nombre indígena verdadero o más generalizado era el que usó el gobernador.»

SEGUNDA PARTE

VALPARAÍSO PRIMITIVO

Vicuña Mackenna, historiador que supo imprimir al austero y eremítico lenguaje científico la tersura del lenguaje literario, mereciendo sus obras el juicio de no haber sido escritas con la pluma sino «con pincel y paleta», proporciona interesantes datos sobre Valparaíso primitivo: *

«La vasta ensenada en que yacía el surgidero que los descubridores llamaron Valparaíso, no era un desierto como la esterilidad de sus contornos pudiera permitirlo. Habitaba esa raza especial de aborígenes que conserva todavía su nombre, su tipo y hasta su humilde ejercicio de la mar, los changos.

Participaban estos indígenas de la labranza y de la pesca para su mantenimiento y la última les proporcionaba algunos artículos de cambio, como se nota todavía entre los changos del Paposó y los marisqueros de Chiloé. Servíanse para esta industria de cuero de lobo inflados que unían en pares por medio de fuertes costuras y de tablillas rudas de maderas, cuyos botes son los mismos que observó Beauchene Gonin navegando centenares de leguas en las costas del Perú (1700),

* *Historia de Valparaíso* (1536-1868).

y que poco más tarde reprodujo en láminas el prolijo Frezier (1713), copiándolos de los usados en el Huasco. Más de un siglo después (1830), encontrólos todavía en ejercicio el célebre viajero D'Orbigny entre los pescadores de Cobija, y a la verdad que sólo el vapor ha hecho desaparecer la balsa de las aguas del Pacífico, desde hace algunos años. Pero el vapor no ha podido extinguir los changos, y apenas si los ha convertido en jornaleros.»

Aún en nuestros días se conservan en las caletas porteñas algunos representantes de esos antiguos changos, dedicados exclusivamente a las faenas de la pesca. Bajos, de color moreno-rojizo, con un dilatado diámetro malar, se deslizan entre los botes con un marcado vaivén de pato y una roída indumentaria sobre sus cuerpos mal olientes y escamados de mugre.

Y continúa Vicuña: «la comarca que rodea la vasta ensenada que se extiende entre la punta de Concón y la que, sustentando hoy el faro la cierra a una legua aérea de distancia, era conocida por sus primitivos pobladores con el nombre de Aliamapa o Alinmapu, que en lengua de indios quiere decir "país quemado".»

Es curioso observar cómo el moderno Alinmapu ha conservado el culto a la ígnea deidad. Con alarmante frecuencia las sirenas anuncian, como las campanas a los fieles, una nueva ofrenda a la divinidad. Cuando por las tortuosas calles del Puerto, atiborradas de letreros cosmopolitas, se retuercen en desesperada carrera los agudos pitazos de las bombas, adquieren todo su valor las expresiones de Joaquín Edwards Bello: «Pirópolis», «incendios intencionales», «hechos de comercio».*

«Pero lo que constituía propiamente el asiento de la futura población y cuya playa sería el surgidero de las naves, añade Vicuña, era un solitario y estrecho valle sobre el que desembocaban las tres quebradas que se llamaron más tarde de Juan Gómez, San Francisco y San Agustín. Tal era estrictamente el puerto. Y a la reunión de esas laderas, cubiertas entonces de espesos, pero no corpulentos bosques, llamaban los indígenas valle de Quintil.

* *En el viejo Almendral.*

En cuanto a la playa arenosa que se denominó más tarde impropriamente el Almendral* era un territorio distinto y casi inaccesible, porque en esos remotos días el farellón que se ape-llida todavía el Cabo, sepultaba dentro del mar y bajo las olas, su frente de basalto. Una cicatriz de esa frente hecha más tarde por el estallido de la pólvora fué lo que el vulgo llamó «la cueva del chivato», nombre imperecedero como la memoria y la superstición de la muchedumbre.

Nada entre tanto, podía ser más agreste ni más romántico que el aspecto de aquellos sitios, apenas turbada su majestuosa soledad por la presencia de la civilización, esta eterna ma-drastra de todo lo que salió bello e intacto de los eternos mol-des de la creación. El mar, no contenido por toscos pretiles, penetrando con las mareas hasta besar el pie de los quillayes y los boldos, árboles que todavía predominan a lo largo de nuestro litoral desde el Maipo al norte, mientras que en las desnudas y rojizas colinas, como un ejército de gigantes pues-tos en atalaya, mecían sus esbeltas copas, agitadas por el viento, las palmas reales, emblemas legítimos de un clima sin igual. En el fondo de aquellas selváticas laderas brotaban por entre las grietas del granito, fuentes vivas de esa agua perenne todavía y que no han agotado en tres siglos todos los errores y todas las desidias humanas asociadas, alcanzando sólo a fabricar cloacas donde antes regara vergeles. Los húmedos canelos, los elegantes maitenes y algún aromático culén, hacían bóveda a los manantiales que llegaban a la arena, mientras que los bellotos y los peumos, y algún maléfico litre revestían con su sombrío follaje sus declives.

Empero, en un claro de aquellas boscosas cañadas existía un pueblo de indios, que este propio nombre le da una provisión oficial de Pedro de Valdivia, si bien el mayor número de sus habitantes tenían sus cabañas esparcidas en los declives o en el fondo de aquellas estrechas gargantas para aprovechar el

* Sobre el particular, leemos en la *Gaceta de Chile*, Septiembre de 1936, lo siguiente: «A pesar de los cientos de años transcurridos, Valparaíso conserva muchos recuerdos de sus primeros tiempos... El soldado Martín García, desengañado de encontrar una mina de oro... que le asegurase un enriquecimiento fácil, comenzó a pensar en dedicarse a la agricultura.» Buscó una tierra apta para plantar almendros, pero «de los resultados de la plantación se sabe muy poco». De los almendros quedó el recuerdo que comenzó a bajar a la playa «pues en la actualidad se conoce con el nombre de «Almendral» el barrio que existe entre el Barón y el Puerto...»

beneficio de los riegos en sus escasos sembrados de maíz, planta que en el nuevo mundo tenía la misma importancia que en el viejo el trigo.

Vivían de esta suerte felices y olvidados aquellos ribeños, sin los feudos y las guerras de sus vecinos de los valles cultivados, por manera que cuando llegaron a sus tierras aquellos hombres barbudos, de blanca tez, de pechos de hierro y cabalgando en monstruos nunca vistos, no pudieron menos que sobrecogerse de pánico y sorpresa.

Debió ser, a la verdad, una escena llena de interés y novedad la que presentaron aquellos salvajes sencillos y desnudos cuando desde la playa contemplaron por la primera vez, en silenciosa admiración, las velas del Santiago hinchadas por el viento, adelantándose desde el lejano horizonte y en seguida sintiendo apearse de sus caballos a las puertas de sus rucas a los invasores que llegaban por los Andes.

La corta permanencia de la cuadrilla que trajo Almagro y lo incierto de sus operaciones, no dió lugar, con todo, para que aquellas gentes recibieran del acero y de la cruz el primer bautismo de la conquista. Acaso la blanda contribución del lavar unas pocas bateas de metal de sus auríferas quebradas o en las minas de Marga-Marga fué todo el tributo que rindieron a los descubridores, los changos de Quintil y Alinmapu.

No verían, sin embargo, los últimos sin cierto regocijo alejarse desazonados de esta tierra, que desde entonces quedara «mal infamada», porque el oro no relucía en sus arenas, a aquellos huéspedes de funesto augurio. Y como pasaran largos días sin saberse sus noticias, acaso se persuadieron de que los huincas no volverían a aparecer en sus colinas.»

Agustín Edwards* ha dejado algunas anotaciones sobre una etapa más avanzada de este primer período de la historia porteña: «Durante el primer siglo de su existencia, escribe este autor, la ciudad de Valparaíso no conoció sino los azares de una población incipiente y pobre hasta la miseria, los sacudimientos de los terremotos, los saqueos e incendios de los filibusteros que asolaron sus escasas construcciones y limpiaron su bahía de los barcos que, de tarde en tarde, echaban anclas trayendo del Perú modestos cargamentos de azúcar y arroz, y

* *Mi Tierra.*

en espera de trigo, charqui, sebo y negros, traídos, estos últimos, en tránsito del Africa al Perú.»

Contrasta con esta primitiva tranquilidad aldeana, la bulliciosa imagen que presenta del puerto hacia 1795 el navegante inglés George Vancouver* como un profético barrunto de la actividad futura: «En la bahía y cerca de la playa anclaban varios veleros mercantes entregados a sus respectivas operaciones, iban y venían a ellos botes de la playa, en la cual se desarrollaba una animada escena en que participaban hombres y ganado; el conjunto demostraba la calidad del intercambio comercial entre países distantes, que sólo las artes y la civilización pueden realizar.»

Esta breve pintura que Vancouver ofrece de Valparaíso colonial, nos permite apreciar un movimiento mercantil considerable para la época. Esta agitación comercial crea un ambiente poco propicio para la labor de un literato. Esta incipiente crisis de crecimiento es un temprano anuncio del derrotero que ha de marcar el medio social a las nuevas generaciones. Un formidable concepto pragmático de la vida ha de sacrificar al utilitarismo el cultivo desinteresado de las letras y de las artes en general. La solvencia de un banquero no es lo mismo que la solvencia de un poeta.

* *Mi Tierra.*

TERCERA PARTE

HACIA EL PRESENTE

Sírvannos de introducción las palabras de Vicuña Mackenna al expresar que «Valparaíso es la hija legítima de la Independencia».* Y, sin más preámbulos, pasemos a examinar una interesante descripción del Valparaíso actual proporcionada por Benjamín Subercaseaux: «Santiago y Valparaíso, apunta, tienen una unidad geográfica y una dualidad psicológica. Pasada la cuesta de Zapata, en la zona de Casablanca y Placilla, aparece un campesino más desenvuelto y ágil, con la mirada más viva; algo menos indígena y embotado que el terroso habitante del campo central. Desaparece el rancho de barro y paja; ya no se ven carretas ruinosas tiradas bajo el sauce llorón. Ahora son las casitas de ladrillo pintadas de blanco, con techos de zinc y un corredor al frente. Hay pequeños jardines, bosques de pinos y eucaliptus.»**

Análogo contraste se observa el movilizarse entre ambas ciudades por vía férrea.

En la página 157, capítulo IX, leemos:

«Valparaíso es el primer puerto de Chile, en antigüedad e importancia. En otro tiempo lo fué también de todo el

* Obra citada.

** *Chile o una loca geografía*. Pág. 154.

Pacífico Sur, por su comercio. Los barcos que buscaban su salida por el estrecho de Magallanes debían detenerse necesariamente en él; pero vino la apertura del canal de Panamá que detuvo su crecimiento.

»Antes de la guerra del Pacífico, Chile importaba unos 40 millones de pesos, de los cuales sólo un millón entraba por los otros puertos.

»En una bahía muy ancha, con una amplia boca que mira al norte, Valparaíso aparece en el estuche de la noche como un admirable collar de pedrerías.»

A propósito de esta frase del autor hay que hacer notar que el aspecto de Valparaíso iluminado es uno de los lugares comunes de los escritores. Parece que a estos artistas los hechizara el encanto de esas mágicas linternas que encienden el mar con sus claros reflejos de plata fundida. Estas nítidas luces que imitan con su parpadeo el rutilar de los estrellas, los emociona hondamente y los obliga a verter, en sus obras, el lirismo de sus espíritus, dedicándole de sus metáforas las mejores. «Collar de pedrerías» dice Benjamín Subercaseaux. «Sementera de luces» escribe Agustín Edwards. «Color de millares de colores» exclama el autor de nuestro «pórtico».

Veamos a continuación cómo describe esta peculiaridad porteña Agustín Edwards en *Mi Tierra*. En realidad nos proporciona una interpretación adecuadísima de esas luces que, «arañando los cerros, se lanzan a los espacios en pos de las estrellas» o que, «encaramadas en los rocas, atisban las aguas del mar con el ritmo acompasado de los cuerpos dormidos.» «En las noches de estío, dice, desde lo alto de los cerros de Viña del Mar, se ve centellear a lo lejos el faro de Punta Angeles y el de Punta Curaumilla,* como centinelas avanzados de una sementera de luces, que titilan en los faldeos de los cerros y se extienden en filas cerradas y brillantes, contorneando las avenidas y calles de la ciudad. Aquella masa de chispas inextinguibles irradia sobre los perfiles montañosos que le sirven de marco a la bahía y sobre las aguas profundas del Pacífico una luz tenue y difusa, dándoles (en la lejanía) un color negro de cuervo que insensiblemente hace recordar en un pensamiento

pone Corumilla.

* Santos Tornero en «Reminiscencia...»

de Goethe, el pasado tétrico y el presente luminoso del primer puerto de Chile: «Allí donde hay mucha luz, las sombras son más profundas.»

También Blasco Ibáñez pagó tributo a esta fantástica sirena de la noche: «Yo he recorrido, dice, muchas tierras, conozco el puerto de Lisboa reflejado en las aguas tranquilas del Tajo. He contemplado el puerto de Nápoles desde el cráter del Vesubio. He admirado en Constantinopla el panorama del Bósforo a la luz de esa luna que está colocada en la bandera de Turquía; y nunca he recibido una impresión más hermosa y poética que la de esta bahía poblada de luces.»

Seguendo Subercaseaux la descripción del puerto, añade: «Bajo la luz del sol, raramente matinal, vemos un amontonamiento de casas irregulares que cubren los cerros y que se internan envueltas en un vaho azul por las quebradas profundas. Boscoso en la parte oeste; estrecho y muy poblado en la parte céntrica, ahí donde los cerros salen al encuentro del mar, termina por extenderse perezosamente por el Almendral, y hasta internarse en los cerros que le abren paso frente al Barón.

...En la parte alta (a la derecha del que entra) está Playa Ancha, barrio formado por un conglomerado de antiguos chalets, estilo 1900, con un jardín romántico, papayos, parrones y palmeras que sacude el viento sur entre remolinos de polvo.

Playa Ancha está obsesionado por un ambiente de marina y de antiguas glorias.

...La parte más importante de Valparaíso se extiende en un anfiteatro de cerros que ciñe una estrecha faja de tierra plana en torno a la bahía. Abajo está el barrio marinero (Aduana), el barrio acomodado y criollo (Pedro Montt-Almendral) y el barrio del Barón, exclusivamente popular.

Cada sector tiene un carácter tan propio y definido, su aspecto responde tan exactamente a una época determinada, que podemos afirmar resueltamente que en Chile no hay otra ciudad como ésta donde se pueda abrazar todo un trozo de vida palpitante y sentirlo palpar junto a nuestra propia vida.

Los marinos porteños, sus vagabundos aman el puerto. Son unos grandes enamorados de la vida y Valparaíso la da en abundancia al que sabe comprenderlo con amor.

Existe primeramente un malecón, junto al cual se mecen algunos remolcadores de alto bordo. Si nos volvemos dando la espalda al mar, nos sentimos cómo un director frente a su orquesta: toda la ciudad nos mira atenta, y nos brinda sus primeros acordes. En primer término los pitos de los trenes y la ancha faja de los rieles. Luego la Avenida Errázuriz, una amplia arteria que mira hacia el mar por encima de vagones y palanqueros. Luego vienen tres, cuatro o más calles paralelas, su número aumenta hacia el Barón y disminuye hacia la Aduana, que constituyen todo ese plan o parte baja de Valparaíso. Al fondo están los cerros.

Nació antes que Santiago y pertenece al primer ciclo de descubridores. El Valparaíso colonial fué siempre una ciudad de rancheríos y bodegones que no podían pasar a la posteridad. Pero, en cambio, hay un pasado próximo. Un pasado inglés y victoriano que renace en algunas casas de zinc con blancas ventanas-guillotinas.»

Este mismo aspecto se halla enfocado en forma más amplia en la obra de Agustín Edwards a que ya nos hemos referido:*

«Valparaíso moderno lleva en su edificación y en las costumbres de sus habitantes, el sello indeleble de la influencia británica que lo sacó de su somnolencia colonial. Los fundadores de su gran comercio fueron británicos, que se hicieron chilenos: William Bateman y John Martin emprendieron la transformación de sus cerros y el saneamiento de sus calles.

Las depravaciones de Drake y Hawkins en los tiempos de un Valparaíso rudimentario, quedaron indemnizadas con creces por una pléyade de hombres que le dieron no sólo el cetro del comercio en el Pacífico Sur, sino la norma de una honradez y seriedad en sus tratos que constituye la más bella tradición de la capital comercial de Chile.»

«Otra huella del pasado se ve en los cerros. Hay aceras cubiertas de grandes losas de piedra rosada y muy pulida (subida de la Concepción). Son el vestigio de la primera pavimentación que mandó ejecutar don Ambrosio O'Higgins.

Los cerros de Valparaíso son un laberinto que difícilmente podrá vencer una persona ignorante de su curiosa topografía.

* *Mi Tierra*. Valparaíso 1928.

Ingleses y alemanes comparten los cerros de Concepción y Alegre, en un dédalo de encrucijadas, terrazas y escaleras que se escabullen entre viejos chalets de blancas cortinillas, algunos de ellos como suspendidos sobre el vacío.

Abajo la bahía es un raso tirante que rasga de tiempo en tiempo algún remolcador o el barco lento que busca su fondeadero.

De noche, las luces desparramadas profusamente por cerros y avenidas dan cierta seguridad al paisaje que, sin ellas, parece partir a la deriva, empujado por el viento sur. Las rachas son violentas; las luces, inmóviles.

El porteño medio es bajo de estatura, pero sus piernas son robustas, arqueadas de músculos por lado y lado. Es un milagro que producen las continuas subidas a los cerros, desde pequeño. El obrero porteño trabaja en la Maestranza, en el Arsenal o en el dique. Otros se hacen boteros.

Una particularidad curiosa de esta ciudad son los nombres de sus calles. Es una mezcla extraña de los más diversos ejemplares de la celebridad. Tan pronto nos topamos con Pitágoras como con la calle de los Pequenes.

Por encima de todo, resumiéndolo todo, los nombres de los cerros ponen su nota final impregnada en la más auténtica chilenuidad. Todo Chile está en ellos: en Lecheros está el espíritu infantil de la raza. Arrayán, Perdices y El litre, simbolizan la bonhomía sólida del árbol chileno, la veleidad sorpresiva de la perdiz y la amargura enconosa del litre. Mariposa indica algo liviano: es la belleza débil y fugaz del indio. Yungay, un grito de guerra y de hazañas heroicas. La Cárcel marca la perpetua inadaptación del primitivo. Ramaditas, sus ansias de alcohol y diversión violentas. Cordillera y Pajonal, sus montañas y sus campos.

Valparaíso debe ser una ciudad muy populosa, mucho más de lo que las cifras indican.* Los porteños viven amontonados en sus piezas y éstas son innumerables. En los cerros

* En 1835 la provincia de Aconcagua de la cual formaba parte Valparaíso hasta hace poco, tenía 163,284. Luego en 1875 había aumentado a 295,313. En el censo de 1907 contaba con 394,870 habitantes. En 1930 alcanzó a 463,544.

Muestra, por consiguiente, un aumento del 10,9%, siendo el término medio de la República de 15,1% (1835-1930).

(Sinopsis geográfico-estadístico de la República de Chile, Santiago, 1933).

las casas son simples aglomeraciones de piezas. Las hay desmoronadas, sumergidas en las quebradas; columpiándose en lo alto; de cabeza sobre el mar. Alineadas como los camarotes de los barcos, con una larga galería de vidrio al frente. Muchos vidrios faltan, por el hueco pasa el cordón de la ropa tendida.»

CUARTA PARTE

PROGRESO DEL PUERTO

Resumamos un poco lo escrito y avancemos rápidamente a través de los años en pos del Valparaíso actual.

I. Hermosa y progresista ciudad, puerto pintoresco y limpio, posee una población cultísima y perseverante, a cuyos esfuerzos no interrumpidos se debe en su mayor parte el grado de excelente adelanto que exhibe en su aspecto, en su espíritu y en su acción.

Valparaíso fué el primer puerto del reino de Chile. Habitado estaba ya por pacíficos indios changos cuando la gente del Adelantado don Diego de Amagro llegó a sus playas un día del mes de Septiembre del lejano año de 1536.

Por su bahía entraron y salieron los barcos en los primeros años de la conquista y ya en 1544 el previsor don Pedro de Valdivia juzgó necesario determinar que sirviera para comunicarse con la capital del reino.

Débiles fueron los primeros años de Valparaíso. Su progreso se mantuvo herméticamente comprimido por la política exclusivista de España que prohibía a los extranjeros comerciar con sus colonias. Pero, liberado en Chacabuco y Maipú, Chile se convirtió en una nación pujante y generosa, que abrió sus puertas a todos los países del orbe.

Entonces Valparaíso desarrolló impetuosamente su progreso; agitando contenidas energías de tierra adentro que hasta él no tardaron en llegar, transformadas en productos, en demanda de su bahía activa y frecuentada.

La República y Valparaíso son dos vasos comunicantes, dos órganos fundamentales de la nación chilena.

Cuatrocientos años atrás era una campestre barriada de pescadores aborígenes, atravesada por arroyuelos cantarinos, a cuyas playas doradas el océano infinito lanzaba la agonía de sus oleajes.

Paulatinamente, y desplazando las rucas humildes, brotaron allí una que otra parda casa de adobes, más algunas bodegas.

De aquella costa partieron en una hora histórica trascendental para toda la América, aquellas «cuatro tablas» de la escuadra libertadora que la mirada clara de O'Higgins siguiera hasta perderse en el horizonte.

Años más tarde, cuando el país entero se levantó contra la España monárquica para amparar la dignidad territorial del continente, sufrió terribles y aciagas horas bajo el bombardeo de las naves hispánicas.

Terremotos, temporales, revueltas, inundaciones,* huelgas, epidemias, han pasado por el hermoso puerto, sometiendo a heroicas pruebas su población.

* La catástrofe del tranque Mena.

El mes de Agosto de 1888 fué particularmente lluvioso. Esto provocó la gran catástrofe del tranque Mena que es una de las mayores calamidades caídas sobre Valparaíso.

Entre las 8 y las 9 de la mañana del día 11 de Agosto de aquel año, se rompió la represa que había hecho formar en una quebrada el señor Nicolás Mena, en terrenos de su propiedad, y una tremenda avalancha de agua se precipitó sobre la ciudad causando grandes destrozos y muchas muertes. El tranque se encontraba a 277 m. sobre el nivel del mar y tenía una capacidad de 64,000 m. cúbicos. En su base la represa tenía 40 m. de espesor; en la parte superior, 15 m. Tenía una altura de 17 m. Ahora bien, siendo su longitud de 50 m. aproximadamente, puede calcularse que formaba una masa de 23,375 m. cúbicos de tierra blanda. En esta forma el pretil oponía a la fuerza del agua contenida en el embalse un peso de 35.062,500 kg., cantidad inferior al peso del agua que alcanzaba 90,000 kg.

Esta enorme fuerza comenzó a socavar la base del tranque hasta lograr abrir un pequeño boquete que la velocidad de la salida fué ensanchando hasta que todo el pretil, debilitado por la brecha y presionado por la tremenda masa que soportaba, se lanzó hacia el plan, arrancando árboles, casas, piedras, animales y todo lo que encontraba a su paso.

Las calles comprendidas entre la Plaza Victoria y la Plazuela Aníbal Pinto, quedaron cubiertas de fango y agua.

(Gaceta de Chile, Septiembre de 1936. Santiago).

Como si esto no bastare, la desidia de algunos gobernantes, la apertura del canal de Panamá y el establecimiento absurdo de un moderno puerto en San Antonio, han debilitado grandemente el gigantesco progreso que allí se producía.

Valparaíso, cuna del comercio chileno, vigorosa válvula de intercambio, ha soportado con estoicismo admirable su destino sin disminuir jamás el ritmo acelerado y cálido de su espíritu.

Los años aciagos de la gran crisis mundial que ahuyentaron los barcos de sus muelles y espigones, que debilitaron sus estadísticas y lanzaron a sus calles multitudes de obreros sin trabajo, no lograron abatir a este coloso del Pacífico.

El pasado siglo acogía a los navegantes con el aspecto otoñal de sus muelles esqueléticos, sus malecones de recias tablas, sus casas de fachadas taciturnas y sus bosques de mástiles. Veleros de todos los extremos del mundo anclaban en sus aguas y en tierra firme permanecieron también esos navíos de sentinas inmortales que fueron Sarmiento, Darwin, Alberdi, Darío. Pronto, sin embargo, las corrientes del progreso y de los años comenzaron a derribarlo todo. Y nació el Valparaíso actual, abrazado por malecones y carreteras de hormigón, donde braman miles de motores, llegan soberbios transatlánticos y alienta un despertar intelectual promisorio, sobrio, constructivo.

II. El progreso de Valparaíso está determinado por tres épocas muy bien delimitadas. Comprende la primera desde la llegada a su bahía del capitán don Juan de Saavedra hasta la independencia nacional. La segunda hasta la guerra del Pacífico, y la tercera hasta nuestros días.

La gente de Almagro, que llegó a Valparaíso en Septiembre de 1536, no dejó otra huella de su paso que la admiración causada por su presencia a los pacíficos indios changos, muchos de los cuales regresaron con el descubridor al Perú, como yanconas o indios de servicio.

En 1541 llegó hasta allí don Pedro de Valdivia antes de fundar Santiago, y en 1544, como hemos dicho, lo designó el puerto de la capital del reino. Sin embargo, no pasó de ser un puerto de arribo para las naves que venían del Perú y pasaron algunos años antes que fuera habitado por los españoles.

Hasta los changos lo abandonaron por un tiempo, porque estos indígenas huían de los españoles invasores o eran llevados por ellos a las faenas auríferas de Marga-Marga.

En 1578 Valparaíso tenía una modesta capilla, en torno de la cual había de doce a quince casas y dos bodegas de mediana capacidad. Todas éstas eran construcciones de barro y techo de carrizo.

Fueron los corsarios y las incursiones navales de los enemigos de la Metrópoli los que influyeron en el mejoramiento de Valparaíso, pues el gobierno, para evitar saqueos o desembarcos, se vió obligado a fortificar los cerros y a aumentar las guarniciones encargadas de la defensa.

Así cuando en 1615 Spielbergen ensayó un desembarco fué detenido por la existencia de algunas fuerzas dispuestas al combate. Pero estos medios de defensa eran extremadamente débiles y se hizo necesaria la construcción de fortalezas. Finalmente, la llegada de Sharp a las costas de Coquimbo puso en evidencia el peligro que significaba el abandono del puerto y el gobernador ordenó la creación del departamento de Valparaíso. Con esto se le separaba de Quillota y se le nombraba un corregidor (1617).

Entre los años 1660 y 1663, Valparaíso figuró como importante mercado de esclavos que se vendían a buenos precios a los encomenderos del interior.

En 1674 se construyó en el lado N. O. un fuerte, que se artilló con ocho cañones de bronce traídos de Lima. Declarada plaza militar en 1682, se construyó la fortaleza de la Concepción, cerca de la actual Intendencia. En 1730 tenía unas cien casas y cuatro iglesias. El terremoto de aquel año derribó gran parte de aquellas construcciones que fueron nuevamente levantadas. En 1735 tenía casi trescientas casas, 4,000 habitantes y cuatro fortalezas, un hospital (San Juan de Dios) y más de diez bodegas.

El desembarcadero se hallaba en la actual plaza de la Justicia. El cabildo propuso y solicitó del rey de España, se confiriera a Valparaíso el título de ciudad con el nombre de «Nuestra Señora de las Mercedes de Puerto Claro». Esta petición no fué considerada y sólo el 9 de Marzo de 1802 una real cédula vino a concederle el título de «muy noble y leal ciudad» y el escudo de armas. Este último consistía «en una

imagen de la Virgen de Puerto Claro puesta de pie sobre un castillo, en honor de la patrona que ha jurado ese municipio y del carácter de plaza de guerra que inviste Valparaíso, todo coronado por un águila imperial con las alas desplegadas»*. Este viejo escudo, místico-militar, de un Valparaíso «medio convento, medio fortaleza deshecha» fué reemplazado, después de la Independencia, por otro en que los emblemas son «un buque con las velas desplegadas y una estrella solitaria en el cielo». Símbolo de la ciudad pujante que despliega sus velas al viento del progreso y que ve en la coruscante y solitaria estrella la antorcha inextinguible que la guía hacia un brillante y luminoso porvenir.

En 1809 las contribuciones de aduana de Valparaíso apenas alcanzaban a veinte mil pesos.

Por aquellos años se advertía en América el despertar de la grandiosa rebelión emancipadora que iba a encontrar en Valparaíso uno de los escenarios más culminantes.

Vinieron los largos años de guerra contra los españoles. Los patriotas vencieron a los monárquicos en Chacabuco. La huida llevó a los derrotados hasta Valparaíso donde se embarcaron para el Perú, después de quemar y saquear la ciudad, no dejando un solo buque en la bahía.

Ya por aquellos años tenía una población de 6,000 almas, que residía en su mayor parte en el puerto, pues el Almendral apenas tenía una que otra casa modesta y algunos huertos.

Los patriotas inmediatamente abrieron todos los puertos a todas las naciones del mundo. El efecto de esta medida no tardó en demostrarse. Aquel mismo año ingresaba a la contabilidad fiscal la suma de doscientos mil pesos por capítulo de rentas aduaneras recaudadas en Valparaíso.

Había comenzado la segunda etapa de su progreso.

Dos años después, el 8 de Octubre de 1819, un Senado consultivo declaró el departamento como gobierno militar y político, dependiente de la autoridad superior de Santiago. Por aquellos años el desembarcadero se encontraba a la altura del antiguo edificio de correos.

Un decreto del gobierno a raíz de las actividades y patriotismo demostrados por Valparaíso durante la guerra contra

* *Mi Tierra*. Valparaíso, 1928.

la Confederación de Santa Cruz, le otorgó, el 3 de Mayo de 1839, el título de «muy benemérita y esclarecida ciudad».

Valparaíso se encontraba en aquella fecha muy adelantado, pues su gran benefactor, don Diego Portales, se esmeró por acrecentar su desarrollo y atender sus numerosas necesidades.

En 1840 tenía 41,000 habitantes. Era, pues, la segunda ciudad del país. Esto movió al gobierno a crear dos años después la provincia de Valparaíso, con este puerto como capital. Comprendía entonces tres departamentos: Valparaíso, Casablanca y Quillota.

En 1840 inició sus actividades la compañía inglesa de vapores, organizada por don Guillermo Wheelwright, con dos naves de rueda, de 300 toneladas cada una, que hacían carrera al Perú y Panamá.

En 1851 se agregaron a la provincia las islas de Juan Fernández.

1852 marca dos acontecimientos importantes en la vida de Valparaíso: la inauguración de los trabajos del ferrocarril de Valparaíso a Santiago, y la instalación del telégrafo entre ambas ciudades, primer sistema en su género que hubo en Sudamérica.

En 1856 se creó en Valparaíso, la primera institución bancaria que hubo en el país: el banco de Valparaíso. En 1857 se crea el Banco Nacional de Chile. El 15 de Septiembre de 1863 quedó establecida la unión ferroviaria entre Valparaíso y Santiago, con una línea de 187 kilómetros de largo y una ascensión de casi 800 mts.

Mientras tanto se iban quitando terrenos al mar. Se creó el departamento de Limache.

Y llegamos al año 1865, a los terribles meses de las incursiones que realizó por nuestras costas la escuadra de Pareja.

En 1871 se creó la compañía Sudamericana de Vapores mediante la fusión de otras dos que se habían creado anteriormente.

En 1874 quedó unido con ferrocarril con la ciudad de los Andes, lo que ayudó grandemente a intensificar el comercio con la Argentina.

Y nos acercamos al término de la segunda gran jornada del progreso de Valparaíso.

En efecto, Valparaíso era en aquellos años la sede de los más importantes negocios chilenos: el salitre, la minería, las industrias y el comercio de exportación tenían allí un escenario obligado, al que se concurría con importante volumen de importaciones. Los capitales chilenos emigrados al Perú y Bolivia rendían excelentes dividendos y la cotización de los títulos se realizaba activamente en Valparaíso donde se continuaban organizando nuevas compañías y estudiando la conquista de otros mercados.

Vino la guerra del Pacífico. Valparaíso dió a la causa numerosos hijos y cuantiosa ayuda material. Obtenido el triunfo, los negocios se aceleraron notablemente y comunicaron a la vida del puerto un ritmo vigoroso y constante.

En 1880 la ciudad inauguró su primera planta telefónica que fué la primera que funcionó en el país.

En 1884 se inauguraba el Teatro Victoria.

En 1888 se iniciaron importantes mejoras en el puerto, conquistándose al mar los terrenos que se encuentran entre la Avenida Brasil y los malecones. Dos años después quedó unida mediante el cable submarino con el resto del mundo por medio del sistema panamericano del Pacífico.

Desde entonces a la fecha Valparaíso ha experimentado un notable desarrollo. Los ferrocarriles la unen con Argentina y Bolivia, líneas de vapores la conectan con los principales puertos del mundo. Cuenta con grandes edificios de construcción moderna y sus servicios urbanos pueden citarse como modelo de su género.

La población de Valparaíso alcanza en la actualidad a cerca de 250,000 habitantes.

La apertura del canal de Panamá en 1914 afectó grandemente a Valparaíso, que pasó a ser puerto de término para las líneas de navegación.

Meditando sobre estos datos, escribe Agustín Edwards:* «Se diría que Valparaíso, en un siglo de vida independiente ha querido ganar en actividad e importancia el tiempo perdido en tres centurias de inacción colonial.

Su transformación es más completa todavía después del terremoto del 16 de Agosto de 1906, en el cual murieron tres

* *Mi Tierra*. Valparaíso, 1928.

mil personas y quedaron heridas más de veinte mil. Destruyó principalmente el barrio del Almendral, construido en el paraje que el botánico francés Feuillée describía en 1712 diciendo:* «La aldea del Almendral se extiende a una corta legua de Valparaíso y desde ha poco, cuando se acude al Puerto a extender algún acto legal nunca se omite declarar oficiosamente «vecino al Puerto». «El terremoto de 1906, añade el primero, no es la única calamidad que ha assolado a ese barrio de Valparaíso moderno. En 1847, en 1730 y en 1751, formidables salidas de mar destruyeron sus arboledas y hortalizas, hoy calles anchas y modernas avenidas.

Estrechado entre los cerros y el mar, el puerto de Valparaíso es, como el país mismo, largo y angosto. De allí proviene que la propiedad urbana se haya valorizado más alto y rápidamente que en la propia capital y que a pesar de la amenaza de los terremotos, la edificación se eleve buscando réditos adecuados.»

* *Mi Tierra*. Valparaíso, 1928.

VALPARAISO EN LA LITERATURA

I

1. *Cordillera de la costa.*
2. *La ciudad.*
 - a) *El paisaje: Los cerros y El plan.*
 - b) *Las construcciones.*
 - c) *Festividades: Pascua; Año Nuevo; Fiestas Patrias y Procesión de San Pedro.*

Autores estudiados: Bello, J. Edwards; Brandi Vera, Pascual; Caldclough, Alejandro; Danke, Jacobo; Darío, Rubén; Délano, Luis Enrique; Edwards, Agustín; Feliú Cruz, Guillermo; Frank, Waldo; Hernández, Roberto; Latorre, Mariano; Lillo, Victoriano; Madariaga, Salvador de; Pérez Rosales, Vicente; Picón Salas, Mariano; Radiguet, Max; Reyes, Salvador; Silva Castro, Raúl; Silva, Víctor Domingo; Subercaseaux, Benjamín; Vial, Román; Volosky, Linda.

Revistas consultadas: *Zig-Zag* y *Gaceta de Chile.*

La ciudad.—Con la denominación general de ciudad, abarcaremos una serie de temas comúnmente afines, tales como el paisaje, las construcciones, los monumentos, las plazas. En cada uno de los diferentes casos completaremos la materia con un intento de interpretación psicológica.

En primer lugar daremos una visión panorámica, a vuelo de pájaro, del aspecto topográfico general de la Cordillera de la Costa en la zona central. Utilizaremos para dicho esquema la magnífica interpretación y descripción que Mariano Latorre hace de dicha región:*

La Cordillera de la Costa o el campo en agonía.— Mar de lomas suaves, redondeadas, donde el espino crispera sus gajos torcidos. Algunas cumbres azules, agudas, interrumpen el interminable sucederse de colinas y pequeños valles.

Una selva impenetrable cubrió, antes del descubrimiento de Chile, esas colinas y cerros en la cordillera de la costa. Quillayes y peumos, boldos y litres, predominaban sobre los robles y coigües que sirvieron para la edificación de las ciudades coloniales del valle central y para construir los buques en los puertos de Chile.

... Durante la colonia se explotó esa selva hasta agotarla. El paisaje risueño, rico de corrientes y murmullos de follajes, se fué tornando agrio y estéril. Se cegaron las vertientes. Las lluvias corrieron hasta las quebradas, la tierra vegetal y los cerros se partieron en grandes tajos rojizos.

Los restos de la selva aún persisten entre las piedras. Sus ramas tiesas siguen la dirección del sur, el viento del mar. En las ásperas faldas, los coirones juntan sus manojos de tallos grises. Y en los rincones abrigados del viento, balancean los cardos sus cabezuelas violetas.

En el estío, nubes de vilanos vuelan en todas direcciones empujados por el viento. Los tallos verdosos envejecen, tornándose del color de la tierra.

... Los que cruzan los polvorientos caminos de los cerros en dirección al mar, llenos de accidentes inesperados, curvas y cuevas, vegas y pequeñas estepas, no pueden imaginarse la vida humana en los cerros, cubiertos de cardos o de quiscos, de filudos brazos; pero la cordillera de la costa, igual que el costino, reservado e impenetrable, no revela así no más el secreto de su alma. Es preciso conocerla sin apresuramiento. Subir a las altas planicies, barridas por el sur o bajar a las vegas, ver-

* *La literatura de Chile.* Pág. 9.

deantes de papales y porotos y, sobre todo, asomarse al balcón de las playas, donde el mar deshace sus espumas incansables.

Y entonces, junto a la tierra gris, que logra vestirse de pámpanos y espigas, hablan las mareas de sus rutas de agua y del tesoro de sus mariscos y de sus peces.

Los cerros costeos y sus abrigados rincones, guardan, como una maravilla vegetal, la palma chilena, extraño sobreviviente de un paisaje desaparecido.

Más morena y más tosca, la palma cordillerana no se diferencia mucho de sus hermanas del trópico. Su tronco liso tiene algo de la piel lustrosa de las culebras. A veces, extraños abultamientos que interrumpen la simetría del tronco, nos hablan del esfuerzo del árbol para subsistir en una tierra mezuquina. En lo alto, se abre el manajo de las grandes ramas con una graciosa curvatura, detenida en el instante preciso.

Cuando el viento cruza por la garganta del poniente, suenan las pencas de las palmas con un repiqueteo de castañuelas. El palmar hurao se estremece. El viento sur es su aliado de siglos. Por él vive y se multiplica. El sur es la primavera que llega y en sus alas azules lleva el polen amarillo de las palmas a todos los rincones del valle.

... La cordillera de la costa es característica por la belleza de sus playas y el encanto de sus bahías. Avanzan hacia el mar los cerros, suavizados por la erosión de las aguas, como enormes espolones. Semejan los cimientos de Chile. Sobre ellos descansa toda la tierra chilena.

... La vida de la cordillera de la costa, por las características mismas de sus cerros abruptos y de sus caminos, enrollados en torno de las montañas, no se ha multiplicado en aldeas ni en grandes ciudades interiores.

... A la cordillera de la costa la dominó la paciencia y la frugalidad del costino...»

Tal es el escenario donde la mano del hombre situó nuestra «máxima ciudad de la costa», objeto del presente.

En esta breve e interesante descripción del paisaje costino, se esboza la relación entre la tierra y el hombre, entre el individuo y su medio físico. Mariano Latorre, autor de novelas regionales, respeta dicha conexión en todos sus escritos. A ello se debe que inicie su historia de la literatura chilena con una pintura del país.

*Allá en los cerros
donde las casas son como nidos
de marineras aves errantes,
allá en las cumbres
donde los hombres miran serenos
la gloria excelsa y azul del mar.**

Los Cerros.—Acercándonos más a nuestro puerto, diremos algo de los cerros porteños que, como el paisaje de Valparaíso en general, no ha sido suficientemente explotado en la literatura de la región. Esas colinas de lomos redondeados, lamidas por las neblinas matinales, «niebla sucia y andrajosa»,** o barridas por los vendavales de invierno y verano que rebajan y pulen sus escasas aristas, esperan impacientes la pluma que desentrañe e interprete sus secretos, sus leyendas o, simplemente, sus características. Sus laderas y caminos, libres de matorrales enmarañados, pero angostos y resbaladizos, hacen al porteño de los cerros franco en su actitud frente al mundo, al par que reflexivo y cauto. En los cerros debemos distinguir la infraestructura o naturaleza primitiva y la supraestructura, producto de la acción humana. Cerros hay que semejan abruptas montañas con sus lomos arqueados y prominentes. Otros, los más, son meras lomas de suaves pendientes. Sobre unos y otros la mano del hombre ha estructurado sus viviendas, eliminando sus bosquecillos de boldos y arrayanes, complicándolos, a menudo, con arquitecturas inverosímiles y con un dédalo de calles y callejones, escalas y pasajes, subidas y ascensores, paseos y plazuelas tan exageradamente complejo, que ha llevado a Benjamín Subercaseaux*** a decir que «los cerros de Valparaíso, son un laberinto que difícilmente podrá vencer una persona ignorante de su curiosa topografía,,... Hay calles traicioneras que nos hacen girar sin fin y nos devuelven, agotados, al punto de partida.» Y es curioso observar que, tal como el mar inmenso actúa sobre los espíritus ampliando sus perspectivas, esos innumerables revovecos los deforma, llenándolos de suspicacias.

Este notable aspecto que bien podríamos tildar de sutilezas constructivas, nos lo describe, en parte, Joaquín Edwards

Casassus.

Jacobo Danke.

* *Altamar*, pág. 21 (Evocación), Carlos

** *La taberna del perro que llora*, pág. 91.

*** *Chile o una loca geografía*.

Bello:* «Hay casas disparatadas, sujetas en postes, cubiertas de enredaderas; quebradas; caídas de agua sucia; gatos silvestres detrás de cada fachada. Como detrás de cada calle hay una maraña salvaje, detrás de cada rostro blanco hay marañas de ideas... Bajamos el cerro. El abismo. La mirada se derrumba en el mar infinito, sin dársenas, ni islas, ni golfos. Es un paisaje para gente fría, sin imaginación. Millares de techos de latas hacen pensar que a esas casas entrarán con abridores de conserva...» pues, «...cuando los habitantes de Valparaíso quisieron parecer modernistas, pusieron a sus casas techos de calamina. No solamente clavaron calaminas en los techos, sino en las paredes, dando a las casas aspectos de tarros de sardinas.»

Contrariamente a esta peregrina aseveración de Joaquín Edwards Bello y en honor a la verdad y al espíritu reflexivo y mesurado del porteño medio, debemos hacer notar que no es un simple prurito modernizante el que llevó a utilizar la calamina en las paredes, sino una imperiosa necesidad de orden práctico. Como fácilmente puede observarse, esas latas cubren preferentemente las paredes que enfrentan la peligrosa lluvia arrastrada, hermana de los furiosos vendavales del norte. Es la misma pared que en otras casas se presenta cubierta con una gruesa capa de alquitrán y en la cual suelen los propagandistas anunciar la bondad de sus mercancías.

Este mismo autor, en otras páginas de las obras citadas, tiene expresiones que corroboran la anterior afirmación referente a la topografía de la parte alta de la ciudad: «...los recovecos de los cerros, siempre diferentes, nuevos e imprevistos» son «como el alma de los porteños».

En estas líneas transcritas puede observarse con facilidad la tendencia a buscar la relación a que hemos aludido antes.

Contrastan las construcciones pulcras y elegantes de los afortunados con el conventillo, edificaciones audaces de los hogares proletarios. En Valparaíso, como en todas partes, «el rico vive donde quiere y el pobre, donde puede. «El primero habita confortables chalets; el segundo, miserables conventillos, «microcosmos del pueblo, resumen concentrado y vivo de su

existencia. En ellos resuelve el problema de la vivienda la masa del proletariado porteño. El conventillo representa la colectivización de la mugre, de las enfermedades y el vicio. * «Ellos son los viveros de prostitutas, rateros y criminales.»

Observando su factor humano, se nota que, como compensación de su menor valía, se desarrolla en el pobre conventillero el ingenio, la chispa que se traduce en la respuesta pronta, en el dicho agudo. Su constante rodar de pieza en pieza, de conventillo en conventillo, ha forjado ese espíritu aventurero que se tradujo en esas formidables excursiones a California, en busca del oro de sus ríos y montañas.

El Plan.— A continuación examinaremos una serie interesante de descripciones de Valparaíso y sus costumbres a través de los años. Estos trabajos literarios se presentan primeramente en forma de cuadros sueltos, comúnmente como anotaciones hechas en las páginas del diario de algún viajero. Posteriormente aparecen intercaladas en cuentos, novelas y poesías.

Iniciaremos esta exposición con la pintura del paisaje porteño que aparece en Román Vial como escenario de un episodio ocurrido hacia el año 1817** : «Valparaíso, si bien en ese tiempo no ostentaba más que el pajizo rancho o la vetusta casa con sus murallas de fortaleza y aspecto de lo mismo; si varias de sus calles, por no decir todas, eran casi intransitables bajo muchos aspectos; si apenas se sentía ese movimiento, esa agitación que de por sí aturde a los aturdidos provincianos que suelen visitarnos; si a su bahía no arribaba más que de tarde en tarde y a los gritos de navío! navío! una que otra embarcación triguera con dos o tres meses de navegación desde los puertos del Perú; si sus habitantes no sabían más que rezar bien, leer mal, muchos apenas deletrear y no pocos ni el Cristo conocer; si era una gran novedad encontrar en una casa lo que hoy se llama piano y entonces clave, dándose este nombre como célebre a la calle en que se tocaba; si no había más policía que la sevillana o la daga que cada cual ostentaba en su cinto

Volosky.

rpto.

* *El pueblo en la literatura chilena.* L.

** *Costumbres chilenas.* R. Vial. T. I. (*Un*

o en la bota guardaba: si Valparaíso tenía todos estos defectos, decimos, en cambio se vivía en él más feliz que hoy día.»

Nos hemos encontrado aquí con la ciudad que aún no despierta de la larga siesta colonial. El mal estado de las calles obliga a los habitantes a permanecer en sus casas, muy distantes, por cierto, de ese movimiento que el progreso auspiciado por la libertad iba a comunicarle.

Bastante poco se diferencia esta anotación transcrita, de una proporcionada por la cáustica e ingeniosa pluma de Vicente Pérez Rosales, escritor que sabe revestir de colores vivaces todo lo que cae bajo su inspección: «Nuestro Valparaíso comenzaba apenas en el año de 1814 a abandonar la cáscara que encubría su casi embrionaria existencia. La aristocracia, el comercio y las bodegas se daban la mano para no alejarse de la iglesia Matriz; y el gobernador vivía encaramado en el castillo más inmediato, que era uno de los tres que defendían el puerto contra las correrías de los piratas. Lo que es ahora suntuoso Almendral, era a modo de una calle larga formada de ranchitos y de tal cual casucho de teja, arrabal por donde pasaban, para llegar al puerto, las chillonas carretas y las pocas recuas de mulas que conducían frutos del país para embarcar y para el escaso consumo de aquella aldea. Toda la playa, desde ese extremo al otro de la bahía, era un desierto que sólo visitaban las mareas, y en el cual, en medio del sargazo y junto a algunas estacas donde los pescadores colgaban sus redes para orearlas, se veían varados algunos de los informes troncos de árboles ahuecados que llevan aún el nombre de canoas.

La comunicación del Puerto con el Almendral no era tampoco expedita, puesto que el mar, azotando en las altas mareas con violencia las rocas de la caverna llamada Cueva del Chivato, cortaba en dos partes la desierta playa. Recuerdo que la policía, para evitar los robos que solían hacerse de noche en aquel estrecho paso, colocaba en él, suspendido de una estaca, un farolito de papel con su guapa vela de sebo de las de a cinco el real. Con decir que los zapatos se mandaban hacer a Santiago, basta para dejar sentado que, después de San Francisco de California, con iguales recursos, ningún pueblo de los conocidos han aventajado a Valparaíso, ni en la ra-

pidez de su crecimiento ni en su importancia relativa, sobre las aguas de los mares occidentales.»*

Incuria primitiva.— También este autor nos habla de una ciudad que empieza a desenvolverse lentamente. En sus palabras se deja ver todo el atraso material del Puerto. Esta descripción nos lleva a admirar, conjuntamente con Vicente Pérez Rosales, la maravillosa y explosiva transformación posterior de Valparaíso.

De esta prístina negligencia han dejado también constancia en 1827 el viajero alemán Eduardo Federico Poepping y el Barón Federico Fernando de Kutlitz, de la misma nacionalidad. Ambos insisten en la impresión desagradable que causaba la ciudad con «sus calles estrechas y sucias, sus pobres edificios y sus alrededores desiertos.»**

Análoga observación presenta el viajero inglés Gilbert Farquhar Mathison en un libro publicado en Londres en 1825. Describiendo su llegada al Puerto, dice: «Ingleses y norteamericanos parecían, sin embargo, formar la masa de la población de la ciudad y era tal el número de marineros, agentes de comercio, marinos y hombres de negocios que por doquier se veía, que, a no ser por el diminuto y mísero aspecto del lugar, un extranjero hubiera quizás imaginado que acababa de llegar a una posesión inglesa.»***

Vemos apuntar aquí una primera referencia al aspecto cosmopolita de Valparaíso. Volveremos sobre este tópico al hablar de Joaquín Edwards Bello en este mismo capítulo.

Mientras con excesiva frecuencia el escritor extranjero sólo repara en la miseria de la población, el autor criollo observa en esta época el nacimiento de esa revolución prodigiosa que lanza, en un reducido número de años, a Valparaíso tras la ruta de los grandes puertos del mundo.

R. Hernández dice al respecto:**** «Valparaíso constituye el ejemplo más elocuente del poderoso y benéfico impulso que ejercen en la suerte de los pueblos las instituciones liberales,

* *Recuerdos del pasado.* V. Pérez Rosales.

** *Valparaíso en 1827.* R. Hernández.

*** *Ib.* Pág. 13.

**** *Valparaíso panorámico.* R. Hernández.

la paz, el orden, el firme comercio con todas las naciones de la tierra y la civilización y la cultura que son sus consecuencias. Valparaíso, como ninguna otra ciudad de Chile, es un producto de la República.» Y es curioso observar que ya en los primeros años de vida libre, el gobernador del Puerto, José Ignacio Zenteno,* apuntaba, en 1822, los siguientes datos que equivalen a un guía comercial y estadístico de la localidad, índice de su incipiente crecimiento: «Se han fabricado en los últimos cinco años cerca de doscientas casas... existen treinta y una casas de comercio por mayor... entre cafés, fondas, billares y posadas, se cuentan veinte y seis... pueblan la bahía sesenta y tantos buques de guerra y mercantes... ingleses, norteamericanos, franceses, portugueses, suecos, holandeses, peruanos, argentinos y otros varios que incesantemente frecuentan el surgidero.»

Acuarelas porteñas.— Para conservar cierto orden cronológico, nos corresponde escuchar ahora a un notable viajero que recorrió las costas de nuestro continente durante los años 19, 20 y 21 del pasado siglo, Alejandro Caldcleugh.** Nos traduce este autor la impresión que produce Valparaíso, para el que lo avista desde las alturas de San Roque, viniendo desde Santiago: «Se presentó a mi vista un panorama tan bello e interesante que dejó hondas huellas en mi memoria: el sol iba trasponiendo magníficamente las gruesas capas de una densa neblina, que permitía ver nítidamente, casi a mis pies, la bahía de Valparaíso, con todos los buques al ancla en el puerto.

Descendimos las alturas de Valparaíso por un camino en zig-zag. Entramos por el Almendral, una aldea irregularmente trazada, unida al puerto...

Valparaíso, tomando en cuenta el Almendral, se compone de una calle de unas tres millas de largo que rodea la bahía.

En algunos puntos los cerros se acercan tanto al mar, que ha sido necesario hacer saltar las rocas para dejar espacio al camino. Las casas, en términos generales, aún la del gobernador, y la de la aduana, son de pobre aspecto; pero se nota

* *Valparaíso panorámico.* R. Hernández. (Pág. 5).
** *Viajes por Sudamérica...* A. Caldcleugh.

en la edificación de nuevos almacenes; que el comercio adquiere gran giro... La población puede estimarse en unos 5 mil habitantes.

Los cerros del lado izquierdo son menos verticales y hay en ellos varios senderos que conducen a sus cimas. Estos sitios son muy productores de papas, que crecen silvestres.»

Hace en seguida algunas alusiones al terremoto de 1822, que asoló gran parte del país y que en Valparaíso produjo como 200 muertes.

Podemos notar ya que el paisaje porteño, entendiendo por tal no sólo, las bellezas naturales, o las obras con que el hombre ha contribuído al ornato del puerto, sino el aspecto total de lo que constituye la zona de Valparaíso, su suelo y sus construcciones, ha hecho su aparición en nuestra literatura en el siglo pasado bajo el ropaje de una simple descripción para pasar luego a constituir el escenario donde actúan los personajes de cuentos y novelas o de simples cuadros de costumbres. El examen que se podría hacer del tipo de observaciones realizadas por estos escritores, serviría de sólida base para una determinación precisa de la evolución total de Valparaíso y para obtener un conocimiento valioso del progreso literario en particular. Sírvanos de ejemplo el estudio de las siguientes transcripciones de Jacobo Danke* que nos dirán cómo vé y siente a Valparaíso, este autor: «Vivía en un cerro que se empinaba afanosamente para vislumbrar la línea del horizonte. Los días eran una constante sucesión de brumas y tristezas. Valparaíso, recodo de sugerencias invernales y duro lecho de huracanes coléricos. Asentado en el mar de estaños, el dique y la chata-maestranza de la compañía inglesa. Las callejuelas apacibles y maltrechas arrancaban directamente de un grabado de madera. A veces llovía, y entonces el semblante de la muchacha se perdía en un litoral de marchitos deseos, en un archipiélago de rotas desesperanzas.»

Un Valparaíso ceniciento y gris, «sucesión de brumas y tristezas», la ciudad del imaginista pobre y melancólico, esa es la que nos brinda Danke en esta combinación de tierra y hombre. Y toda la obra, se ha dicho, no es sino una atenta mirada hacia esa oculta pena, ese desconocido anhelar del desam-

* *Estrella roja.* J. Danke.

parado, del desposeído de todo lo que hasta ahora nos parece más grato en la existencia. Y es, también, una advertencia de la rebelión que en él se origina perdido entre amarras de infortunio. Es un corazón que se yergue entre esa vida que sueña y esa otra, más amarga y dura, que los días le van entregando.

Y sigue buscando paisajes donde vaciar su amargura. Así nos coloca frente a una de esas casas proletarias a que ya hemos aludido: «...vivían a la orilla del cerro, en una casa que ejecutaba verdaderos prodigios de equilibrio para no rodar al fondo del barranco. En invierno y verano el techo crujía arañado por los vientos del mar como por una guerra implacable. En el patio había un enorme eucaliptus que servía de estación a los pájaros errantes... Desde abril las nieblas la acosaban con sus melancólicos velos y las ráfagas iban a depositar en ella su fardo de suspiros y lamentos.»

Danto vuelta la espalda a esta sombría acuarela de las estaciones, nos coloca frente a la maestranza y al dique, esas dos grandes fauces que día a día tragan por la mañana una gran parte de los obreros porteños para vomitarlos al atardecer convertidos en una masa amorfa de hombres sucios y cansados.

El presente trabajo da, por consiguiente, amplio margen para aplicar el principio de la crítica alemana de que sólo se comprende realmente una obra cuando se conoce a su autor y a éste, cuando se revive o valora su época. Libro, hombre y medio ambiente deben ser una trilogía inseparable.

Siguiendo con nuestro estudio, nos trasladaremos al año 1847. Cederemos la palabra al agudo observador Max Radiguet.* Este autor empieza por pintarnos la visión que obtiene del paisaje porteño al que, viniendo por mar, llega desde el sur. Dentro de un cuadrilátero esta posición equivale al ángulo opuesto al de Caldclough: «Al sur se destacaban riberas escarpadas, perpendiculares al mar; al este una cadena de colinas peladas se alejaba gradualmente de la costa, inclinando hacia el noroeste su cima ondulada y monótona; más lejos, en la misma dirección, detrás de un anfiteatro de montañas, la cordillera de los Andes elevaba hacia el cielo un grupo de

nevados picos. Cactus, arbustos espinudos, delgados, sin gracia, que parecían crecer contrariados, manchaban con su sombra verdura las alturas vecinas y aumentaban una vez más el aspecto desolado del paisaje.»

Comparando las referencias al paisaje porteño de Román Vial, Vicuña Mackenna y Max Radiguet se notan ciertas discrepancias de apreciaciones:

Así, Max Radiguet, en la obra citada, dice: «Cuando estuvimos a la entrada de la bahía semicircular de Valparaíso, interrogamos con la vista la costa, y las alturas, buscando con avidez una vegetación ausente.» (Pág. 155).

Román Vial sostiene una posición diferente en el cuento ya citado: «Algunas humildes casas levantadas en esos cerros, casas que parecían haber brotado de la tierra junto con los árboles que las sombreaban, era entonces verdaderas moradas de campaña. Colocadas en medio de ese extenso jardín silvestre, como era el campo en la estación florida, sus moradores aspiraban un aire purificado por el más saludable de los ambientes, cual es el que emana de las benéficas yerbas y plantas que producen nuestras tierras.» (Pág. 10).

Del mismo estilo son las descripciones que de esa época han hecho Vicuña Mackenna y Roberto Hernández, quienes coinciden con R. Vial.

Esta discrepancia puede solucionarse tal vez escuchando lo que al respecto escribe en 1822, María Graham. Esta escritora después de referirse a «las rojizas cumbres de los cerros», habla del hermoso bosque de todas las quebradas, en que abundaban las pataguas, los arrayanes, el laurel, el belloto, el peumo, el boldo, los canelos, las palmas y el maitén.»*

La ciudad de la cruz y el caduceo.— Siguiendo su descripción, nos añade Radiguet: «Sobre la costa se extendía la ciudad toda cubierta de polvo: uno de sus extremos ascendía sobre tres colinas o cerros, mientras el otro se extendía cómodamente en el llano.

Una angosta calleja serpenteaba al pie de la montaña, sirviendo, a manera de arteria, la circulación entre la parte alta de la ciudad y la parte baja.

* *Valparaíso en 1827.* R. Hernández. (P. 10).

En fin, en medio de toda clase de construcciones, cuyos tintes grises y rojos se mezclaban con los de la tierra, dos monumentos nuevos ostentaban muros de una blancura inmaculada; el sol hacía brillar una cruz sobre el primero, era la iglesia; un caduceo coronaba el segundo, era la aduana.»

Esta heterogeneidad de construcciones a que ya hemos aludido en líneas precedentes se remonta, pues, a una época anterior a la guerra del 79. Es interesante acentuar este punto debido a ciertas opiniones que atribuyen el rompimiento de la unidad arquitectónica exclusivamente al auge motivado por el triunfo en el conflicto bélico mencionado.

A continuación nos dará Radiguet una nueva nota de esa larga melodía del progreso porteño. Esta música, iniciada por Mathison, atraviesa los años en las páginas de todos los escritores que se han preocupado del Valparaíso histórico.

«Con esa impaciencia febril propia de una larga navegación, nos precipitamos en una canoa que se dirigía a tierra. Pasamos por en medio de una multitud de buques mercantes, venidos de todas partes del mundo, que ostentaba cada uno sus colores nacionales, entrecruzando en una complicada red sus mástiles, sus vergas y sus cordelajes, y desembarcamos en un muelle de madera, construido en forma de flecha para que resistiera mejor el oleaje, que el viento norte impele a la costa. La plaza de la aduana, abierta por el lado del mar, muestra esa actividad, esa agitación bulliciosa, que denota numerosas e importantes transacciones comerciales: sólo hay allí montones de bultos ensunchados y cubiertos, barriles de todas dimensiones y formas, grandes cajas pintadas vistosamente y llenas de letreros desiguales, obra laboriosa de un pincel chino».

Ese muelle de madera y esos bultos, lenguaje maravilloso del cosmopolitismo porteño, van a aparecer más adelante en las páginas de Víctor D. Silva y de Brandi Vera, respectivamente.

«Los trabajadores, añade Radiguet, semejantes a las hormigas, circulaban por en medio de las mercaderías que se amontonan, que se reparten en carretones tirados a mano, y van después a perderse en las profundidades del almacén.»

Después de una breve y notable descripción de los trajes populares, continúa Radiguet con su pintura de la ciudad:

«Ya lo hemos dicho, la ciudad se divide en dos partes distintas. La que orilla la rada de comercio y asciende en

anfiteatro sobre tres cerros, se llama el Puerto; la otra parte o extremidad occidental de la ciudad, se extiende sobre un llano que se llama el Almendral.

La desigual altura de los tres cerros del Puerto, les ha hecho bautizar con nombres ingleses, que significan cofa de trinquete, gran cofa y cofa de mesana.

Los extranjeros sólo los conocen por estos nombres herejes y por lo general, ignoran sus verdaderos nombres cristianos de San Francisco, San Agustín y San Antonio.

En el Puerto la ciudad se presenta por uno de sus aspectos más extraños y siniestros. Entre los tres cerros corren pequeños esteros llamados quebradas.

No hay nada más miserable que las habitaciones situadas a proximidad de estas quebradas, surcos profundos de la montaña donde fermentan toda clase de restos impuros. Las casas, bajas y feas, pegadas por un costado al suelo y sostenidas por el otro sobre estacas dispuestas a manera de pilares, forman el más completo desorden, sin considerar en nada al vecindario.

...Aquí se abre una puerta sobre un techo; una chimenea lanza grandes humaredas negras sobre una ventana abierta; allá unos cordeles extendidos soportan harapos horrorosos...»

Es opinión común de los escritores que la mano del hombre, léase indigencia, ha privado a Valparaíso de uno de sus mayores encantos al manchar el bello cuadro que ofrecían sus alturas, con esas degradantes pinceladas que la pobreza denomina casas.

Esta idea es la que expresa R. Vial al hablar de los cerros porteños: «...los campos o cerros que circundan la población, menos maltratados por la mano del hombre, se presentaban cubiertos de vegetación y engalanados por las variadas flores que, si hoy abren su cáliz al amor del templado sol de primavera, es para probarnos que ellas también han ido degenerando como la pobre humanidad.»*

Cementerios floridos.— Dos de estos cerros de Valparaíso han conservado su hermoso primitivismo. En ellos la labor de sus pobladores extranjeros ha levantado elegantes habita-

* *Costumbres chilenas.* R. Vial. T. I. (Pág. 10).

ciones junto a fragantes jardincitos donde florecen las más exóticas y variadas flores.

Radiguet alude complacido a estos bellos rincones del Puerto:* «De los cerros del Puerto, dos merecen especial mención. Ambos están cubiertos de flores y de habitaciones silenciosas. Una sociedad aparte vive en el primero que se llama Cerro Alegre; el segundo, cementerio de Valparaíso, se llama el Panteón.

En cuanto uno sube al Cerro Alegre, se reconoce por las pinturas coquetas de las casas, por los parterres olorosos a flores, por los senderos cubiertos de pastito, ese amor al orden y a la comodidad que distingue en todas partes a los rubios hijos de la Albión. Aquí las habitaciones muy bajas para resistir el ímpetu del viento y muy sólidas para resistir a los temblores, cobijan a algunas familias que hasta cierto punto han trasplantado su patria al suelo de la América.»

Esta pequeña colonia inglesa tiene sus orígenes en los primeros años del siglo pasado. Roberto Hernández señala sobre el particular lo siguiente: «Los comerciantes ingleses representaban en la localidad el núcleo más fuerte y ya por entonces tuvieron elegido el Cerro Alegre como barrio propio, formando una especie de colonia en que habían introducido sus costumbres tradicionales.»**

Como hemos dicho, el otro cerro que llama la atención de Radiguet es el Panteón, lugar que describe en forma liviana y rica en colorido: «Nada tiene de fúnebre este cementerio elegante y florido, donde revolotea y volteja un mundo de pajarillos, de mariposas y de insectos.

Los senderos, con arena y bien cuidados, separan plata-bandas cubiertas de coquetas tumbas, mostrando su blanca túnica bajo los rosales y las madre selvas; ramas vagabundas coronan las urnas cinerarias y algunas guirnaldas penden de los brazos de las cruces. El ciprés con hojas umbrosas, el pino de ramaje escueto, parecen desterrados de este sitio donde los rosales festonean los mármoles a los cuales han cedido un sitio muy a su pesar.

* Obra citada, pág. 179.

** *Valparaíso en 1827*. R. Hernández. (Pág. 34).

En medio de la avenida principal, un cuadrante solar, provisto de un estilete de cobre, parece marcar irónicamente las horas de la eternidad.»*

Joaquín Edwards Bello, en las obras citadas, se refiere también a este cementerio, insistiendo en su aspecto cosmopolita: «Muy poca gente cuenta con mausoleos en una ciudad en permanente mudanza como Valparaíso. Casi todas las tumbas están completas o pertenecen a familias que desaparecieron o a recién llegados que la muerte sorprendió en la ciudad.»

Ciudad sin Artes.— Nos ofrece, en seguida, nuestro autor, un juicio que más tarde actualizó Joaquín Edwards Bello: «Valparaíso no era más que un villorrio miserable en la época en que el arte español cubría de obras maestras la metrópoli y sus colonias. De modo, pues, que no pueden buscarse maravillas arquitectónicas en esta ciudad improvisada por el comercio.» Por su parte, el autor de «Valparaíso, la ciudad del viento», escribe: «Valparaíso no es una ciudad de arte y no por ignorancia o ausencia de cultura, sino porque ante todo se debe formar el cuerpo.» Y no es a la formación del gimnasta o a la del atleta a que se refiere, sino a la posición social: «La solvencia de un banquero no es lo mismo que la solvencia de un poeta.» O como dicen hoy: «Se nos enseñó filosofía y poesía y nos convertimos en un pueblo de mendigos.»

Viejas costumbres.— Tampoco pasó por alto Radiguet ciertas curiosas costumbres judiciales de nuestra ciudad antigua, como lo era el encerrar a los presos en jaulas para pasearlos por la ciudad y aterrorizar a los maleantes: «... arrimados a los barrotes, unen a su fealdad natural la doble fealdad del vicio y de la miseria.»

R. Hernández nos describe estos carros de la siguiente manera: «Tenían los carros la forma de una carreta, con toldo de fierro, y se hacía dormir en ellos hasta 14 presidiarios, mancornados de dos en dos para hacer más difícil su fuga. De día trabajaban en los caminos públicos, vigilados por los guardianes. Los carros, tirados por bueyes, se trasladaban de un punto a otro a distancias considerables.»**

* *Valparaíso en 1827.* R. Hernández. (Pág. 161).

** *Valparaíso en 1827.* R. Hernández.

Ferías Primitivas.— Y para terminar con el estudio de este interesante diario de Radiguet, anotaremos lo que buena- mente podríamos llamar antecedentes históricos de nuestras actuales ferias de tipo popular: «Los vendedores, al abrigo de sencillas carpas, exponen a la venta frutas y otros comestibles sobre un mantel. Son melones, menos dulces que los nuestros, sandías, o melones de agua, por fuera verdes y de interior rojo, y tan apetecidos por los habitantes que se comen hasta dos y tres en el día; por último las naranjas, las uvas, las manzanas y, sobre todo, las frutillas, que parecen estar ahí en su verdadera patria.»

*Cuatro años hace que la mano fuerte
del Destino que en sí todo lo encierra,
sembró el dolor, el pánico y la muerte
estremeciendo con furor la tierra.**

Terremotos.— Tal como Caldcleugh, fija su atención en uno de los más peligrosos fenómenos que visitan nuestro suelo: los terremotos. Dice a propósito de este flagelo lo siguiente: «Uno puede librarse de las fastidiosas tormentas de viento sur o del norte, quedándose en casa cuidando de cerrar puertas y ventanas; pero un azote que echa por tierra todas las precauciones humanas viene sin cesar a gritarle al chileno un terrible memento mori; este azote es el terremoto, en que todos los elementos se juntan.»

Hemos dicho ya que estas observaciones de Radiguet corresponden a Valparaíso y a la sociedad chilena de 1847.

Portales y «El ideal de un calavera.»— Antes de seguir adelante, escucharemos lo que Roberto Hernández expone en sus obras *Valparaíso panorámico* y *Primeros teatros*, de don Diego Portales en sus relaciones con el puerto: «Portales fué nombrado gobernador de Valparaíso a fines de 1832; y en los 10 meses de su administración dejó una huella profunda por su incansable laboriosidad.» En junio de 1837 vino el motín que encabezó en Quillota el coronel don José Antonio Vidaurre, rebelión que fué dominada a las puertas de Valparaíso en la madrugada del 6 de dicho mes, por la tropa y las milicias que

esto y tendréis una buena idea de lo que es Valparaíso cerca del desembarcadero los días de trabajo por la mañana.»

A su manera, y por el cuadro que queda esbozado, dice R. Hernández, que Valparaíso tenía ya por entonces la fama de un emporio merced a su antiguo movimiento comercial. La propiedad urbana había visto incrementarse tanto su valor que la de Santiago, en la misma época, no llegaba a la mitad.

Don Juan García del Río, literato colombiano, editor de la revista *El Museo de ambas Américas*,* fundada el 1.º de Abril de 1842 en Valparaíso, expone algunos datos de sumo interés respecto a la población, número de casas, barcos, comercio, rentas, etc.: «La población de Valparaíso asciende a 40,000 habitantes entre los cuales se cuentan 90 negros de ambos sexos... el número de casas se calcula en 2,000; y a la pobreza y desaliño primitivos, ha sucedido, en el común de ellas el aseo, la comodidad y, en las principales, el lujo, el refinado gusto europeo,... Por lo regular, hay fondeados en la bahía de 40 a 60 embarcaciones mayores de diversas naciones...»

Valparaíso, vanguardia del progreso.— A continuación escucharemos a nuestro autor acentuar una serie de datos interesantes para el porteño autóctono:

«En Valparaíso se fundó la primera librería que hubo en Chile, extendiendo su clientela a los países limítrofes de Argentina, Bolivia y Perú. Tal fué por muchos y buenos años la librería del benemérito español don Santos Tornero, la famosa «Librería del Mercurio»... «A Valparaíso corresponde también la primera publicación diaria que hubo en Chile o, en otros términos, Valparaíso contaba con un escrito diario que aparecía con toda regularidad cuando en Santiago no se editaban por entonces más que uno o dos periódicos semanales»... «El telégrafo de Valparaíso a Santiago fué el primero en Sudamérica, mediante el apoyo industrial y constante que mereció la idea en Valparaíso.»

... «En otro orden de iniciativas, diremos que el cuerpo de Bomberos de Valparaíso, organizado el 30 de Junio de 1851,

nández. (Pág. 6).

* *Valparaíso panorámico*. Roberto Her-

es la cepa clásica de que proceden todas las asociaciones de bomberos voluntarios que existen en la República.»

«La misma prioridad presenta la Bolsa de Corredores de Valparaíso, en relación con la de Santiago»... «El 18 de Septiembre de 1856 se estableció en Valparaíso el alumbrado de gas. Era la primera ciudad de Sudamérica que adoptaba este sistema.»

El departamento de Valparaíso es el más denso de la República en cuanto a población: «Mientras el departamento de Santiago se presenta con una densidad de 143,1 h. por kilómetro cuadrado, el de Valparaíso tiene 467,5.»

Pero debemos cesar en estas tradiciones y glorias locales, porque tendríamos que triplicar la extensión de este trabajo.

Observamos, pues, que «en la semblanza de la ciudad hay muchos lineamientos que son propios de nuestro medio y nada más. La característica de Valparaíso es positivamente una en toda la República».

Voces peruanas.—Vemos que muchos viajeros no han sido pocos en prodigarle elogios y en prueba de ello citaremos una página moderna de la distinguida escritora peruana doña Carolina Freyre de Jaimes:

«Valparaíso está de pie, orgulloso y magnífico, con el gran panorama de sus cerros, que aparecen como una maravilla de óptica, sobre todo de noche. Los edificios han sido contruídos allí de la base a la cumbre y se extienden en todas direcciones a manera de fantásticos palacios de hadas, por su estructura, el risueño colorido de su extraño paisaje. La iluminación nocturna de esa gran ciudad exótica, que parece colgada en el espacio, se refleja en las aguas del mar, extendido a sus pies, y parece una lluvia de astros, un puñado de luces fosfóricas, que suben, bajan, aumentan o disminuyen en intensidad, según que comienzan o avanzan las horas de la noche. Los que habitan esos edificios, los viajeros y paseantes, suben a los cerros por medio de ascensores movidos por la electricidad, siendo este corto viaje aéreo un encanto más añadido a la vista del espléndido panorama.»

Pero, añade R. Hernández, «lo que no supo acaso comprender la laureada escritora peruana es lo referente al alma misma de esta ciudad, al carácter propio y distintivo de este

núcleo de batalladores, con resoluciones heroicas y ardiente espíritu de trabajo... Esta estrecha faja de tierra, moldeada entre el mar y las empinadas colinas que la circundan, ha constituido la mejor disciplina para la raza.»

Prosiguiendo nuestro recorrido, nos enfrentamos ahora con la obra de V. Domingo Silva.* Dos épocas distintas distingue este autor en el desenvolvimiento material del puerto: Valparaíso anterior a la guerra del 79 y la ciudad posterior a dicho conflicto. En la primera etapa, como por otra parte las narraciones históricas confirman, «aún no había entrado el barrio del Almendral a adquirir la importancia que tiene hoy. Muy lejos de eso. La vida comercial y urbana se concentraba casi toda en lo que era propiamente el puerto, es decir, en la parte de población comprendida entre la calle del Cabo ** y el cerro Artillería, llamado así por las fortificaciones, algo primitivas, que habían sustituido al antiguo castillo de San Antonio.»

Después de la guerra, el panorama cambia por completo: «El muelle de pasajeros no era ya el mismo y en el sitio en que estuviera el anterior se alzaba ahora, en el centro de un jardín, un monumento gigantesco. La plaza municipal llamábase de Echaurren y se la había mejorado bastante; pero siempre pululaba en ella la clientela habitual de miserables y de vagos. De la antigua posa no quedaba nada, como también había desaparecido la playa, que era ahora un malecón dividido en lotes, lleno de donkeys humeantes y de chirriadoras grúas. El barrio del Almendral, pobre en otro tiempo, lleno ahora de edificios nuevos, de plazas flamantes, bullicioso y revuelto: la verdadera urbe!

En catorce años la ciudad había dado un estirón como el de los niños cuando pasan a hacerse hombres. Las quebradas que antes corrían a tajo abierto, eran ahora cañones subterráneos a los que se titulaba cauces.»

Dicen que el papel del crítico es el de andar siempre en busca del detalle que el escritor omitió o del aspecto que no consideró (léase: que no enfocó de acuerdo con los gustos de este interesante personaje). Y tan cierto es esto, que no hay

* *Palomilla Brava*. V. D. S.

** Hoy, Esmeralda.

crítico alguno que se atreva a dejar una obra sin haberle colgado un pero, venga o no al caso. Lo que interesa, es conservar el título. Pues bien, si uno de estos individuos hubiese leído con nosotros la obra entera, o al menos, el trozo transcrito, habría reparado de inmediato en su carácter trunco o incompleto. Creemos que ello se debe a la ausencia de enlace relacionador entre el hombre y la tierra, entre el individuo y el medio.

Crepúsculos.—L. E. Délano* se impresiona frente a un atardecer porteño y comunica su alegría rebozante al paisaje crepuscular: «La bahía comenzaba entonces a desvanecerse, a perder sus definidos contornos, los barcos se ocultaban tras las fantásticas islas de la sombra, el océano se obscurecía. Pero no tardaban mucho en surgir miles de luces. Era la fiesta de la bahía.»

Salvador Reyes** espera la llegada de la noche para contemplar a sus anchas, amparado en las sombras, la púdica ciudad que descansa a sus pies, ocultando celosa sus sabrosos misterios a los ojos que no saben mirarla con amor. Encaramado su personaje en una casita del Cerro Alegre, empieza por recordar «el gran Valparaíso de los negocios y de los viajes», y a revivir «el recuerdo penetrante de 1900, del puerto violento impregnado de inglesismo y acción»; esas casas de algunos cerros que «parecen lustradas y frotadas constantemente y en cuyas mamparas hay pequeñas planchas de bronce con un nombre inglés o alemán, medio borrado por el constante trabajo de sacarle brillo. Son casas de viejos marinos cuyos asistentes conservan la costumbre de frotar los metales todos los días; casas de gentes tan personales como las producía el siglo pasado y los primeros años del presente.» De esas gentes quedan hoy muy pocas. «Valparaíso ha ido perdiendo su carácter», ha dicho Reyes. «Le queda sólo esa maravilla nocturna. Playa Ancha es ahora un paseo asfaltado, con focos eléctricos y jardines peinaditos. En otro tiempo era maravilloso, con sus caletas de pescadores y sus rincones abandonados. Uno caminaba sobre la maleza y el mar aparecía más libre y salvaje.»

* *Una ventana en Playa Ancha.* L. E. Délano.

** *Piel nocturna.* Salvador Reyes.

Valparaíso en el corazón.—Pasemos ahora a observar cómo interpreta a Valparaíso Brandi Vera. Veamos de qué manera este escritor porteño se emociona y vibra frente al panorama del puerto. Captemos la clave de sus valiosas anotaciones, que nos permitirá ubicarnos en el ángulo preciso y único para coger determinados aspectos de la realidad estudiada. Brandi Vera, lanzando su cabeza por las ventanas de las aulas en largas divagaciones, se embebía, cuando niño, en ese ambiente de Valparaíso, tan fuertemente propicio para el vuelo de la imaginación. «Y la costa cóncava de mi puerto, nos dice, igual que la amplia nave de un templo gigantesco, me atrajo a los altares de sus rocas para orientarme en la misa de sus lejanías...» «Seducíanme aquellas moles de fardos andariegos, en hileras ajustadas y sobrepuestas por los donkeys a lo largo de los malecones.»

Como a otros seducen las mujeres o el vino, a este escritor y a sus personajes, impregnados en la vida de puerto, los seducen esos bultos que parecen agigantados por sus aventuras, reposando allí, salpicados de marcas que acusan su origen: Liverpool, El Havre...; «ese simpático caserío encajonado en el pintoresco anfiteatro de los cerros»; esa ciudad «con sus calles retorcidas y apretadas entre la costa y el cordón de cerros.» Los seduce ese «puerto joven henchido por el hálito vivificante de sus brisas, erizado de mástiles y chimeneas, como los andamios de un gran edificio en eterna construcción»;* ese extranjerismo porteño de la época en que el oro empezaba allí a ceñirse su corona de monarca y que Brandi Vera simboliza en aquellos «good mornings» o «my God», pronunciados con gangoso acento «slang» y colocados en boca de esos porteños que trajinan en sus páginas circunspectos como «globe trotter».

«La vida cosmopolita, añade, se había impuesto allí con sus lenguas diversas y sus tipos extraños, hasta extinguirse por completo el eco de Arauco.»

Interpreta a renglón seguido las características del Almendral y del Puerto en esa época en que los barrios centrales estaban ocupados por los sajones: «El Almendral con su desorden de feria campesina, poblado de abasteros obesos y el Puerto, sudoroso de alcohol, transpirando humo de pipas y lleno de marineros y de cocottes miserables...» En estos extremos

* Jazz. Pascual Brandi Vera.

urbanos «el sello inconfundible de la raza se manifestaba todavía en el robusto managuá de rostro tostado por los vientos marinos, o el placino bonachón que un día salió de sus tierras para trabajar «en grande» y allí se les veía a ambos, pero como aledados en aquella bulliciosa opereta.»

Valparaíso áureo.— Aparece también en sus páginas ese Valparaíso agitado por «una turba de vivos corredores y comisionistas», época en que «las once letras del vocablo millonario, por sí solas, como una constelación, cegaban el rebaño doméstico del Puerto».

Ante una turba endurecida por la fiebre del oro y los negocios, ante una vida social que se revela como un sistema cerrado, de odiosas leyes económicas, sólo es posible un resultado, frente a múltiples actitudes, para el que se asoma a este mundo monetario con los bolsillos vacíos y la conciencia honrada: el más rotundo fracaso. Tal es la esencia de esa sentencia que Brandi Vera pone en boca de uno de sus personajes: «Ante tales programas... ya comprendí la derrota, mi fracaso en el mundo que salía al encuentro de mis primeros pasos y siempre solo, hurafío, ... vagué desorientado.»

Y que sólo un resultado es posible, nos lo acentúa Victoriano Lillo.* Un pobre empleado enfermo y ansioso de surgir es la materia sobre la cual actúa la barrera económica. Desde su humilde lecho, «sus oídos captan con delicia todos los ruidos de la actividad porteña... divisa los vapores, el dique, la bahía entera, llena de sol y de movimiento. La casa se estremece al peso de los pesados camiones, de las góndolas repletas.» Y todo aquel confuso estruendo de la urbe mercantil se le adentra en su caldeado cerebro y le hace pensar en el dinero, «única ley del mundo. Pero el dinero como señor, en grande. Nada del honrado fruto de una vida ejemplar dedicada al trabajo. Queda eso para las necrologías de los que se enriquecieron robando en el peso. La especulación, el juego: salto y zarpazo. Si en la selva moderna de los apetitos, sólo los tigres cuentan, él será tigre.»

Pero esta reflexión, como todos sus proyectos de buen criollo, ha llegado demasiado tarde: «To late para el éxito,

* Valenzuela. (*La marca*). V. Lillo.

to late para el amor. Sólo la muerte lo iba a encontrar con la lámpara encendida.» Encarna nuestro «Valenzuela» el tipo de esos que van por la vida a la cola de las oportunidades, dejando a los audaces la posesión de todos sus encantos. Y en ese Valparaíso dorado sólo los audaces surgieron.

A este período bursátil alude J. Edwards Bello* al decirnos: «...Era la época en que la Bolsa cegaba a la ciudad y crucificaba al intelecto, arrancando a los abogados, médicos y marinos de su profesión. Época de tretas y de trampas de agiotistas con telegramas falsos y simulaciones de minas. Eran héroes los tramposos afortunados y en cambio los estudiosos y honrados sufrían burlas por su indolencia o chifladura. La gente experimentaba vergüenza por las cosas viejas. Los muebles hispanos, las cómodas, camas y armarios de jacarandá se dejaban en cambio de muebles ingleses o franceses.»

En otro capítulo de la obra citada, insiste sobre este fenómeno en la siguiente forma: «La caleta de pescadores llamada Quintil por los indios, reunión de bodegas hispanas, en tiempo de la colonia, pasó a ser el centro repartidor de los valores de Tarapacá, Antofagasta, Bolivia y Tierra del Fuego. Extranjeros y chilenos podían levantar negocios de la nada, hacer capitales y marcharse a otra parte cuando les diera la gana. Tiendas, hoteles, caballerizas, studs, modistas de París, surgieron como callampas en la lluvia de oro. Cualquiera de esos agentes de Bolsa lució refinamiento de emperador romano, hubo un club de bursátiles, de varios pisos con olor a Odol y alcoholes selectos, amoblado por Maple. Tiendas chinas e inglesas, frivolidades, maquinaria sueca, juguetes alemanes, cigarros de la Habana, tratantes de blancas, casimires de Londres. Valparaíso tomó un carácter propio: el porteño asumió una fisonomía tan vigorosa que aún hoy se le reconocería en cualquier parte de la tierra.»

Y como si esto fuera poco, nos agrega todavía una serie de informaciones valiosas para conocer este período al decirnos que el puerto «con sus negocios quiméricos, sus ostras, sus vinos y sus rincones galantes era el marco apropiado para los caracteres expansivos y virginales. El juego hacía salir el

* *Valparaíso, la ciudad del viento. En el viejo Almendral.* Joaquín Edwards Bello.

oro de sus madrigueras. El dinero, encajonado en los despachos o metido en las fortalezas de los bancos, saltaba de unas manos a otras. Triunfaba el menos indicado; no se precisaba preparación ni talento.»

La ciudad que nos pinta este autor es, en gran parte, la urbe donde «reina la majestad y la alegría brutal del número», donde «el hombre se cuenta por una cifra y las mujeres se venden al que paga más caro.» Es el período en que domina el mercantilismo de la cantidad sobre las más excelsas aspiraciones humanas. Resulta claro entonces, que este Valparaíso, dirigido por la plutocracia mercantil, no era terreno apto para los intelectuales, a no ser que se hubiera pretendido «hacer de la Bolsa un poema o del comercio un romance.» Esto lo acentúa Joaquín al afirmar que «sería error tomar a Valparaíso por una ciudad artística. Nadie fué allí capaz de comprender el talento de Darío».

Para evitar confusiones, debemos dejar en claro que estas referencias del autor atañen a la parte modernizada de la ciudad, esto es, al barrio comprendido entre la plaza Victoria y la Intendencia, puesto que la parte colonial, entre la citada plaza y el Barón, «con sus iglesias viejas y feas, era el revés. Aburrimiento, vida tacaña y agazapada en prejuicios...» La población enriquecida, añade, prefiere el plan, el cerro Alegre y Viña del Mar, «o sea, lo más lejos posible del chango primitivo.» De paso diremos con Mariano Latorre, que J. Edwards Bello «sólo describe la ciudad, no el puerto. El plan, no los cerros con su hervor de colmenas».*

Como resumen de estas variadas anotaciones nos dice Joaquín: «Era la época en que Inglaterra se presentaba como centinela en todas las cornucopias de la tierra. La potencia oceánica se revelaba a primera vista en los acantilados de Valparaíso. Francia se presentaba en la tienda de modas, en la mercería, en el peluquero. En esa olla revuelta de razas se formaba un tipo de hombre inconfundible, de flor en el ojal y chaleco de piqué: el porteño.»

Ese doble aspecto moderno y colonial de Valparaíso está nítidamente expresado en el tipo arquitectónico. Como reliquia histórica de la primera oleada ibérica, están las casas con cas-

* *La literatura de Chile.* Mariano Latorre.

cos de adobe, duro como granito, y los corredores pavimentados con ladrillos de pastelón; murallas anchas, sin adornos y con barrotes en las ventanas. Frente a ellas, las quintas modernas de estilo inglés.

Crisis.— Pero ya lo ha dicho el poeta:

*En este mundo mezquino
no cabe dicha completa:
cada flor tiene su espina;
cada dicha, su pesar.**

Como en la narración bíblica, a los años de abundancia siguieron los de escasez y los asombrados habitantes de Valparaíso, al igual que las vírgenes necias «que no habían provisto sus lámparas de aceite», vieron impotentes desvanecerse una riqueza que en su imprevisión creyeron inacabable. Esto es lo que nos relata Danke** al pintarnos el Valparaíso de la época de la crisis mundial que siguió a la guerra del 14: «Las firmas comerciales quebraban una tras otra. La cesantía comenzaba a lanzar sus ejércitos de hambrientos a la calle. Lo que había sido una bahía trajinada de mástiles y perezosos humos, ahora sólo era un brazo de mar despojado de sus habituales ornamentos: un desván en donde se podrían, como trastos inútiles, el dique y la chata-maestranza. Valparaíso languidecía bajo la ola depresiva que abultaba sus pechos en Europa y EE. UU. y venía a rematar, arrolladoramente, en las costas sudamericanas.»

Es la época del éxodo de los porteños a la capital y a los principales pueblos sureños donde la catástrofe económica se dejaba sentir con menor intensidad y crudeza.

Retóricas.— Hemos esbozado poco antes la decisiva influencia del determinismo económico sobre las creaciones artísticas en general. Detengámonos ahora especialmente en su acción sobre las producciones literarias.

* *El Rey chico* (zarzuela-colección P. S.).

** *Estrella Roja*. Jacobo Danke.

En Valparaíso áureo, con sus puertas cerradas a los valores no utilitarios, produce junto al «porteño» de que nos hablara J. Edwards Bello, un tipo característico: el vagabundo de tendencia bohemia. En este personaje pudo haber echado raíces el romanticismo europeo; pero, «los suspiros y ayes dolorosos habrían sonado un tanto ridículos en labios de hombres que vivían enfrentando una naturaleza ingente y ruda. No es el alma chilena hecha para entregarse a llorar y a maldecir la vida, rodeada como está de mares libres y bosques vírgenes en que puede respirar a pulmón lleno.* Por otra parte está el llamado de los escritores nacionales a la juventud criolla a seguir el camino del realismo. Tal significado tiene la palabra vibrante de Jotabeche** cuando con una admirable observación de la naturaleza y con una no menor penetración de la psicología chilena nos invita a «buscar los temas literarios en la naturaleza de nuestra tierra y los asuntos psicológicos en las características de la raza».

Pero debemos reconocer que, si bien es cierto que el romanticismo radical, aquel romanticismo que hace de los escritores «borradores de ideas antes que juglares de vocablos» no prosperó en Chile, fructificaron otras semillas o influencias literarias europeas. Este hecho explica las palabras de J. J. Vallejos. Tal fenómeno lo reconoce Radiguet*** que escribe al respecto lo siguiente: «Debe (el gobierno) imprimirle a la actividad intelectual, tal vez demasiado empapada en las literaturas francesa e inglesa, un rumbo útil y benéfico para el país.» Luego, como buscando las causas de esta vergonzosa virginidad literaria, nos recuerda el siguiente dato histórico: «Bajo el régimen de la sombría España, todos los libros en los cuales se sospechaba la más leve tendencia política o filosófica estaban terminantemente prohibidos. Sólo tenían franquicias las obras piadosas o aquellas en que no podía sospecharse su ortodoxia.» Con este sistema se impidió el progreso literario, ya que bajo este inquisitorio régimen habría resultado imposible transmitir a las nuevas generaciones alguna tradición literaria o marcar derroteros dentro del campo de las letras. Libre Chile de esta odiosa tutela, como en todos los países donde se

* *Mi Tierra*. Agustín Edwards.

** *Ib.*

*** Obra citada, pág. 211.

funda una literatura nacional, comenzó por inspirarse en modelos extranjeros, recurriendo a la traducción y a la imitación. Es natural, por consiguiente, que en toda esta primera etapa falte a los escritores, y de una manera especial a los poetas chilenos, en primer lugar la originalidad y, tal vez, también el público, como afirma Radiguet. Los escritores de la época descrita por este autor tienen su inspiración dispersa al pasar en los periódicos de Santiago y Valparaíso. Entre las muestras literarias escogidas por este agudo observador de nuestra sociedad en el siglo pasado, se encuentra este curioso retrato de un gentil-hombre chileno del siglo XVIII, obra del poeta Sanfuentes:

*Como ningún quehacer le daba prisa,
dormía hasta las ocho este magnate;
en su oratorio le decían misa
y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precisa
y la siesta después, y luego el mate;
y tras esto, por vía de recreo,
iba a dar en calesa su paseo...
A las once el marqués se halla roncando.*

Pirotecnias.— Siguiendo el examen de las interpretaciones de Valparaíso en las obras literarias, expondremos a continuación algunas breves e interesantes descripciones que nos hace Salvador Reyes de algunos parajes porteños muy socorridos por la literatura erótica, escuela que ha recibido notorio empuje de los escritores de la región, haciendo que para nuestra ciudad resulte inaplicable el juicio de Subercaseaux* de que «nuestra literatura eunuca adolece del complejo de castración». En ocasiones llega a merecer otra sentencia de este mismo autor, sentencia que expresa al aseverar que está aumentando «esa corriente mórbida que nunca agrega cualidades a la obra literaria, antes bien le resta».**

Aparece en S. Reyes*** el viejo y legendario barrio de la Matriz «con sus telarañas de callejuelas intrincadas, llenas de

* *Rahab.* B. Subercaseaux.

** *Ib.*

*** *El café del puerto.* S. Reyes.

voces, canciones y gritos», calles que son como los rieles por donde se deslizan hormigueantes y como autómatas las obesas prostitutas y donde pululan en las altas horas de la noche, como un resabio del puerto clásico, «los destripadores nocturnos.»

Nos ofrece más adelante algunas pinturas de tipo otoñal, engalanadas con preciosas joyas de su rica fantasía y completadas con valiosas interpretaciones psicológicas: «El otoño pasaba su plumaje dorado sobre los cerros cubiertos de casitas en equilibrio, las ventanas eran fanales que gritaban su deseo hacia el mar, y el humo de los vapores y de las fábricas batía en lo alto los pañuelos del adiós... En las tardes más luminosas el puerto era un gran barco. Cortaba sus amarras y se lanzaba empujado por el viento de las grandes aventuras... Desatraca del inmenso muelle del crepúsculo, enmarañado de mástiles y de chimeneas, chorreando vivos colores de oro y de sangre... Mezcla de razas exóticas, de aventureros fantásticos, de mujeres cosmopolitas, tripulaban aquel inmenso velero donde la vida se apresuraba a un extraño destino.»

Reyes es el escritor que capta y repite hasta la saciedad, en todos los tonos, el cosmopolitismo porteño en las clases populares.

Este cosmopolitismo se encuentra en Valparaíso, tanto en los artículos de comercio como en las personas. La exactitud de esta aseveración la prueban las palabras de María Graham* en una descripción general de la ciudad: «Las tiendas francesas contienen una rica variedad de artículos... Las tiendas inglesas son las más numerosas...» Luego de proporcionar algunos datos acerca de los negocios alemanes y norteamericanos, insiste en el marcado inglesismo del puerto: «...la preponderancia del idioma inglés sobre todas las otras lenguas que se hablan en la calle, lo harían creerse a uno en una ciudad de la costa inglesa.» «Es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra. Casi no hay casa donde no haya uno y el gusto por la música es excesivo...»

Antes de describirnos la curiosa industria de los loceros, Graham nos dice respecto de las comidas y creencias de los habitantes de la región, que ellas, aún hoy, son «netamente españolas».

En los poemas que publicó Subercaseaux* aparece la ciudad «entre cadenas y grúas, entre carbón y trenes, sobre cielos claros y mares bobos, feliz de contrabando, humo y luz. ... Ciudad poco defendida de vientos, temblor e incendio».

Es una poesía que surge cual un esquema de un paisaje borroso, indefinido. Es como el cuadro de un pintor diletante que mariposea sin detenerse en nada.

En el poema «Apunte nocturno», habla en forma inspirada de su «bahía, ancho anfiteatro de luces». Canta al puerto en una fría noche de neblinas con «los rieles húmedos» y «los alambres llorosos de los postes; las chatas carboneras y lomos paquidérmicos de mercaderías que chorrean agua y carbón por sus lonas lastimosas. ...» conmueven su estro en esa hora de la «ausencia húmeda» y de la «sonoridad del no ser».

Del fondo de estas inspiradas líneas parece brotar aquel saludable efluvio de las aguas que ensancha el espíritu y da una inmensa sed de vida. Sólo parece faltar el viento del mar tan propicio para los enamorados.

Goza también nuestro autor con la visión de esos cerros destartalados de nuestra ciudad proletaria y su palabra tiñe el pobre paisaje con la tibia policromía de las ropas extendidas al viento: «Por las callejuelas que suben, la curva del muslo trepida gloriosa. Roja, verde y rosa, luce la ropa tendida empavesando la vieja acera y el aire matinal.»**

Y continúa esta sinfonía de colores: «Contra el mar, una vieja grúa corta en dos el paisaje de mi ventana: chimenea de cocina y calaminas grises, calaminas rojas, calaminas verdes.»***

Formando el contracanto de esta fuga de colores, Subercaseaux ofrece la agradable musicalidad de la toponimia porteña: «Barón, Almendral, Placeres, Cordillera, Playa Ancha y Torpederas, nombres maravillosos. Con ellos querría hacerme un barco que hendiera las olas blandamente con la proa de la palabra Valparaíso.»****

Noches porteñas.— Victoriano Lillo ha estampado en una de sus narraciones una novedosa visión del puerto nocturno. Se

* *Poemas directos.* Benjamín Subercaseaux.

** Obra citada, poema III.

*** Ib.

**** Ib.

ubica probablemente en el paseo «21 de Mayo» de Playa Ancha: «Desde allí se dominaba la ciudad entera. Una línea de grandes focos eléctricos circundaba la rada. Parecía que cien mil estrellas hubiesen caído sobre los cerros. De cuando en cuando, para el lado del Barón, un chispazo azul iluminaba el cielo. En la plazuela de la Aduana los tranvías eran asaltados por los paseantes que tornaban del Parque. Los imperiales rebozaban de borrachos bullangueros. A lo largo de las calles culebreaban las góndolas. Un vapor atracado a la dársena apresuraba su descarga.»

En este breve cuadro aparece nuevamente lo que Laurencio Gallardo ha llamado «Valparaluces». Hemos señalado al respecto que ningún escritor que haya hablado de Valparaíso ha logrado escapar a la mágica influencia de las luces de los cerros porteños. Vemos, además, cómo por sus calles retorcidas zigzaguean los sonoros tranvías y las viejas góndolas con sus vientres repletos en perpetua preñez. Los primeros con sus hoy desaparecidos imperiales, iluminando a intervalos irregulares el paisaje de la noche con una pincelada de claro azul que rebota y se expende sobre las nubes bajas, estallando al reflejarse en el quebrado espejo del mar. Es un cuadro de movimiento, tal como más adelante lo encontraremos en Román Vial: luces que pestañean en los adormecidos cerros, ómnibus y tranvías que se deslizan martillando las angulosas calles, gente que corre y bullangua, fogonazos que azotan el espacio con la fugaz luminosidad del relámpago, donkeys que trabajan presurosos.

Lillo completa este cuadro panorámico con una pintura que refleja un aspecto típico de la actividad porteña: «Por sobre las copas de los pinos del bosque próximo, seguían el tráfico de la bahía. Un remolcador tiraba trabajosamente de un velero hacia alta mar. Veían las velas desprenderse de las vergas, palpitar contra los mástiles e inflarse después en comba armoniosa. Otras veces era un vapor que llegaba del sur, pegado a la costa. Se advertía la chimenea humeante entre algún claro del bosque.»

Es curioso observar que en la configuración actual de Playa Ancha es muy difícil, y tal vez imposible, encontrar un lugar desde el cual pueda obtenerse, en un golpe de vista, el paisaje descrito.

Año Nuevo.— Otro párrafo notable de las descripciones de Lillo es el que se refiere a la celebración del «Año Nuevo» en Valparaíso. Ciertamente no hay en Chile ninguna otra ciudad donde este acontecimiento se celebre con tanto boato y animación. Contribuyen a ello los barcos profusamente iluminados y empavesados con esmero; sus agudas sirenas y potentes reflectores que taladran el espacio, dibujando en la noche misteriosas figuras. La forma del terreno, remedo de una herradura, permite gozar de una visión de conjunto del espectáculo fantástico del puerto engalanado. El ruido de los cohetes y petardos retumba y se acrecienta en sus múltiples quebradas, monumentales cajas de resonancia: «Había llegado el «Año Nuevo. En la ciudad se advertía una aceleración del ritmo urbano. El público circulaba gozoso. Parecía que todos querían olvidar, siquiera por aquellas horas, sus preocupaciones molestas. La Avenida Pedro Montt, iluminada con miles de bombillas eléctricas, hormigueaba de paseantes. En las confiterías, la gente se impacientaba esperando, mientras los mozos corrían sudorosos con bandejas llenas de refrescos y pasteles.» Y luego, al dar las doce: «...retumbó el cañón, estallaron mil cohetes y las sirenas de los vapores mezclaron sus roncós alaridos al pitar agudo de los remolcadores. Se inflamó el cielo sobre la ciudad; repicaron las campanas y un clamor inmenso subió hasta el balcón donde Orrego sollozaba.»

Este episodio final lo utiliza Lillo para lucir un magnífico contraste entre la alegría que se exterioriza, no ya en la suave luz de Bengala, sino en la explosión violenta del petardo y el cohete, y la tristeza que aflora, no ya en el simple ceño adusto, sino en las lágrimas y en el sollozo que estalla incontenible. Es el empleo de un conflicto armonioso, de un ajuste de fuerzas que obran en sentido, tal como se limitan y acoplan, armónicos y discordantes, el día y la noche, la vida y la muerte.

De esta fiesta de fin de año nos habla G. Winet en su liviano y alegórico lenguaje:* «Valparaíso, engalanado por las bengalas, es en la noche de Año Nuevo un barco de luz y esperanza.

Este zarpe y anclaje de los años es en el puerto un simbólico movimiento de mágicos navíos. Unos se van con el lastre

* Revista *Zig-Zag*, Enero de 1945.

del pasado, y otros llegan con el cargamento ignorado de lo que no se ha vivido:

Valparaíso se torna en esta noche en un mirador del tiempo.

La bahía, con su fiesta de bengalas, es también en la medianoche de los adioses algo prendido en la espera del Año Nuevo, con algo de sirena, de pájaro, de mujer.

Emerge de los mares, se eleva por los aires y toda la fiesta de sus luces es algo insinuante como una sonrisa.»

Navidad.— Estudiemos ahora algunos datos que guardan relación con la fiesta de Navidad. Este capítulo de la vida porteña lo enfocaremos en el pasado por intermedio de la conocida voz de Román Vial.* Llama la atención de este autor el cambio verificado en la proverbial seriedad del puerto. Las enojosas preocupaciones mercantiles del diario vivir ceden el paso a las algazaras y al reír sonoro. La ciudad luce en sus vitrinas sus mejores lujos y en sus calles y salones, una iluminación fastuosa: «El movimiento, la música, el murmullo general, los cascabeles de la locura y del polichinela, las carcajadas de los bufones, aquella inmensa variedad de trajes y colores, realizada con una brillante iluminación, todo esto y mucho más formaban allí un conjunto cuya confusión o desconcierto guardaba, sin embargo, la más perfecta armonía con las condiciones inherentes a fiestas de esa clase.»

Esta celebración no es exclusiva de ciertos grupos sociales, sino que llega, por diversos caminos, aún a las esferas más populares: «A las diez de la noche de ese día Valparaíso estaba desconocido. A su animación ordinaria, al movimiento del trabajo, del tráfico mercantil e industrial, había sucedido la agitación y la algazara de los aturdidos grupos, de las muchedumbres ávidas de hacer paréntesis a una existencia de interminable labor y fatiga.

... La plaza de la Victoria era el centro a que convergían los paseantes de todas clases y condiciones, desde la aristocrática dama que acudía allí a tomar el fresco y a ver a las mascaritas atravesar la plaza en medio de las turbas de inso-

lentes muchachos, hasta el muy plebeyo pillo que iba en busca de las apreturas para bolsiquear impunemente.»*

En este escenario de animación y jolgorio, representa su papel, como en la mayoría de las obras de ambiente porteño, no sólo el elemento nacional, sino también el extranjero: «Pero lo más característico de aquella profanación de nuestro baile popular se ve en la parte extranjera, en esa porción que se llama flotante, o sea capitanes, pilotos, contra maestres, etc., de los buques que a la sazón se hallan en Valparaíso... La zamacueca es lo más sencillo de este mundo para un inglés. Unas cuantas mudanzas y sacudidas de pañuelo, con sus correspondientes saltos, vueltas y morisquetas, y los tenemos hechos unos cuequeros consumados.»

Divagaciones étnicas.— Valparaíso asimila al elemento extranjero, pero paga su tributo a esas razas y costumbres exóticas. Tal como «la sangre germánica se pierde como un resplandor en la carne de Iberia, que ya antes se había sorbido la sangre celta, la semita, la griega y la latina»,** la carne porteña absorbe y transforma en gran parte la sangre extranjera. Tampoco aquí hubo drama. También acá fué un proceso instintivo. Valparaíso, más que cualquiera otra ciudad de Chile «vive como un árbol de raíces avaras, de ramas amplias y protectoras.» A este propósito leemos en Subercaseaux:*** «Un dato sugestivo es la conducta del europeo que llega a nuestras tierras. Al cabo de cierto tiempo se torna indolente, menos activo y su mente adquiere un pliegue particular que lo acerca al medio ambiente: se chilenuza con facilidad.» Esta afirmación, válida como adaptación al ambiente, exige en su aplicación al puerto una rectificación, puesto que allí el nativo es diligente y activo. Pero hemos enunciado también el tributo que nuestra ciudad paga al extranjero. Tal significado tienen las palabras de Radiguet:**** «No hay que buscar en Valparaíso a las verdaderas chilenas (designamos así a las descendientes de las razas española e india mezcladas) entre las jóvenes de la

* Obra y tomo citados, págs. 79 y 81.

** *España virgen*. Waldo Frank. Pág. 50.

*** *Contribución a la realidad*. Pág. 72.

**** *Viajes por Sudamérica*. A. Caldclough.

sociedad, pues gran número de extranjeros enriquecidos han casado con los nativos y le han impuesto a su descendencia el sello imborrable de una nacionalidad diferente.»

En el fondo del actual porteño hay una síntesis curiosa de los célebres binomios de Madariaga: * del inglés «hipócrita y con sentido práctico», del francés «claro y licencioso», del alemán «perseverante e inhábil», del español «digno y cruel» y del italiano «falso y refinado».

Esta maravillosa base étnica, notoria exclusividad de nuestro puerto, explica esa pléyade de varones ilustres que ha producido Valparaíso, y que son una gloria para la patria. Intercalaremos a este propósito una síntesis de un artículo publicado tiempo atrás por Roberto Hernández en *La Unión* de Valparaíso con el título de «Nacieron en Valparaíso muchas personalidades».

«Se ha hecho bien en recordar, porque todo ello abrillanta las tradiciones de Valparaíso, que con el premio nacional de Literatura conferido al periodista y escritor J. Edwards Bello, son ya dos los porteños que han logrado tan alta distinción, ya que el primero correspondió a Augusto D'Halmar. Uno y otro, Edwards Bello y D'Halmar, nacieron en Valparaíso, como también nació aquí Eduardo Barrios.

... Si de lo actual pasamos a una época más antigua, tenemos que las tradiciones de este mismo orden en Valparaíso, por el nacimiento aquí de algunos de sus hombres, son tan interesantes como olvidadas.

Una figura intelectual y científica, no menos que política y artística, como la del doctor Augusto Orrego Luco, vastamente conocida en el extranjero, es de Valparaíso...

... En la nómina de las figuras de prestigio en nuestra historia literaria, que pertenecen a Valparaíso por el nacimiento, habría que recordar a escritores y jurisconsultos como don Enrique Cood, don Paulino Alfonso y don Enrique Rocuant; a historiadores como don Julio Bañados Espinosa, don Anselmo Blanlot Holley y don Eduardo Poirier; escritores de costumbres como Román Vial y Arturo Givovich; historiógrafos y bibliotecarios como Justo Abel Rosales y Enrique O'Ryan; dramaturgos como Antonio Espiñeira, Julio Chaigneaux y

* *Ingleses, franceses, españoles.* Prólogo, VII.

Carlos Latroph, y cultivadores de la poesía como Pablo Garriga, cuyo libro prologó Vicuña Mackenna, y Rodolfo González, que hizo también labor periodística.

... Como escritores eclesiásticos, Valparaíso puede presentar a don Francisco de Paula Taforó y a don Saturnino Belmar... en otro orden de estudios, cabe mencionar a don Agustín Edwards.»

Y termina diciendo: «Como se ve, las tradiciones literarias y de otro orden en Valparaíso ofrecen una nómina abundante, que puede enorgullecer a la localidad y a la región.»

Fiestas Patrias.— Junto con las fiestas de Pascua y Año Nuevo, anotaremos las observaciones que nos presenta la literatura acerca de las Fiestas Patrias en Valparaíso. También en este punto nos atenderemos a las palabras de nuestro co-terráneo R. Vial:* «Pocas fechas habrá más generalmente queridas y deseadas en Valparaíso que la del Diecinueve de Septiembre, porque de todas las festividades cívicas es la que mejor ha conservado con su tradicional prestigio y su culto patriótico, su carácter popular y el colorido propio de nuestras costumbres.

El verdadero aniversario nacional es, sin duda, el dieciocho; pero el Diecinueve es... la corcova del gran día...»

Esta descripción la acompaña Vial de tragicómicas anotaciones económico-costumbristas.

Destaca a continuación el entusiasmo despertado en la ciudad por la «parada militar», festividad que hoy ha perdido en el puerto su tradicional brillo, no por ausencia de espíritu patriótico, sino por las modificaciones que el progreso ha introducido en el barrio de Playa Ancha. Esta gran presentación era tan solo un número dentro de la numerosa serie de actos que se realizaban en dicho día (once campestre, bailes populares, concursos de volantines, remoliendas en las ramadas, etc.). Perdida hoy la agreste hospitalidad del otrora frondoso «Parque», la gente del pueblo se dispersa por el Pajonal, el Vergel, Laguna Verde, etc. Para que nos deleitemos con el sabroso espectáculo de algo que fué, escuchemos a

* Obra citada, T. II, pág. 3.

R. Vial:* «A esa hora se notaba un gran movimiento en las calles. Era un deshordamiento de gente que, a pie, a caballo, en carros y coches, carretones y otros vehículos, llevaba la misma dirección, como si se tratase de abandonar la ciudad amenazada de bombardeo o de un peligro semejante. Pero el aspecto festivo de la población con sus banderas y el no menos alegre de los viandantes, muchos de ellos llevando sus provisiones de boca y otros sus instrumentos, el arpa y la guitarra, eran una prueba de que se trataba de la gran fiesta o parada militar.»

A continuación de este cuadro de movimiento, donde hacen su aparición, invitando a la cueca, las arpas y guitarras criollas, ansiosas de lanzar al aire, en el sacro día de la libertad, las notas aprisionadas en sus cuerdas, nos ofrece el autor la sonora visión de un complejo panorama: «Las casas, carpas y ventorrillos con su multitud de banderas de todas formas y tamaños agitadas por el fuerte viento; las tropas confundidas con la masa del pueblo y medio perdidas entre las nubes de polvo; las voces de mando y las de los venteros; los ecos de las bandas de música, de los tambores y cornetas formando un descomunal desconcerto entre sí y con los atiplados gritos, tambores y demás sonajeras de los cantos populares de fondas y ramadas; la dilatada perspectiva, en fin, de aquel cuadro animado por la más pintoresca y bulliciosa multitud, rodeado de un lado por cerros que, como otros tantos anfiteatros, se veían coronados de gentes; y del otro por la inmensidad del mar, con su seno azul como el del cielo y rompientes albas como la nieve.»

Todo este movimiento,** toda esta algarabía, nos habría parecido más inusitada dentro del ambiente estudiado, si hubiésemos escuchado a nuestro cicerón exclamar al encabezar una de sus narraciones de tipo porteño: «En la tarde de un domingo de Junio, y con esto queda dicho que esa tarde era dos veces triste, primero por ser de invierno, y segundo por ser de esos días que no sé por qué en Valparaíso, hemos dado en llamar festivos.»***

Podría tal vez esta observación traducirse en cualquiera de esas frases que ruedan por allí, tales como «nuestro pueblo

* Obra citada, T. II, pág. 7.

** Ib., pág. 7.

*** Obra citada, T. I, pág. 59.

no sabe divertirse», «nuestro pueblo es un pueblo triste». Es curioso observar que «las ciudades, como los hombres, tienen personalidad. Las hay frías, de una frialdad que repele y que no se sabe de qué proviene; ciudades brumosas pueden tener cordialidad y otras, toda luz, ser opacas y rechazantes. Como las mujeres, las ciudades son alegres, apasionadas, vehementes, simpáticas, hoscas, frías, duras...»*

Veraneos — Félix García Sarmiento.— Otro aspecto de la vida porteña que tiene su aparición en literatura es el veraneo. Ya Radiguet nos habla de Valparaíso como puerta de escape para los calores y molestias del verano, haciendo resaltar el brillo que adquieren sus paseos y salas de entretenimientos con tan numerosos y entusiastas visitantes: «Cuando las bellezas de Santiago, la capital de Chile, vienen a buscar en los baños de mar un alivio para los calores del verano, los salones de Valparaíso presentan una animación no acostumbrada.»

Hay a este respecto un juicio muy acertado de Darío** en carta dirigida al Director de *La Nación* de Buenos Aires, desde Valparaíso, el tres de Febrero de 1889. Dice allí: «Estamos en pleno verano; hierve el puerto de forasteros... cuando comienzan los días ardientes y hay frutas nuevas, se empiezan a ver aquí muchos rostros pálidos, cuerpos airoso y delgados, gentes que caminan con indolencia, despacio, no como las que viven con vida porteña, agitada y rápida, al galope.»

El once de Febrero del año anterior, había publicado en *El Heraldo* de Valparaíso algunas ideas similares: «Nuestras calles hierven. Hay una muchedumbre de rostros nuevos, y una animación bulliciosa por todas partes. Se pasea, se goza... las jóvenes que vienen del brillante Santiago... vienen a ser Galateas en las playas porteñas, donde la onda es dura y la espuma soberbia.»

Epoca de veraneo, época de amores nuevos, tal es la idea de Darío en su publicación del tres de Marzo de 1888, en el citado periódico de Valparaíso: «Se van los inmigrantes, se van los que vinieron en busca de sol y de fragancia de mar...»

* Revista *Zig-Zag*, N.º 1816.

** *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Raúl

Porque es lo cierto que el verano, si trae mucho oxígeno, mucho sol, también trae mucho amor, y no es un imposible que niña que viene en busca de salud y de alegría, lleve en el retorno una dulce cosa más: salud, alegría y novio.»

Y ya que la ocasión se presenta, digamos algo de Darío en sus relaciones con el puerto: «Después del magnífico despertar literario que promovió Sarmiento en el año 1842, desde las columnas de *El Mercurio* de Valparaíso, el acontecimiento artístico más importante que afecta a la vida del país en dicho campo, se produce también en este puerto: la llegada del gran poeta nicaragüense Rubén Darío, en 1887.

Pocas noticias se tenían en el país sobre la obra poética de Rubén, hasta hacía pocos meses modesto empleado de la Biblioteca Nacional de Managua. Si bien es cierto que los trabajos de aquella época no definían al gran poeta que fué más tarde, su prestigio literario se había difundido ampliamente. Por esta razón, al venirse a Chile, él esperaba encontrar aquí un campo más propicio para desarrollár su actividad estética.

No fué así, desgraciadamente. Pero, en cambio, encontró aquí espíritus selectos que influenciaron hondamente su espíritu y terminaron por marcarle los rumbos definitivos que debía seguir su maravillosa inspiración. Tales fueron don Josa Victorino Lastarria, Pedro Balmaceda Toro, Eduardo de Ié Barra, Eduardo Poirier, etc.

Darío se dió a conocer en Chile con un artículo que publicó en *El Mercurio*, a poco de llegar, sobre las condiciones de su patria. Poco después escribió algunos artículos críticos sobre Irisarri y Vicuña Mackenna.

Darío trabajó también un tiempo en *La Epoca*, diario de Santiago; pero regresó luego a Valparaíso, donde ocupó un puesto de redactor en *El Herald*. En estos meses editó en el puerto su libro de rimas titulado *Rosas Andinas*.

La vida de Rubén Darío en Valparaíso fué hondamente dramática. Luchando contra la miseria, celoso de ocultar sus desgracias y asediado por su melancolía habitual, no tardó en caer en la más desgarradora desesperación. Sin embargo, la tendencia que siempre demostró hacia la misantropía, mantuvo ignorada por muchos años esta lamentable condición, pronto agravada por un amor poco afortunado del poeta con una dama distinguida, doña Emma Cunich, madre de la exquisita escri-

tora porteña Isabel Morel, que mortificaba el alma sensitiva y hurañá de Rubén.

Este idilio, que no tuvo otra trascendencia que miradas y sonrisas cambiadas a distancia, fué, en cambio, un motivo más de sufrimientos para el autor de *Azul*, que buscaba vanamente consuelo en largos paseos solitarios por las orillas del mar.

Finalmente, encontró un amigo que pudo comprender su tragedia. Fué éste el médico don Francisco Galleguillos Lorca. Lo llevó a su casa y le prodigó el noble consuelo de una amistad cariñosa y paternal.

El poeta dejó muy pronto de vagar por las inmediaciones de la casa de su amada y volvió a frecuentar la amistad de las personas que podían protegerlo. En Viña del Mar visitó varias veces la casa del Presidente Balmaceda, donde hoy se encuentra el hotel Francia, invitado por su gran amigo Pedro Balmaceda Toro.

José Victoriano Lastarria escribió a Mitre sobre la conveniencia de amparar a este gran talento poético en las columnas de *La Nación* de Buenos Aires. Don Bartolomé, que ya conocía la obra del poeta en Chile, accedió gustoso a lo solicitado por Lastarria. Así, cuando Darío regresó a su patria, llevaba el cargo de redactor y corresponsal del gran diario argentino, en 1889.

La permanencia de Darío en Chile, aunque relativamente breve, marcó una gran influencia en nuestro ambiente literario contribuyendo en alto grado a formar una brillante generación de escritores.»*

Apartándonos un poco del tema iniciado, diremos algo acerca de lo que Darío ha escrito de nuestra ciudad. Eduardo de la Barra alude a ello en su prólogo a *Azul y Abrojos*: «Aquí tenéis a Ricardo: en busca de impresiones y panoramas, sube a los cerros de este valle del Paraíso, que no es paraíso ni es valle. Sigue una vía tortuosa de casas trepantes, escalonadas del pie del cerro a la cumbre, graciosas, alegres, pintorescas, unas como blancos palomares entre la verdura, otras como castillos aéreos asomados al abismo.

Mientras más se sube, como pasa en la vida, mayores horizontes se abarcan, más crece el cielo y más el mar. Y

* *Gaceta de Chile*, Septiembre de 1936.

en las calles ascendentes del cerro Alegre y en la estéril soledad del camino de Cintura, Ricardo ve, medita, y escribe después, lo que pocos ven, menos meditan y ninguno ha escrito.

Veamos lo que él ha visto.

En el jardín de esa casita inglesa, ahí tenéis a Mary cogiendo flores de la mañana, rubia, áurea y fresca... , creación delicadísima hecha de una feliz pincelada y digna de tentar a un Fortuny. Luego, al lado de esa acuarela sonrosada y lila, un paisaje chileno a lo Rugendas, representando al huaso de nuestros campos y su buey; gordo éste, resignado, paciente, y rumiendo filosóficamente su pasto y su destino. Más allá, al rojizo resplandor de la fragua, los cíclopes de delantal de cuero, que forjan el hierro incandescente al compás de sus martillos. ¡Ah!, acá tenéis la *virgen de la paloma*, creación murillesca, con su niño en los brazos... »

Volviendo con nuestro tema y retrocediendo un poco en el tiempo, tenemos un interesante documento en las palabras de Vicente Pérez Rosales:* «Entonces como ahora, en los veranos, muchas familias de Santiago, por buscar expansión y mejor aire, trocaban las comodidades del aristocrático hogar, ya por las rústicas e incómodas ratoñeras de sus casas de campo ya por los no menos incómodos alojamientos que se procuraban en los puertos marítimos, a donde acudían a bañarse, a torear las olas, a ver barcos y a recoger caracolutos para regalar a las amigas a su vuelta a Santiago.»

La procesión de San Pedro. Al hablar de las fiestas porteñas, debimos incluir allí los datos pertinentes a otra festividad que, sin alcanzar la universalidad e importancia de las conmemoraciones citadas, no les va en zaga en cuanto a entusiasmo y brillo se refiere. Nos referimos, naturalmente, a la Procesión de San Pedro. De ella nos dice Román Vial:** «Doce años hará que esta fiesta, una de las más populares, fué suprimida en Valparaíso, (escribe en 1907). Los verdaderos católicos experimentaron gran satisfacción, porque ese acto religioso se había hecho una fiesta profana, una verdadera bacanal, como que en las embarcaciones se cantaba, se bailaba

T. I. Pág. 32.

* *Recuerdos del pasado.* V. Pérez Rosales,

** *Costumbres chilenas.* R. Vial, T. II. Pág. 111.

y se bebía, dando lugar a escenas y desórdenes que no estaban en armonía con la moral cristiana.»

Con anticipación a la fiesta, los pescadores y fleteros repasan y pintan sus embarcaciones. El día de la procesión muchos de los barcos mercantes surtos en la bahía se hallan empavesados.

Es de notar que esta fecha es un día de regocijo y de negocios para estos hombres. Botes, lanchas, remolcadores, chalupas, canoas, bongos y demás embarcaciones menores son ocupadas totalmente en número y en espacio. De entre todas las lanchas sobresale la del santo, adornada con gran profusión de flores y de gasas de colores: «Fondeada cerca de la playa, frente a la plaza de la Victoria... , mostraba su empavesado completo, su gran bandera pontificia al tope del mástil, y más arriba, en forma de cataviento, el simbólico y reluciente pescado, girando en todas direcciones sus plateados reflejos.» En ella el celeste protector de los pescadores recorre las aguas del puerto «con su canosa y poblada barba, sentado en una especie de trono improvisado en la lancha... con su brillante tiara en la cabeza y las llaves del cielo en la mano.»*

Roberto Hernández dedica también un capítulo de sus obras a esta interesante festividad porteña:** «Los grandes desastres de la bahía de Valparaíso por los temporales de Junio de 1897, no sirvieron sino para darle mayor fausto a la procesión de San Pedro, que se venía celebrando desde tiempo inmemorial, aunque por las escenas y los desórdenes de que una época estuvo acompañada, las autoridades la suprimieron. Aquello había llegado a ser una fiesta mitad religiosa, mitad profana, como que en las embarcaciones se cantaba, se bailaba y se bebía, y todo esto era el apéndice obligado de la procesión de San Pedro...»

Como vemos, las apreciaciones de ambos escritores son bastante parecidas.

Esta alusión de R. Hernández va acompañada de un curioso y acertado juicio de la escritora María Graham que, como hemos ya anunciado, visitó nuestras costas por el año 1822. Cuando M. Graham nos visitó en 1822, la procesión de

* Obra y tomo citados, pág. 115.

** *Valparaíso en 1827*. R. Hernández. Pág.

San Pedro estaba suspendida, y es curioso ver las reflexiones que hace en este punto la ilustre escritora inglesa, reflexión de tanto mayor mérito, si se toma en cuenta el credo protestante de su autora, quien lamentaba así la supresión: «Chile es un país tan esencialmente marítimo, limitado como se halla su territorio por los Andes, de los países orientales, y el desierto de Atacama de los países del norte, que si yo fuera legislador, dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar. Haría del día de San Pedro una festividad nacional esencialmente marítima: distribuiría premios a los pescadores y a los lancheros, acordaría recompensas honoríficas a los oficiales, recibiría y solucionaría todas las peticiones y representaciones que tuvieran atingencia con el mar; en una palabra, haría sentir en ese día que la protección del gobierno se daba la mano con la de Dios, para amparar a la más útil y, por consiguiente, más favorecida clase de los ciudadanos chilenos.»

Los restantes detalles de la procesión son idénticos a los proporcionados por Vial.

VALPARAISO EN LA LITERATURA

II

1. EL MAR:

- a) *El mar como paisaje*; b) *Caletas*; c) *El hombre y el mar*; d) *Cementerio marino*; e) *La estela de los adioses*; f) *El mar, un desconocido*;

2. EL VIENTO.

Autores estudiados: Edwards Bello, Joaquín; Bórquez Solar, Antonio; Brandi Vera, Pascual; Casassus, Carlos; Danke, Jacobo; Délano, Luis Enrique; Escobar, Zoilo; Gallardo, Laurencio; Koenenkampf, Guillermo; Latorre, Mariano; Lillo, Victoriano; Magallanes Moure, Manuel; Pezoa Velis, Carlos; Prado, Pedro; Radiguet, Max; Reyes, Salvador; Rojas, Manuel; Sarmiento, Domingo Faustino; Silva, Víctor Domingo; Solar Correa, Eduardo; Subercaseaux, Benjamín; Vial, Román; Vicuña Mackenna, Benjamín.

Revistas consultadas: *Atenea* y *Zig-Zag*.

CONSIDERACIONES GENERALES

La raza chilena se ha formado en la contemplación de la naturaleza. Allí reside el secreto de su psicología. «Marino

desde que navegaba pintarrajeado y semidesnudo por las soledades, construyendo embarcaciones con cuero de lobos marinos o troncos atados; minero desde los tiempos en que enviaba a los Incas del Perú tributos de oro y plata para conservarse libre»,* el chileno comprende profundamente su tierra y la ama con verdadera pasión!

Si bien es cierto que esta continua confrontación con una naturaleza ingente y bravía ha creado un tipo de rasgos característicos, las variaciones regionales del paisaje han influido en una diferenciación local.

«Las naciones, ha dicho Cabero,** son amalgamas físicas y psíquicas de diferentes razas, mezclas que, sometidas durante siglos al influjo de un clima y de una configuración determinada... , constituyen al fin una raza histórica.» De esta manera queda expresado que «el medio físico influye en la raza: la naturaleza del suelo, la configuración geográfica determinan el género de vida... ; el clima influye sobre el estado físico y éste, a su vez, en su intelectualidad, sensibilidad y voluntad.»*** Sin embargo, y ya lo hemos esbozado, para no caer en un juicio sociológico falso, es preciso decir con el autor que «el paisaje y el clima no determinan inexorablemente los destinos del alma de la raza», pero que por lo menos «influyen en su desenvolvimiento físico y psicológico»****

Se suscita un primer problema al tratar de precisar esas características que peculiarizan a una nación, ya que «para inquirir y diseñar el alma de una raza hay dificultades insuperables»***** Y más aún, pues una vez que ellas se han resuelto, es preciso captar las idiosincrasias regionales, puesto que «en un país (el alma) varía de una región a otra.»***** De aquí se infiere que cada ciudad, «cada pueblo posee un alma colectiva típica»,***** esto es, que «a comarcas diferentes corresponden características diversas»*****

* *Mi Tierra*. Agustín Edwards.

** *Chile y los chilenos*. Pág. 16.

*** *Ib.* Pág. 19.

**** *Ib.* Pág. 35.

***** *Ib.* Pág. 12.

***** *Ib.* Pág. 12.

***** *Ib.* Pág. 15.

***** *Ib.* Pág. 40.

Aplicando estos principios generales al caso que nos preocupa, añadiremos que «toda raza debe adaptarse al medio físico, que la modifica en razón inversa de su cultura».* En principio, «un clima casi igual, combinado con un paisaje variado, como el de toda la costa del centro de Chile, incita a la actividad y predispone a someter el sentimiento a la razón».**

El costino de esta zona está dotado de atributos que lo diferencian substancialmente del mediterráneo respectivo. La causa de esta desigualdad específica es la influencia dominante que ejerce el mar sobre el clima. Sobre el particular escribe Cabero:*** «El mar influye en el clima, naturaleza de las industrias, comercio y costumbres de un país.» Y luego añade, como para precisar su pensamiento:**** Entre los hombres de la costa y del interior establece una diferencia la atmósfera salina y yodada del mar, que es un estimulante de la acción, que exalta los nervios y hace a los costaneros atrevidos, pendenciosos, veleidosos en sus ideales, novedosos, fáciles de asimilar la cultura y costumbres exóticas, al mismo tiempo que la familiaridad con el mar ilimitado, lo tienta a la aventura, a seguir lo desconocido, lo incita a empresas audaces.»*****

Al estudiar las interpretaciones literarias de estas relaciones de paisaje y psicología en las obras de ambiente porteño, nos encontramos con un interesante juicio de carácter general de Hernán del Solar.***** Este escritor, criticando el viejo y socorrido sistema de combinar el medio y el hombre en una simple sucesión de cuadros en que personajes y naturaleza se van cediendo alternativamente el puesto sin una relación substancial, escribe: «...no se oía entonces sino un resbalar de brisas, se escuchaba la voz del agua, se iba conociendo el nombre de cada árbol y se podía perseguir, en su minuciosa parábola, el vuelo de cada pájaro. El personaje central perdía significación en tales momentos. Pero en seguida el paisaje parecía hacerle ceremoniosa venia y le cedía su sitio.»

Con todo, para entender nuestra literatura y lograr al estudiarla emitir juicios ecuanímenes, es necesario además tener

* *Chile y los chilenos*. Pág. 33.

** *Ib.* Pág. 36.

*** *Ib.* Pág. 37.

**** *Ib.* Pág. 39.

***** *Ib.* Pág. 40.

***** *Estrella roja*. J. Danke (Prólogo).

presente lo que ha escrito Ricardo Latcham, el más erudito de nuestros críticos:* «La tierra chilena, llámese cordillera inaccesible o selva virgen, disuelve al hombre y lo hace minúsculo ante el prodigio del escenario.»

A estas observaciones preliminares se debe que parte de los capítulos siguientes estén dedicados al estudio de la forma típica que asume la mencionada relación en Valparaíso.

* *Chilenos del mar*. M. Latorre. (Prólogo).

jóvenes, en falanges sucesivas, crecientes, se precipitan hacia él con la curiosidad, con la novedad de lo desconocido.

Guillermo Labarca se queda mirando al océano; Magallanes Moure arma su casa junto al mar; Pablo Neruda canta nostálgico el amor de los marineros que besan y se van; Salvador Reyes se hace a la vela en su Barco Ebrio, anhela ser El último Pirata, y hasta Mariano Latorre baja de la montaña y olvidando los chilenos de la sierra, enreda su plática con los Chilenos del Mar.»

La denominación que hemos dado a este capítulo explica claramente la posición que adoptaremos para enfocar la materia. Para precisar la adecuación del colorido regional, parcelaremos ese mar, al decir acertado y hondamente poético de Mariano Latorre,* «inmenso y virgen, que no hendieron griegos mascarones, ni supo de velas de púrpura ni de gavieros expertos, sino de balsas de cuero o trenzadas velas de totora, pero bebió el alma multisonora de los vientos primitivos.» Nos ubicaremos en este mar del centro de Chile, «blanco de gaviotas, hirvientes de congrios atigrados, de robalos de plata y cabinas de ojos azules. Mar de los viejos pescadores coloniales, ingenuos y supersticiosos.» Nos deleitaremos en el estudio de este rincón marino que, aunque no «extraviado entre islotes de esmeralda», ni «espejo ávido de las selvas oscuras, de los verdeantes papales y de los villorrios grises, sumisos en torno a un campanario de madera», que, aunque en sus aguas no navegue el Caleuche, «hinchadas de aire las velas espectrales y su casco acribillado de luces, donde la imaginación del chilote, niebla y estupor, inmortalizó a los ahogados, a los piratas vencidos, a todos los que murieron en lucha con el mar»; que, aunque sus aguas no luzcan «blanqueadas por la nieve de antárticos plenilunios», ni aparezcan «ceñidas de ventisqueros y de islas por donde crucen a la deriva témpanos errantes, trozos del polo», es un mar indómito y soberbio y sus aguas saben de grandezas y de tragedias. A su empuje violento se estremece la ciudad y los peces tiemblan en el seno de sus profundidades.

Para mayor claridad, preferimos la afinidad temática al orden cronológico.

* *Chilenos del Mar.* (Mar de los chilenos).

Joaquín Edwards Bello* nos ofrece de este mar una visión prosaica. Parece que su pluma pudiese sólo encontrar poesía en las aguas extranjeras o en los motivos marinos de ultramar. El aspecto que nos brinda de las aguas del puerto está expresado en su mar «pesado y aceitoso donde caen las gaviotas como pedradas para coger desperdicios». De paso debemos notar que las gaviotas conservan la armoniosa tranquilidad de su vuelo aún en los momentos de coger su presa.

Ya hemos apuntado que hay un indiscutible acierto en la interpretación del mar como paisaje en Mariano Latorre. Este autor es un enamorado del escenario prodigioso de nuestras costas, de nuestras playas, «fajas, de oro claro donde la marea borda una cinta de nieve frágil y movable». La riqueza del mar chileno, sus variedades infinitas de extraños y valiosos peces, el alba marina, la mansedumbre del mar al mediodía, su agitación crepuscular encuentran en Latorre la adecuación pictórica precisa: «El mar era, a esta hora matinal, de un azul intenso, apenas rizado por pequeños borbotones reidores; el arco dorado de la bahía cerrábanlo negros bloques de rocas que la ola azotaba con violentos golpes de espuma. Innumerales gaviotas, desordenadas y gritonas, revoloteaban al ras de las olas: una barqueta roja balanceaba acompasadamente su mástil, apenas una raya imperceptible en el aire empapado de luz.»**

Y luego al mediodía, cuando la baja marea parece aquietar el vaivén de las olas: «El mar ha perdido su color azul, salpicado de níveos borbotones. Chispea, ahora, en toda su superficie, como si las aguas densas estuviesen en fusión. Descansan las gaviotas. Los botes rojos o verdes parecen amodorrados, con su proa clavada en la arena respandeciente. El mar, bajo el sopor de la baja marea, da la impresión de estar dormido.»***

En su pintura del crepúsculo marino, luce el citado autor un fuerte poder expresivo. Sus atardeceres en el mar aman los cambiantes tonos de las puestas de sol: «La amplia sinfonía de la marea llegaba a la caleta con el sordo compás del oleaje. Los gritos de las gaviotas, vueltas a su actividad con el despertar de las espumas, eran como pizzicatos de bárbaros

* *En el Viejo Almendral*, pág. 284.

** *Chilenos del Mar*, pág. 19.

*** *Chilenos del Mar*, pág. 27.

instrumentos. Olas tumultuosas, de rojas cimeras, azotaban la playa con precipitado empuje; y en la línea del horizonte, el disco del sol, de un rojo de sangre nueva, iba asentándose sobre sí mismo, a manera de una masa que afloja, poco a poco, la cohesión de sus moléculas.»*

Azul, plateado y rojo es la tricromía con que Mariano Latorre singulariza las tres etapas del día marino. A esta acuarela de expresiones bastaría añadir «el perfume de las algas que en el aire flota»** para obtener la perfecta visión de nuestros mares.

Manuel Rojas capta maravillosamente el panorama de Valparaíso.*** Observa el azul profundo de las aguas quietas en la tranquilidad de la mañana naciente. Las aves veloces, persiguiendo a los peces. Los soñolientos barcos, ensuciando el aire con sus humos negros. Y para proteger los bordes de la tela, engarza una visión de conjunto de los pintorescos cerros porteños: «Era aún de día y el mar estaba de un color azul profundo, sin una trizadura, inmóvil, ostentando manchas de color esmeralda que flotaban sin dirección. Cientos de pájaros volaban alrededor de los barcos, con las alas blanqueando en relumbrones cuando la luz las iluminaba oblicuamente, y se les veía descender, cerradas las alas, cayendo al agua como paquetes, de punta, entusiastas, persiguiendo a los rápidos pejerreyes, a los torpes cardúmenes. Los vapores, anclados, aburridos, fumaban largas pipas, echando el humo con lentitud hacia el cielo. La atmósfera era un cristal cóncavo, una gran copa de aire azul, invertida, que sumergía en el horizonte el filo de su pared transparente. Los cerros destacaban sobre el cielo sus perfiles huidizos, curvos o planos, que se perseguían sin alcanzarse, pelados unos y otros cubiertos de bosques verde oscuros o con árboles aislados, enjutos, vacilantes, como centinelas cansados o peregrinos detenidos, y todos, todos cubiertos de casas, de ranchos, con murallas blancas, amarillas, rojas, azules, verdes, iguales a juguetes expuestos en una feria fantástica. Algunos ranchos colgaban de las paredes de los cerros, ostentando tiestos de claveles, de malvas, de cardenales, de

* *Chilenos del Mar*, pág. 34.

** *Oro del Archipiélago*. A. Bórquez Solar.

*** *Lanchas en la bahía*, pág. 35 y 36.

(Tarde marina, pág. 120).

achiras, y otros desnudos, contruídos con latas o calaminas comidas de orín, semejaban tarros esperando la llegada de un basurero a quien las callejuelas absurdas, los callejones impre-
vistos, las escalas torcidas, las bajadas y las subidas, atrasaran siempre en su obscura faena.»

La exactitud de esta descripción marcha paralela a su acierto literario. Sus ojos de observador sagaz, revistieron de vivos colores el harapiento paisaje de los cerros.

Esta misma bifurcación de mar y cerros ofrece el telón de fondo que Victoriano Lillo coloca a su cuento «La Oveja Negra». Sin embargo, habla del mar tan sólo para indicarnos que su narración se ubica en un puerto. Nos lo pinta «oprimido por el largo murallón de la dársena», dejando ver solamente «lo que tiene de prisionero, de bahía comercial», en la cual se destaca «el ir y venir de los faluchos panzudos, de los botes pintarrajeados, de las raudas gasolineras». Luego admira la escenografía de los cerros que al obscurecer «iban encendiendo sus luces a grandes brochazos. Algún pitazo, una que otra campanada y, al fin, el silencio que cae sobre el puerto en sombras.»*

Lo primero que llama la atención a Jacobo Danke** al doblar el tren frente a Caleta en dirección al Barón, es el mar con sus aguas inquietas y sus ligeras embarcaciones: «Rodeado de una zona de azulencos vapores, de una lontananza poblada de yolas y balandras, Valparaíso principia a perfilarse en la distancia. El tren, antes de arribar al puerto, entra por Caleta Abarca, y de improviso, tras un cierre de enmohecidas calaminas, emerge el espectáculo del océano liso y acendrado como una mesa de billar. Aquí y allá, algunas roturas en el paño; pero esas diversas roturas son los bongos pescadores que se mecen en los vaivenes de la resaca. . . .»

Otro de los escritores que siente vibrar su inspiración frente a las aguas del puerto es Carlos Casassus. De él ha dicho Julio Ramírez:*** «ama entrañablemente a su puerto contrahecho y cerril, con las luminarias de sus faldas, con el enjambre de sus mástiles, con el vuelo de sus gaviotas, con las lamas verdes que se enredan en sus rocas.»:

* La Marca.

** *Estrella roja*, pág. 27.

*** *Literatura Chilena Marítima*. Pág. 27.

Valparaíso, Valparaíso
— *valle del paraíso terrenal* —
yo que he vivido en tus faldas,
no te puedo olvidar.

Los ojos,
cuántas veces frente al mar
se me llenan de lágrimas
que nadie me vió llorar.

CAPITULO I I

CALETAS

Iniciaremos este capítulo con la descripción que nos hace Mariano Latorre de la Caleta de Molco:* «Los diez botes de Molco estaban en seco y sus cascos esbeltos, de líneas semejantes al huidizo contorno de los peces, pintaban en la tabla clara de la playa sus manchas rojas o verdes, con los números oscuros de su matrícula en la proa. Bajaba la marea: las sábanas de espuma bullidora recogíanse cada vez más, ensanchando la playa. Los pescadores limpiaban sus redes que, semejantes a montones de tierra húmeda, lentejuelada de escamas, sobresalían de la borda de los botes. Las mujeres y los chiquillos los ayudaban en la tarea de desmallar. Oíanse entre los botes gruñidos de perros, peleándose una cabeza de corvina y en el aire claro, graznidos de gaviotas disputándose unas tripas.»

Nos encontramos frente a una de esas descripciones que captan, en el corto espacio de unas cuantas líneas, todo lo que de característico involucra un paisaje o una situación. Abajo el mar con su ir y venir constantes, los botes con sus vistosos colores y sus vientres tapizados con las húmedas redes, entre ellos, hombres y perros dan vida al panorama. Arriba, en

* *Chilenos del Mar*, pág. 21.

el cielo claro, las bulliciosas gaviotas dibujan sus acabados contornos, mientras atisban la codiciada presa.

Laurencio Gallardo nos ofrece retazos de esta bella realidad que la literatura tan a menudo falsea. El mar, sus hombres, sus puertos, sus leyendas, sus pasiones, sus voces, tal es el material que este autor explota en sus obras. Escribe de esos hombres que el mar lleva y trae con ternura como a un niño, o golpea duro como a una roca. Nos habla de esos barcos que «se deslizan en la noche, descorriendo sus hileras de luces sobre el agua». Nos pinta el mar «golpeando su pecho contra el espigón de atraque».

El valor de las observaciones de este autor es notable en lo que se refiere a las peculiaridades de la vida de puerto. Comprende con exactitud que en ellos todo es distinto y característico, y lo expone con un perfecto realismo: las gaviotas, los marineros con los brazos tatuados y el pecho velludo lleno de inscripciones (los tatuajes son para los viejos marinos, como las cicatrices y las huellas de los combates para los viejos soldados), los barcos y el mar tentador como un inmenso camino, mar que la luna, «esa luna que pule los contornos de los cerros, hace brillar como un gran vidrio.»

Lo que nos interesa en el presente capítulo es la descripción que hace el aludido autor de una caleta. Teniendo como base la pintura de Latorre, podremos establecer un interesante paralelo: «Las lanchas, recién sacadas, dormían parecidas a los peces en el sucio redondel de arena; sus colores armonizaban muy bien con el borrón ladrillo de la playa: azul de mar en la borda, amarillo o verde al medio y la quilla roja. Sobre un pequeño cuadrado negro a proa y a popa, como los nombres de los barcos, se destacaban los blancos números.»*

Observando ambas pinturas, vemos que la suave curvatura de los botes recuerda a los dos autores la grácil y combadá línea de los peces. A ambos llama la atención la clara policromía de las embarcaciones, destacadas sobre un fondo descolorido. Es curioso observar que Gallardo sólo ve lo estático del cuadro. En su caleta no laboran esos hombres que remiendan sus redes en la luz de la mañana, como en Latorre, ni se hacen presente esos «taciturnos pescadores que vagan

* *Hombres de Máquinas.*

en la noche y velan el sueño de los mares», como en las páginas de Pedro Prado.*

También Víctor Domingo Silva dedica algunas líneas a los pescadores y sus caletas. Su pintura se refiere a la hoy desaparecida caleta «Jaime», ubicada frente a la Avenida Francia: «... parte de la flotilla había sido varada a la espera de un buen calafateo, pero no pocas chalupas cabeceaban fondeadas a cortas brazas de la orilla. Hombres, mujeres y chiquillos hallábanse atareados en la destripadura. Por el mar, gaviotas, piqueros, cuervos y alcatraces merodeaban en nubes al olorcillo de los detritus, en medio de una algarabía infernal, y, sucios con el fango del estero, los perros molestaban tanto con su intrusidad que había que espantarlos a gritos y pedradas.»**

Este autor ha preferido en su descripción, el movimiento al colorido. Faltan en su cuadro la luz y el color para producir ese maravilloso maridaje de que nos habla Latorre.***

Jacobo Danke **** ha llevado a los libros un breve momento de la vida de los pescadores: «... un tupido enjambre de bongos pescadores se divisaba como a una milla de distancia del embarcadero; a su bordo se movían, atareados y afanosos, los pescadores que aprovechaban aquella inesperada afluencia de los peces. Desde tierra se veía brillar, como la hoja de un cuchillo de plata, el coletazo de los jureles y las sierras al ser sacados del agua y al defenderse de la pérfida suerte que habían hallado agazapada en el cebo del anzuelo.»

Mariano Latorre se ha detenido también a contemplar los peces en el fondo de los botes y nos ha dejado una pintoresca visión de la cavinza:***** «Son pequeños puñalitos de plata, con su plomizo color de alta mar, de aguas en movimiento. Los ojos, sí, son enormes. Ocupan la pequeña cabeza puntiaguda, con un ribete oscuro como el carey de un anteojo.»

Otro de los escritores que ha expresado su impresión frente a las caletas, es Vicuña Mackenna.***** Escribe al pasar junto

* *Los pájaros errantes.*

** *Palomilla brava*, pág. 49.

*** *Atenea*, N.º 69.

**** *Estrella roja*, págs. 76 y 77.

***** *Chilenos del mar*, pág. 23.

***** *De Valparaíso a Santiago*, pág. 1.

a las playas en un viaje a Santiago. Desde las ventanillas de su vagón, dedica algunas palabras al viejo puerto: «Valparaíso, nos dice, se componía de tres ciudades: el Puerto, que era el almacén; el Almendral, que era el hogar; la Caleta, que era el oasis y el jardín en medio de las arenas.» Y luego pasa a detallar esta última: «En esta parte de la ciudad, estrechado el mar por sólidos malecones, revienta con pintoresco bullicio entre rocas de basalto que las olas cubren con su blanca espuma.»* La Caleta de la Cabritería** muestra unas «veinte canoas, que van en busca del esquivo congrio...», en demanda de mansas corvinas, estas gallinas gordas del mar, que alimentan a otras tantas familias en aquel lugarejo. Muchas de estas canoas son formadas del tronco de un boldo, otras, de un ceibo de Guayaquil, otras, y éstas son las más, de tablas y alquitrán hechizas en el sitio y valen hasta 150 pesos. Vence tendidas a lo largo de la playa después de la faena de la noche.»***

* *De Valparaíso a Santiago*, pág. 7.

** La actual Caleta Portales.

*** Obra citada, pág. 8.

CAPITULO III

EL HOMBRE Y EL MAR

*«Los horizontes
llaman a los hombres
y frente al mar
se siente el desconsuelo
de no poder
estar en todas partes,
en cada punto de la tierra,
en cada barco del mar...»**

Sírvannos de introducción las palabras de Pascual Brandi Vera,** otro de los escritores devotos del mar. Este autor relaciona las ideas de mar y de amor, la muchacha inquieta y zalamera con el agua arrulladora y huidiza. El mar, dice, «es un elemento integrante de nuestro propio yo. Lo llevamos en nuestra propia sangre y aflora cuando el corazón late emocionado frente a dos ojos ardientes, hondos y verdosos, como la lejanía del mar, frente a una figura humana, fresca y transparente, como lavada con la espuma de la costa.» Concretando un poco, añade: «Al insinuarse la primavera, empezaba ya Marina sus viajes diarios a la playa y en las primeras horas, sin bañistas, se lanzaba al regazo del mar. Así, gloriosa en aquel marco de gaviotas, era una gaviota más, meciendo en el agua su cuerpo bronceado...»

te al mar).

** *Altamar*. Pág. 37 (Carlos Casassus. Frente

* *Jazz*.

Del mar, lo mismo que del amor, nos alejamos, pero no los olvidamos jamás. Tal como recordamos las caricias de la mujer amada que ha quedado rezagada en algún recodo del camino de la vida, de igual modo no olvidamos esas aguas que han moldeado nuestras almas con sus ansias de infinito, o han refrescado nuestros cuerpos con sus gélidos abrazos.

«El puerto tan querido y tan odiado, la costa inolvidable en cuyo oleaje se mecen los recuerdos de mis primeros años, agrega Brandí Vera, todo aquello quedó un día como en la alta mar del destino y mi barco náufrago pareció encallar en esta tierra sin faros ni horizontes que se cobijan al amparo de la cordillera.»

En estas líneas aflora toda la nostalgia del porteño alejado de su costa hurafia y salvaje, de su mar tormentoso y sin fronteras.

«El mar, continúa el citado autor, seduce a los poetas como los peinados de moda a las chicas bonitas. Y lo cantan, peinan la emoción con sus ondas, sus espumas y sus lejanías, aunque sólo mentalmente hayan asistido alguna voz a su gran templo melodioso. Pero uno, que desde sus primeros años bautizó su espíritu con la brisa salobre de los puertos, puede substraerse y sin querer refresca su pensamiento con ese rocío etéreo con que el mar nos salpica eternamente.»

Sobre la inquieta superficie de este mar de los chilenos, tejen nuestros marinos la malla de sus ilusiones. El murmullo de sus aguas tranquilas, o el estruendo de sus ondas encolerizadas, inspiran a los escritores marítimos esas melopeas que son expresiones de inamovibles concepciones del mundo y de la vida.

Tal sentido tiene el canto evocador y nostálgico de Salvador Reyes.* «Y sin embargo nos queda el mar y bajo la quilla de este barco de sombras podridas, pasan las corrientes y los grandes peces de ojos estúpidos. Todavía el sol, cada tarde, sangra sobre las aguas sin fin y la luna canta sobre las olas viejas canciones para nuestra muerte sin sueño; todavía el viento ruge en las jarcias y la tempestad nos escupe de un lado a otro y golpea nuestros huesos con su gran zarpa amarga. Ni Dios ni el Diablo quieren nuestras almas. ¿Para qué? Hemos hallado nuestro cielo y nuestro infierno en el mar.»

* *Ruta de sangre.*

Este es el lamento que los viejos marinos porteños lanzan frente al paisaje soberbio de las aguas sin límites: «Despellejados, comidos por las sales, con los huesos chirriantes como las drizas podridas de los viejos veleros, vagando en desesperado crucero, son incapaces de acomodarse al tranquilo y profundo lecho de arenas y de algas en el fondo del mar.»*

Observamos claramente que el mar actúa sobre el estro literario de Reyes, obligándolo a revivir otros tiempos, a sentir como sentían aquellos célebres despojadores del mar, a actuar como ellos sin más ley que el instinto. Por eso, como observa D'Halmar, «viola, saquea, profana, asesina, incendia y bombardea, por lo menos en intención.»**

Se ha dicho que Reyes es autor marinista por excelencia. Sus novelas, sus cuentos y sus poemas están impregnados de esa vaporosa salinidad marina. Lejos del mar se siente como un extranjero en tierras hostiles: «Me siento mal, indudablemente. La ciudad no es bastante soberbia para hacerme olvidar mis preocupaciones, ni bastante hermosa para llenar mis sueños. Sobre todo me falta el mar. Arde su ausencia como una quemadura cuya intensidad de dolor no podré encerrar nunca en mis escritos. Entre la flojedad de esta neblina invernal que acerca nuestros mutuos cansancios, yo os juro que siento la nostalgia del mar hasta la desesperación. Y cuando en estos amaneceres vacilantes, yendo por las calles de la ciudad terrestre, veo un asta de bandera, escueta y alta sobre el cielo, sufro la belleza de los ágiles mástiles de antaño, cruzados de gaviotas y de viajes.

Cuando niño, cien veces grité de terror en los temporales del norte, acurrucado en el fondo de una lancha que danzaba sobre un mar nunca ahito. Y ahora me desgarran la lejanía de las desnudas costas, de las gallardas goletas de ese tiempo y siento mi adolescencia ida a pique...

¡Oh, dioses! ¡Cómo ha pasado el tiempo y con qué velocidad!... Inclinado como un viejo, sobre la ausencia de mi propia alma, he de buscar en las historias de mi propia juventud el verdadero sentido de la vida.»***

* *Ruta de Sangre.*

** *Ib.* Prólogo.

*** *El matador de tiburones.* Salvador Reyes.

*Nunca falta
un suspirar
de hombre triste
sobre el mar...**

Morriña.— Un aspecto interesante dentro de este estudio de las interpretaciones literarias de Valparaíso, es la constatación de ese sentimiento de nostalgia producido en el ánimo de los porteños al alejarse del mar y de su suelo natal. Aunque este proceso psicológico es un fenómeno frecuente en las personas que abandonan el terruño que los vió nacer, hay lugares, como Valparaíso, que tienen el mágico poder de apegar los corazones a su recuerdo.

Esta «morriña» porteña es la que lleva al protagonista de las obras analizadas de Joaquín Edwards Bello, a recordar, en las melancólicas tardes quillotanas, quietas y asoleadas, «las encrucijadas pintorescas, las callejuelas heterogéneas con escalinatas, recovecos, cuevas, posadas, tugurios y bares de marineros» del puerto. Y esto no obstante su apología del paisaje de Quillota, donde «las mañanas son limpias como una mirada virginal; las colinas suaves» y «en la tarde los cerros parecen hechos de carne de rosas como caras de chiquillas».**

Por su parte, Víctor Domingo Silva muestra en *Palomilla brava* a Papelucho que, en medio de la pampa árida y rojiza, sin una planta ni una flor, vuelve los ojos a la querencia de su lejano puerto y evoca, «casi con lágrimas, las arboledas y los matorrales de los cerros, las lindas casa-quintas de los extranjeros, los huertecillos pobres que saqueaba de niño y las quebradas borbotantes en donde pataleaba con el agua a la rodilla.»

Luis Enrique Délano inicia una de sus narraciones*** con un homenaje a la ciudad que albergó los ensueños de su infancia: «Es imposible que yo oiga hablar de Valparaíso, dice, sin poner el oído alerta, sin despertarme enteramente. Valparaíso es para mí la significación de grandes cosas. Es como un pozo donde yo me lanzara de cabeza, reconfortante y delicioso. Tiene para mi vida un gran prestigio y una gran claridad,

* *Altamar*, pág. 44. (Carlos Casassus. El mar).

** *En el viejo Almendral*, pág. 44.

*** *Viejos relatos* — (Una ventana en Playa

Ancha)

como que representa el sitio de mis primeros sueños y mis primeras esperanzas.» Y más adelante le oímos exclamar, recordando los desaparecidos encantos de una rústica calle playanchina: «¡Oh, las piedras sueltas de la calle, cruzadas de grandes baches, y las casas, bajas algunas como miserables chatas carbonéras, y encaramadas las otras lo mismo que elegantes yates de recreo, de aquellos cuyo mástil se eleva en vuelo atrevido! La calle, continúa, por uno de sus extremos se perdía hacia unos potreros verdes y rurales. Por el otro, caía de cabeza, desde un alto acantilado, hacia el mar, que mecía abajo sus cabelléras verdes y blancas.»

No se requiere suspicacia para captar en este breve trozo de Délano un interesante parangón entre las construcciones terrestres y las arquitecturas marinas, entre los edificios y los barcos. La casa baja y oscura es una chata, palestra de viejas ratas. El esbelto edificio de líneas modernas, es un elegante yate de nerviosa arboladura.

Danke* encauza este sentimiento en otro sentido. Explota las tardes del puerto como principios de evasión que pueden ser evocados en la monotonía del ajetreo cotidiano. Es una deformación sentimental de la nostalgia hacia la ensoñación: «Violentas rachas de fuego disparaba el sol contra las nubes ovilladas, y si entonces el agudo pitazo de un tren huía, retorciéndose entre aquellas incandescentes masas, Pablo se entregaba a la ociosa tarea de levantar fantásticas ciudades a ras del firmamento, ciudades bíblicas, semidestruídas, y que han estado ardiendo durante miles de años en los hornos de la historia.»

Aún el extranjero lleva a sus exóticas tierras el recuerdo de Valparaíso. Sus «cerros como altarcitos de Noche Buena».** Su nombre; su vida; su imagen:

*Valparaíso, palabra botada
en los figones de Hong-Kong, tras los visillos de Bretaña,
en las mañanas de Oslo.****

* *Estrella roja*, pág. 47.

** *Mar. Augusto D'Halmar*. Pág. 56.

*** *Las mareas del sur*. Salvador Reyes.

«¿Cómo dejar a esa ciudad amiga del placer, esa ciudad en la cual aún el francés escapa a la nostalgia de su tierra natal...?» expresa Max Radiguet.*

Nos olvidábamos de decir que también en su poesía expone Danke un melancólico apego a las cosas porteñas, al rumorante mar del puerto. Se ha dicho que «el mar vive en los versos de Danke moviendo su espejo infinito. Una tristeza cruza en ellos como un definitivo adiós al puerto que jugó con anillos de humo, con la infancia ágil como un pájaro de las olas. En su poesía solloza una nostalgia perseverante al cantar la soledad del mar, de ese mar «doliente y pálido».**

A la mujer amada dice: «Yo te diré una canción sin música, pero desgraciada y profunda como el mar»*** Cerrado este paréntesis, escuchemos algunas frases de Salvador Reyes**** que nos hablan de su inmenso estupor frente al paisaje imponente de las costas porteñas: «El mar tiene una hermosura salvaje. No hay playas fáciles ni ensenadas acogedoras. La naturaleza allí exige, pero no ofrece nada. Es como los dioses o las mujeres bonitas.»

Hernán del Solar, al prologar esta obra de Reyes, asevera que «el mar nunca asoma en la obra de Salvador Reyes como mero fondo decorativo. Actúa de continuo su presencia en esa silenciosa despedida que siempre el alma de estos solitarios tiene para todo aquello que más deseara retener, se escucha su diversa razón en lo íntimo de cada ser, estancia secreta en que se combaten los cuatro vientos de la suerte.» En él, «el mar y la tierra» no son «mágicas decoraciones para la acción menuda de personajes olvidados por el destino.»

Sin duda, Reyes es el más atinado intérprete del mar porteño. Poeta de tendencia imaginista, su estro parece vagar eternamente por las neptúneas profundidades. Sus poesías, a floración maravillosa de su fuerte inspiración marinista, exhalan el salobre aroma de las aguas azules del mar. La visión del océano se desliza en sus versos, a veces como una suave melodía en la quietud de la noche, a veces como una atmósfera

A. Caldclough).
mar).

** *La sociedad chilena en 1847 (Viajes...*

** *Lámpara en el mar (Poema a la orilla del*

*** *Ib. (Consagración).*

**** *El matador de tiburones.*

cargada de vahos sexuales. Sus felices metáforas lo destacan como un apasionado devoto del mar.

Tal como esos versos que cantan:

*Mi corazón es como un viejo marinero
que va navegando en las aguas del amor.*

Reyes exclama:

*Lo mismo que una barca a la deriva,
mi corazón va por los mares grises.**

Confunde y hermana el intranquilo vaivén de la mar con la veleidosa inquietud de la mujer. Sus poesías entremezclan los vocablos marinos con la fraseología del lenguaje amoroso:

*Tal vez si mi destino no estuviera
anclado al fondo de tus ojos impasibles***

O como escribe más adelante:

*... un nombre claro
mantiene aún mi corazón anclado****

Hay que llevar el mar muy adentro del alma, para no distinguir dónde termina el amor del mar y dónde empieza el de la mujer.

Para llorar sus penas, Reyes no sabe sino exclamar:

*Me arrastra la marea del sueño
Soy el cadáver del naufrago
de cuyo barco jamás se supo el nombre.*****

Todo su ideal de amor está resumido en esos dos versos de *Destinos*:

* *Las mareas del sur.* (El tesoro).

** *Las mareas del sur.*

*** *Las mareas del sur.*

**** *Las mareas del sur.* (Límite).

*Tu amor de siempre que no dure sino el minuto
en que el ancla abandona el fondo de la bahía.**

En sus ansias de fauno marino, deshoja la rosa de los vientos y construye con sus pétalos un himno a la mujer amada.**

También en su prosa la interpretación del mar sobrepasa los límites de una simple admiración: «El sol del puerto oreaba mi inquietud, empujándome blandamente hacia una pereza sin términos.»***

«Me gustaba el olor del puerto y la luz dorada que iba rizándolo en el atardecer, como a un animal de piel sedosa, cuyos tonos cambian bajo la presión de la mano. El olor del pasto aprensado en grandes rumas, el olor de las maderas, anclando la visión de los bosques sureños, el olor del hollín y del carbón, del alquitrán y del yodo...»

Es ahora el cariño hacia los puertos, exteriorizado en esta descripción de los muelles de Antofagasta, el que lo lleva a reanudar su idílica síntesis de mar y amor: «Cabellera negra, al acecho de los grandes ojos de mar; labios pintados; cuerpo de playas esbeltas, donde la ola del amor se inclinaba sin esfuerzo, para recobrar renovada elasticidad...»

Impregnado de ese despreocupado desorden del mar, escribe: «Amo la vida libre de cuidados mezquinos, el sol, el mar y todo lo que no tiene ataduras ni mañana segura...****»

Joaquín Edwards Bello, excursionando por las cercanías de la ciudad, logra ver el mar de manera más amplia y realmente insospechada: «Vimos el mar de manera insospechada. Abajo se divisaba el fondo tupido de arrayanes. No había por esas quebradas y barrancos ni una casa, ni una choza, ni un signo de vida; alguna palmera gigante, sobreviviente del trópico prehistórico, se mecía silenciosamente, asomando del fondo del desfiladero. Era el paisaje imponente y solitario», propicio para el amor que busca en la complicidad de la paz de los campos y el arrullo de las olas, la fragancia del aislamiento.

Este autor es acertado al poner a tono el paisaje con el estado de alma de los personajes: «Agitado, revuelto y sucio,

* *Las mareas del sur.* (Límite).

** *Ib.* (Brújula.)

*** *Los tripulantes de la noche.*

**** *El último pirata.*

los barcos meciéndose inquietos y entristecidos», tal es el mar que se asocia a los pesares de los protagonistas. En otras ocasiones, este paralelismo es un simple reflejo de las inquietudes personales. Así, las ansias de soledad de Lacerda y Florita les hacen escuchar en el rumor del mar, inoportuna manifestación de vitalidad extraña, «una manada de lobos que aullara en la distancia.»*

En la obra de Guillermo Koenenkampf,** puede observarse también esta concordancia entre alma y paisaje. Frente a la secular vacilación del océano, que se encarama por las playas sin resolverse a escapar, «Honorio se sentía naufragar en una dramática indecisión.»

La descripción que hace este autor de la huída del protagonista en una lancha sobre las aguas agitadas por un fuerte viento, alcanza, en ciertos momentos, la ágil belleza que luce la pluma del cantor de las costas de Cantabria: «Acosado por la furiosa manada de las olas, que saltaban a su alrededor, la pequeña lancha a gasolina, resoplando denodadamente, embestía contra ellas, y partiendo a algunas por la mitad de una dentellada de su roda, se iba contra otra, hasta quedar por algunos instantes, inerte y acorralada por el número.

El pechazo violento de una ola casi le tumbó el bote.

Bailando sobre las olas, arrastrada de una en otra, como pajarillo llevado de copa en copa por el huracán, la pequeña embarcación comenzó a garetar peligrosamente.»

Este trozo transcrito es un bello ejemplo de personificación. La feliz inspiración de Koenenkampf da vida a los elementos marinos de su narración, impregnándolos de la nerviosa ferocidad de las fieras en lucha.

En el cuento titulado «El primo de las Ortúzar»,*** Victoriano Lillo expone el mar sobre un pedestal de bosques y jardines, coloreado profusamente por el sol poniente. Este abigarrado cuadro sirve de fondo a una breve escena amorosa: Por detrás de los bosques de Playa Ancha se extendía la ancha faja azul del mar. El sol se hundía haciendo cabrillear las aguas. A medida que el tiempo pasaba, los rojos del crepúsculo

* *En el viejo Almendral*, pág. 501.

** *El juicio del mar*.

*** *La Marca*, pág. 145.

se iban fundiendo hasta llegar, ya bien entrada la tarde, a una dulce tonalidad de perlas...»

Este mismo autor, en su cuento «De cara al cielo», interpreta al mar como la esperanza dolorosamente mantenida de un infeliz refugiado de la época en que la gran crisis paralizó las oficinas salitreras. Miles de obreros harapientos huyeron a los campos del sur, encontrando las puertas cerradas a su miseria y leninismo. El regreso al norte se convirtió en una pesadilla y el mar, en una obsesión: «Hizo un último esfuerzo y levantó la cabeza. A lo lejos, cerrando la línea del horizonte, se extendía una faja azul: ¡el mar!»*

Jacobo Danke desenvuelve una de sus escenas de amor en las colinas de Playa Ancha. Allí, tras ese campo verdegay, roto por las blancas tumbas del cementerio, estiliza el amor romántico. Su pareja se ubica al borde de los acantilados, junto a ese mar perennemente enfurecido que «va a depositar sus collares de estruendos y de espumas», cubriendo las desnudas rocas con la ferocidad de su fecundo abrazo. Sólo entonces puede el autor exclamar: «Rodarán nuestros corazones envilecidos por el paisaje.»**

Aquí se puede observar una vez más la tendencia de los escritores porteños a relacionar las ideas de mar y amor. Probablemente que la razón consciente o inconsciente de esta socorrida conexión es la fidelidad con que las aguas parloteras y veleidosas del mar reproducen la caprichosa inconstancia de la mujer.

Entre los celebrados aciertos de este autor debemos mencionar, no por la originalidad del tema, sino por la vigorosa renovación de la forma, su interpretación del mar como símbolo del olvido y del egoísmo. Barcos y peces se deslizan por el océano y nada queda que recuerde su paso. De él nada nos podemos llevar, salvo su etéreo recuerdo: «Digo: no ver ya nunca más el mar, y de nada, de nada sé que sirva que lo diga, de nada. Ni una huella de mí quedó en él, ni una gota suya temblando sobre los pómulos de mi máscara.»***

Sin embargo, el mar vive en él, y le hace preguntarse extrañado: «¿Por qué habrá siempre onomatopeyas de cam-

* *La Marca*. (El nortino). Pág. 137.

** *Estrella roja*, págs. 105 y 106.

*** *Baladas del país de los vientos*. (Orfeo y

el mar).

panas en mi boca, y la palabra mar y un castañetar de remos?»*

Danke relaciona también las pasiones que agitan el corazón del hombre con las olas que inquietan el mar: «el corazón del hombre es como una ola que está rodando eternamente en dirección a una mujer.»**

Escenario propicio para un desencantado pesimismo, es su marina del otoño en las aguas del puerto: «La neblina se arrastraba como un lacayo en la superficie del mar extenso y múltiple. El faro de Punta Angeles surgía en medio de aquella cerrazón blanca. Desesperadas gaviotas graznaban junto a los remolcadores y los faluchos.»***

Bórquez Solar ha dedicado algunos de sus versos a las aguas del mar de Valparaíso, a ese «mar azul de zafiro... mar azul que rodea la ciudad que decoran los cerros floridos.» Mar cuyas olas cantan a la iniciativa tesonera de los hijos del puerto: «En tus olas tú dices los audaces serán los felices.»

Las primeras notas de este himno a la potente iniciativa del espíritu porteño, fueron dadas por Benjamín Vicuña Mackenna. En efecto, dice este escritor: «Los porteños pueden decir con orgullo, al ver el fruto de sus gigantescos trabajos, lo que los holandeses de su patria disputada al mar: «Dios hizo el cielo; pero nosotros hemos hecho la tierra.»****

Veamos ahora un nuevo aspecto de este capítulo.

Sobre el espíritu de Sarmiento***** actúa el recuerdo del mar como un remanso del tiempo al cual se vuelve con fruición a lo largo de la vida. ¿Se acuerda usted, escribe a un amigo, que reclinados con nuestra incomparable Eugenia, en la galería que de sus habitaciones da a la bahía de Valparaíso, le comunicaba la impresión que me da el mar, permaneciendo cuando puedo horas enteras inmóvil, los ojos fijos en un punto, sin mirar, sin pensar, sin sentir, especie de embrutecimiento y de paralización de todas las facultades y, sin embargo, lleno de atractivo y de delicia?»

de la fuga.)

* *Baladas del país de los vientos.* (Venturosa

** *Dos hombres y una mujer.*

*** *Ib.*, pág. 61.

**** *De Valparaíso a Santiago.*

***** *Viajes en Europa, África y América*, pág. 3.

Como otros escritores ven en el mar un símbolo de la inquietud, Sarmiento encuentra en él una amable invitación a un placentero nihilismo.

Otro de los escritores que ha buscado en la persona humana las huellas del mar, es Augusto D'Halmar. Hace una breve alusión a esos ojos en que lucen las pupilas una etérea vaguedad lejana, esa «mirada del mar, del alta mar, que no adquirirán nunca los hombres destinados a no verlo, o a no verlo sino desde la costa.»*

* *Mar*, pág. 95.

CAPITULO IV

CEMENTERIO MARINO

*Viejo barco que añoras,
a dos anclas fondeado,
en un rincón del puerto
tus errancias marinas...
Eres un peregrino viejo y desengañado,
achacoso e inútil, triste y abandonado—
para los que no saben
toda el alma que llevas
dormida en tu nostalgia
de viajero cansado.**

Los barcos, como los marinos, pertenecen al mar y a la tierra. Unos y otros, ora se disgregan en los abismos insondables, ora entremezclan sus restos en algún rincón de la costa.

En Valparaíso, junto al viejo mar, hay una zona poblada de sugerencias, donde yacen en silencioso descanso, trozos de barcos que ya no son, viejas cadenas que los atan al recuerdo: es lo que se ha dado en llamar el «cementerio marino». Los que vemos en un barco un amigo, sentimos al contemplar esos despojos del mar, la pena que sienten los hombres junto a la tumba de los seres que conocieron y amaron. Es un sentimiento que difícilmente podrán comprender los de tierra adentro.

Viejo).

* *Allamar*, pág. 26. (Carlos Casassus. Barco

Relacionado con este tema está esa reflexión de Mariano Latorre sobre los barcos: «Son los buques, dice, construcciones humanas sin duda, pero el mar y el hombre van dejando en ellos, minuto a minuto y hora a hora, algo de su alma imperecedera, porque así como el mar no muere al morir la ola, no muere el hombre porque perezca uno de ellos.»*

Esos navíos solitarios, con la quilla esmaltada de moluscos, que, amarrados a las viejas boyas, almacigos de algas y viveros de crustáceos, envejecen durmiendo el sueño de la inacción, han dejado tras de sí toda una estela de trabajos y aventuras. «Cabeceantes en las marejadas o dormidos en un mar inmóvil, gaviotas y olas deben tomarlos por islotes.»**

Genaro Winet ha escrito sobre este tema un interesante artículo. En él muestra una melancólica inspiración, fuente maravillosa de sugestivas imágenes que engalanan su estilo de artista hechizado por el océano:

«Esos seres de metal que flotan y viven en los mares, también tienen su vida y su muerte. Seres sin alma, pero con una pasión y una filosofía como las cosas de la tierra. El mar, varón de todo lo que existe, ve en la costa la cintura de una mujer; ve en los cerros sus senos, que besa el cielo; en las arboledas, sus cabellos; en el viento, su rival invisible. El mar, navegante de ojos azules, mira y no habla; sufre y no llora, ama con su corazón profundo; mata con su verde puñal, y ríe con sus dientes de espuma.

Como mundo vivo que es, tiene su muerte y su cementerio para sepultar a los que se van.

Mientras la tarde bronce alumbra la bahía, visitamos un pedazo de Valparaíso casi desconocido para los porteños: el extraño cementerio marino, que descansa en paz y olvido en un rincón de los malecones.

Son dos o tres cuerdas donde el hombre puede evocar todas las faenas marineras de otros tiempos. Todo lo que el mar deja y devuelve a la tierra.

¿Cómo evocar en esta pequeña tumba sin cruz que yace entre el mar y la ciudad, encima de la costa, vecina de la plaza de juegos, donde ríen los niños del columpio? Sin embargo, el ensueño de las cosas que vivieron y murieron está junto a nosotros.

* *Chilenos del mar*. (Pontón N.º 5). Pág. 162.

** *Ib.*, pág. 152.

Es como vivir entre lo que existe y lo que no existe. Entre lo que queda y lo que pasa.

El corazón de los motores palpita en la ciudad. El alma de lo que no vive llena este cementerio marino de Valparaíso, que sin duda debe ser como todos los cementerios marinos de todos los puertos del mundo. Un camposanto para los metales, para los cordeles, para las maderas, para los recuerdos.

Aquí no son hombres los que yacen: son cosas. Cosas que al mirarlas parecen inmortales: anclas, boyas, cadenas, hélices. Toda la expresión de la dureza y de la fuerza.

Las viejas anclas están allí ancladas en sí mismas. Ya no detienen a los barcos. Parecen que detuvieran al tiempo, al olvido, a sí mismas.

Ahí están las pesadas cadenas, sujetándose a la tierra, amarradas al sol y a la nada. Inútiles.

Ahí están las boyas, gordas y muertas, teñidas de moho. Vacías en su desolación, flotando en la tierra, caídas para siempre. No sirven a nadie. ¿Qué hicieron de su danza sobre el mar bravío?

Avanzamos sobre este cementerio sin cruces ni flores, donde el único panteonero es el sol y el tiempo. ¿Pero, es triste la evocación de los puertos?

Vemos pedazos de embarcaciones, fragmentos de lanchas, de remolcadores. Ni aún los que fueron sus capitanes los reconocerían si vieran sus calaveras.

Sobre el castillo roto de un pedazo de barco leemos un nombre: «Hilda». Así se llamó en la vida. Embarcación que sin duda tuvo gracias de niña rubia. ¿Quién la recuerda ya? El sol, como un mal estudiante, borra cada día esas letras azules. Es el hoy sepultando al ayer.

Todo lo que encontramos en esta excursión pertenece al pasado. El presente aquí no juega. Y el futuro nos hace pensar en más grandes desolaciones...

Un lugar que Peter Petersen hubiera deseado para fumar su vieja pipa es este extraño rincón de tierra, campana evocadora del tiempo perdido.

Frente a tantas anclas, cadenas y boyas muertas, evocamos, sin saber por qué, a ese legendario Peter Petersen, el capitán de todas las leyendas marineras, el viajero de las partidas sin retorno.

Parece que los muertos de este cementerio de acero también evocaran a ese viejo bebedor de las tabernas marineras, timonel sin sueño, lamparero de la noche marina y de la tempestad.

Ya es tarde. ¿Pasan las horas por la esfera triste del cementerio marino? Es la hora de la despedida. El sol retorna a su nido de fuego. Creemos sentir una música lenta y melódica como si llegara del mar.

Adiós, Peter Petersen. Adiós, decimos a las anclas encañadas al olvido y a las cadenas ancladas en su desolación.

El cementerio marino queda solo, frente al vigía de los donkeys. Espera a la noche, capitana de la soledad.»*

Pero ciertamente, la mejor interpretación de estos rincones donde los puertos recuerdan y olvidan, la constituye la creación poética de Manuel Magallanes Moure** «El barco viejo»:

*Allá, en aquel paraje solitario del puerto,
se mece el viejo barco a compás de las ondas
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en derredor del casco roñoso y entreabierto.*

*De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco que flota como un cetáceo muerto.*

*Y el barco, que fué un barco de los que van a Europa,
y que era todo un barco, de la proa a la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,
sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja
mecido por las ondas en blanda oscilación.*

Esta producción literaria es, sin lugar a dudas, la que lleva a Mariano Latorre a sostener que Magallanes Moure «es el primero que revela la poesía del mar y de los puertos; la añoranza de los viajes; el dolor de los viejos barcos fondeados en la bahía.»***

* Revista Zig-Zag, págs. 24 y 25. N.º 1816.

** Sus mejores poemas, pág. 55.

*** Revista. Atenea. N.º 69.

También Subercaseaux se inspira en el paisaje nostálgico de los barcos desmantelados y solitarios, «viejos marineros que, encerrados en sus pensamientos, perdieron para siempre el juego de sus músculos, endurecidos a fuerza de recoger escotas, estibar cadenas o tesar pesadas espías de remolque. . . .»* Hermanos de las mañanas grises y brumosas, estos envejecidos barcos pueblan la imaginación de fantásticas leyendas.

En una de estas toscas moles, cuya inmovilidad contrasta con la juventud eterna del mar, ubica Subercaseaux uno de sus relatos marinos.**

Esta ola de ensueño que mueve a la fantasía en un poético crucero de aventuras, ha hecho exclamar a uno de nuestros poetas del sur:

*... para inflamarse el corazón de horizontes de ensueño,
hay que sentir la voz de los navíos locos y aventureros. . .
Hay que asomarse al gran mundo de los rumores y las leyendas
(del mar;
hay que acordarse de las goletas desmanteladas, viejas y solitarias
y de las olas que se abrazan como serpientes enamoradas. . .****

Si tan sólo el recuerdo de los viejos barcos abandonados hace soñar al poeta, cuánto más ha de acicatear su imaginación la visión evocadora de esos sacros símbolos que el tiempo agiganta. Carcomidos navíos que se aburren «como todas las naves en los puertos»****

Y en esta hora de los recuerdos no podía faltar la voz del timonel de aquel su poético barco fantasma, D'Halmar: «Las evocaciones tienen su público, escribe, muy exigente en cuentas y cuentos de exactitud cronológica, pero en cuanto a sentimiento y cordialidad, muy incondicional.» . . .

Y luego nos invita «¿Quiere usted, lector porteño, darse una vueltecita conmigo por los malecones? Sí, ya sé cuánto puede decirme acerca de su transformación; que ya no son sombra de lo que fueron cuando Rubén Darío los describió

* *Chilenos del mar.* (Pontón N.º 5). Pág. 151.

** *El libro de las tapas azules.* (Al oeste limita

con el mar).

*** *La canción de los navegantes.* Zoilo Escobar.

**** *Las leyendas del mar.* Raimundo Echeve-

rría y Larrazábal.

en su cuento «El fardo», de su libro *Azul*; que, hoy por hoy, están dejados, si no por lo mano de Dios, de la presencia del hombre; no importa, ¡venga usted conmigo!... Y hétenos sobre la cubierta de un buque histórico; hétenos, digo, recorriendo ese maderamen donde aprendimos a andar, cuando niños. No he olvidado mi desolación un día que, desde el pretil, dejé caer un canastito al agua; las olas se lo llevaban y traían; pero, para mí, estaba perdido... Ahí, contra ese muelle, vi yo los primeros barcos que habían de llevarme y traerme por el mundo. Entonces, una nube de veleros fondeaba día a día. Esa larga espada puesta al costado de América, con la empuñadura en el trópico y la punta hacia los hielos polares, con el lado que no corta del lado de la cordillera y el filo junto al mar, esa larga y destemplada hoja de acero, no era conocida por los marinos, sino por una mella que se llama Valparaíso. No se había abierto todavía el canal de Panamá y por el Estrecho y hasta por el Cabo de Hornos, daban la vuelta obligada cuantos barcos querían cerrar la órbita de su periplo. ¿Qué navegante no había recalado alguna vez en «Pancho»? Entonces existía en calle Blanco el establecimiento semi subterráneo de Peter Petersen, del cual habla alguno de mis libros, donde se reunían capitanes y armadores, y donde, como el último grumete, fuí yo a ensayar mis primeros tragos amargos de cerveza y de espuma de mar, es decir, de sueños de viajes. Peter Petersen viene a ser como el artillero de mi barco invisible... Y surgiendo de las profundidades de sentina de ese café de puerto, me iba yo por los malecones, donde se acodaban marinos de todas las razas, donde a cada dos pasos las grúas henchían o vaciaban las entrañas de las embarcaciones. Y estibadores y descargadores, animaban la extensa bahía, hasta que se encendían en los cerros las primeras luces, y procuraban uno de los más grandiosos espectáculos de trabajo que fuera dado contemplar en la tierra... Ahora, una de estas tardes me he detenido ante una cruz, sí, el desmedido cepo de un ancla descomunal, medio enterrada, con otras anclas inservibles, en una especie de cementerio en que se han reunido tras tanto levar y anclar. En ese camposanto, junto al océano, descansan con sus mohosas cadenas, extendidas en regueros interminables, las que son las divisas mismas de la vida marítima: las anclas; nunca pontón alguno, ni ningún lobo de mar en tierra, habíame

dado la sensación de naufragio, de varadura definitiva, que me dieron esas pobres anclas. Eran como una monstruosa vegetación submarina, de madréporas, y redofíceas, sacadas a la superficie. Los peces todavía palpitantes entre las redes, eran menos lamentables que ellas... Tantos nudos de cadena a tantas brazas de profundidad. Y el arganeo o argolla del áncora, el cepo o verga, la caña y los brazos terminados en enormes anzuelos, todo eso, herrumbado y arrumbado, se exhibía lamentablemente al sol, junto a la maravillosa masa líquida azul, en cuyas profundidades tantas veces arraigaron. Ahora, desgajadas, arrancadas de cuajo, se movían las anclas al borde de su líquido elemento, separadas de él para siempre, inútiles, muertas... Abriendo los brazos... yo me hubiera crucificado... de cara al cielo de la Cruz del Sur, y me hubiera adormecido, mecido por las resacas, por todo ese flujo y reflujó de la baja mar, la pleamar y las marejadas... El mar seguía latiendo, como el corazón del mundo. Y se había sacado esas espinas de hierro y las había botado con la ola.

¡Nunca, nunca más, volverían a hincarse en su seno y a cantar y contar la celeste canción del anclar y del levar anclas!»*

CAPITULO V

LA ESTELA DE LOS ADIOSES

*Los navíos anclados en el puerto
uno tras otro se irán...
¿Cuándo? ¿Dónde?
¡Quién sabe!
Pero todos se irán...**

Es curioso observar que Joaquín Edwards Bello y Victoria-no Lillo utilizan las partidas marinas como elementos de desenlace escénico. Los tormentosos idilios de sus enamorados protagonistas concluyen al perderse en el horizonte los mástiles de un barco. Esta similitud de procedimiento tiene, tal vez, su explicación en la objetividad de los recursos brindados por el mar.

Sin embargo, observamos también que los personajes centrales de ambas obras, Lacerda y Orrego,** jóvenes aún, tienen aventuras amorosas muy parecidas con mujeres que el destino no ha destinado para ellos. Florita y Marta, fieles a la tradición del sexo, se venden al mejor postor. Ambas parten al extranjero con sus acaudalados maridos. Vemos también que los dos escritores, interpretando al porteño auténtico, se yerguen sobre las tristezas del pasado. Ven que el mundo no es ni de los cobar-

víos).
Ortizar.

* *Allamar*, pág. 30. (Carlos Casassus. *Na-*

** *En el viejo Almendral y El primo de las*

des ni de los abúlicos. Por eso Lillo exclama: «De entre el montón anónimo, cómo sabe escoger la vida, para exaltarlos, sólo a los hombres de espinazo fuerte y de aceradas garras.»*

Sarmiento extrae del maremagnum de sus recuerdos el breve parpadeo de su partida de Valparaíso: «La espectación de un rápido viaje, con que todos se complacían en darnos el último adiós, fué más bien que feliz presagio, un buen deseo, burlado por vientos obstinadamente contrarios, calmas pesadas que agitaban las velas sin inflarlas.»**

Como vemos, es una descripción totalmente vulgar. Es la pintura del comerciante rutinario.

Esa escena tantas veces contemplada en los puertos, de los momentos que proceden y siguen a la partida de los pequeños barcos caleteros, ha sido captada por Mariano Latorre en su color local, en su sabor regional.***

«Me embarqué, cuenta, al atardecer.

... La escena de a bordo, que me era habitual, se repitió una vez más. Amontonábanse los pacotilleros sus canastos de verdura, sus aleteantes montones de gallinas y pavos, en la cubierta de tercera clase, llenando el barco de acres olores. Despedíanse las mujeres del pueblo de sus parientes. Se miraban silenciosos sin decirse palabra y alguna pobre vieja enjugaba una lágrima con un pañuelo sucio. Chirriaban las grúas depositando en las bodegas fardos de pasto, sacos y cajones. En vuelos cortos chillaban las viejas gaviotas porteñas junto al casco o atravesaban aleteando los mástiles tiznados.

Bajé a mi camarote y hundido en mi soledad, me cogió la salida del barco.

Subí después a cubierta. El viejo vapor cabeceaba ya en las largas ondulaciones de alta mar que, en un abrazo silencioso, envolvían el casco y desaparecían. Un sol de sangre, arrebuado en nubes tostadas, ponía en las olas manchas palpitantes; y esta nota roja, quemada, parecía la única muestra del otoño del mar.»

Esta sencilla descripción encierra todo un trozo de vida. Las palabras son meros símbolos de un fondo que va de lo

* *El primo de las Ortúzar.* (La marca).

** *Viajes en Europa, Africa y América,* pág. 1.

*** *Chilenos del mar.* (En un vapor caletero).

simplemente narrativo a lo vívido sentimental. Montones de canastos y cajones sobre la cubierta de popa que sube y baja al compás de las olas. Las bodegas insaciables engullen los enormes bocados que las grúas deslizan por sus fauces abiertas. Caras tristes que la nostalgia prematura o el nerviosismo de la partida ponen ceñudas. Tal es el cuadro que nos ofrece Latorre.

Y como buen colorista, Latorre observa ese «sol de sangre», «única muestra del otoño del mar.»

Y también a nosotros ese sol nos mueve la fantasía. ¡Cuántas veces al contemplar su descenso tras las brumas del mar, trocándose en honda obscuridad aquellas aguas que minutos antes recrearan nuestra vista con sus ardientes y cambiantes tonos, hemos traducido de aquel mudo lenguaje un adiós siempre renovado al que se aferra con ansias el alma de porteño, enamorado del cromatismo marino!

Ese barco que se aleja del puerto en su anhelo de interpretar la incertidumbre profunda de la noche sobre el mar, al cortar con su hélice las inquietas olas del mar, parece darnos un largo y melancólico adiós en la estela de espuma que deja tras de sí, marcada en la extendida superficie.

Debemos notar que no es, como se ha dicho, el pensamiento de Conrad o el de Jack London el que funciona en estas líneas de Latorre. Es nuestra auténtica realidad la que alcanza en su adecuación una altura que nada tendría que envidiar a la de esos célebres artistas de la pluma. La costa de las páginas de este autor, como todo el paisaje marino en general, es típicamente criolla. A ello se debe que Mariano Picón Salas haya dicho que «Mariano Latorre es el más chileno de nuestros escritores».

Reyes, embriagado por el morboso placer de las partidas sin retorno, dedica al tema uno de sus más poéticos momentos:

*En mi silencio
canta la pena de las partidas sin retorno;
en mi mano hoy conservo
la misma flecha con que ayer cazaba
la luna del otro hemisferio.**

* *Las mareas del sur.* (Viajero).

En el fondo de algunos de los versos que dedica a aquélla que en sus besos le da «los mares y la tierra y los cielos», se adivina diluída la fugitiva visión de los barcos forasteros:

*Te alzas frente a las tardes
en un perenne gesto de adiós.**

Sus ansias de nuevos horizontes lo han convertido en un perpetuo trashumante marino. En busca de motivos para su incansable inspiración, su fantasía deambula por las extensas y onduladas llanuras del mar. Por eso exclama en un verso:

*Yo siempre estoy de viaje.***

Los grises de la tarde lucen en el adiós su gama ploma. El alma sola por los muelles deambula, coleccionando penas que los barcos dejaron junto al mar. Las brumas son tristezas huérfanas, amarguras que rebasaron de algún corazón:

*Los muelles tienen toda la nostalgia
de los pañuelos
que, como alas tristes,
despiden al viajero...****

* *Las mareas del sur* (Fugitiva).

** *Ib.* (Viajero).

*** *Allamar*, pág. 36. (Carlos Casassus).

CAPITULO VI

EL MAR, UN DESCONOCIDO

Enmarcado dentro de estas páginas que hemos dedicado al estudio del mar en la literatura porteña, debemos colocar un interesante detalle anotado por algunos escritores criollos.

Benjamín Subercaseaux,* Salvador Reyes** y Genaro Winet*** insisten en el estado de inconsciencia con que el común de los porteños vive frente al soberbio paisaje brindado por el mar.

En efecto, Subercaseaux dice: «... es una ciudad que revela su belleza solamente al que pasa por ella. Los que viven allí no comprenden nada de nada. Nunca ví mayor ceguera que la de esos hombres horriblemente provincianos (jen un puerto...!) y tan fríos, que ni siquiera perciben el caudal de vida que les bulle en torno. Me recuerdan a esos pobres turcos de Estambul que nunca entran a Santa Sofía, pero que se quedan extasiados frente a los affiches de cowboys del cine vecino.»

Ciertamente que esta observación es válida, pero, como todas las declaraciones de este autor, peca por su dogmatismo generalizador. Con una facilidad que sorprende, otorga ca-

* *Chile o una loca geografía.*

** *Piel nocturna.*

*** Art. citado.

rácter de ley irrefragable a una aseveración que, según cómo se la analice, puede parecer una simple perogrullada. Es cierto que un porteño, como el habitante de cualquiera ciudad del mundo, no conoce todas las bellezas que encierra su pueblo. Sin embargo, de aquí a decir que los porteños, genérico, no conocen las bellezas de su suelo, hay una gran diferencia. Para apreciarlas justamente, estas afirmaciones deben ser tomadas en su valor intrínseco, esto es, como meros juicios de valor de un determinado sujeto frente a una determinada esfera de la realidad.

Reyes y Winet se muestran más reticentes.

Veamos cómo enfrenta este tema el primero de estos dos autores: «El viento que galopa por la avenida del Brasil, peinando los plumajes de las palmeras, da vuelta la esquina y corre por esa calle hacia el mar. Porque el mar está allí, a media cuadra, mirando con sus fanales rojos y verdes. Sin embargo, nada parece delatar su acecho. Las gentes cuyas sombras se divisaban a través de los visillos, las señoras peripuestas, que por las tardes sacaban a pasear su perrito, las muchachas que frenaban sus autos con ademanes precisos y enérgicos, los caballeros de la banca, del comercio ¿qué sabían del mar? ¡Nada, ciertamente!»

Por su parte, Winet limita la ignorancia a cierto sector del paisaje: «Mientras la tarde bronce alumbra la bahía, visitamos un pedazo de Valparaíso casi desconocido para los porteños: el extraño cementerio marino, que descansa en paz y olvido en un rincón de los malecones.»

El viento.— Joaquín Edwards Bello, uno de los mejores intérpretes del viento porteño, ha dejado páginas hermosas y realistas sobre este empeinado enemigo de faldas y sombreros. «Valparaíso, la ciudad del viento» y su nueva edición, son un tributo de las letras a esta inquieta y aparentemente inofensiva deidad del puerto: El viento sur «sopla en verano, escribe Joaquín, y dura tres días cabales, revelando con este límite su carácter de cosa viva e inteligente. El viento sur se adueña de la ciudad en forma súbita, deshilachando las nubes, expulsándolas. Despeja el cielo y los lomos de los cerros; pasa con mil ruidos disímiles que nuestros oídos filtran y aglomeran en concierto. En el mar rizado, de color verde claro, la vieja

«boya del buey» ulula; en los lomos redondos y rojizos de los cerros las basuras bailan en tirabuzones diabólicos; las casas se estremecen con sordos ruidos de latones y planchas de zinc; en la parte baja, al encajonarse, produce otro ruido de alas inmensas, y de seres triturados; de cabalgatas triunfales, de escuadrones invisibles. En los alambres araña sacando notas peculiares.»

«Ese gran viento del sur nos hace soñar»; pues, «cuando esas alas soleban a la ciudad, un sopor invade nuestros cuerpos, como si una alfombra de Aladino nos llevara a los países quiméricos reclamados por nuestra niñez. En pleno día la ciudad queda solitaria con un aspecto insólito de abandono; solamente el viento la habita con su acompañamiento de arenas y microscópicos gérmenes.

¡El viento sur! Todos necesitamos las fuerzas naturales para vivir.»

«En mi niñez, añade, una de las fuerzas plasmadoras fué el viento de las vacaciones. Venía de distancias enormes a decirnos historias tan largas y turbadoras como espejismos. ¿De dónde venía el Dios Aire? Del sur, del sur, y de todas partes, aun más allá de la tierra. Puertas y ventanas sonaban con chasquidos como balas; los sombreros huían; las faldas de las mujeres se apretujaban a sus formas; los papeles danzaban zarámbandas, y, al fin, en las calles quedaba sólo el viento — amo y señor — susurrando en las avenidas, estallando en las encrucijadas, barriendo las crestas de los cerros a grandes aletazos. A mí me agradaba encarar esa tempestad seca en busca de los cerros.

Es un gran espectáculo contemplar desde los cerros la ciudad poseída, la ciudad desposada por el viento. El viento es el huésped intangible, enorme y múltiple. Los barrancos, las torrenteras, las quebradas, las lejanías aptas para cimarrear, los precipicios con casuchas y conventillos apuntalados, todo eso vibra, todo esa canta la enorme y delirante sinfonía. El mar es una cosa viva de color de cosmos; ese mar de Valparaíso que apagó cráteres de pesadilla, presenta un color verde claro, y ahí, al cabo de tres días, se sepulta para beber y apagar su sed el viento sur, el padre viento, nuestra deidad de porteoños.»*

En este trozo antológico de Joaquín, podemos distinguir dos momentos: un aspecto realista y simplemente descriptivo, y una interpretación subjetiva, fuertemente evocadora. Pinta primero sus características, siguiéndolo en sus picarescas y vandálicas correrías, y se eleva luego a la poética región del ensueño.

Es digno de notarse cómo ya a los primeros visitantes de nuestro puerto llamaba la atención la peculiaridad de este fenómeno meteorológico. Max Radiguet ha escrito al respecto lo siguiente: «El viento sur y el del norte son temidos en Valparaíso como verdaderos enemigos. El uno es de tierra y levanta un polvo fino y quemante que lleva a lo lejos como niebla sobre los navíos; el otro viene del mar y arroja olas enormes sobre la playa. Cuando sopla el viento sur (lo que sucede casi diariamente en el verano) la ciudad se vela con una nube dorada, la mar se vuelve de espuma. Afrontar este Khamsiu, yendo a pie desde el Puerto al Almendral, a través de las olas de un polvo fino y penetrante como el tabaco de España, es una acción casi comparable a la de Leandro atravesando a nado el Helesponto.»*

En esta corta descripción del siglo pasado están enfrentados el viento norte y el sur, el invierno y el verano, la lluvia y el polvo.

Así como a Joaquín el viento lo hace soñar con exóticos países y fantásticas leyendas, a Radiguet lo lleva a evocar lejanas regiones aureoladas con hazañas prodigiosas.

El viento norte, compañero inseparable de aguaceros y temporales, hace una breve incursión por los escritos de Román Vial:** «Una vez en la calle — serían las siete de la noche — sentimos unas ráfagas de viento norte que hicieron exclamar a mi amigo:

— ¡Diablos! Esto promete.

— Y no llevamos paraguas, le observé yo.»

En otra de las anotaciones de la misma obra,** se encuentra una interpretación combinada de mar y viento. El océano ofrece el escenario sobre el cual el viento sur desempeña

* Obra citada.

** *Costumbres chilenas*. Tomo I, pág. 60.

*** *Ib.* (Procesión de San Pedro).

un papel de comediante, al estilo del «gracioso» de las obras clásicas.

De paso debemos notar la curiosa similitud que presentan las interpretaciones que Dublé Urrutia y Román Vial hacen de la procesión de San Pedro.

Tal como en la transcripción anterior de Vial la amenaza de lluvia tiende a realzar el sentido de aventura de la acción, en la presente, ese papel de «niño diablo» que juega el viento, contribuye a expresar el verdadero significado que el pueblo da a la festividad celebrada.

Es interesante la relación de mar y viento que nos ofrece Vicuña Mackenna:* «El viento aplastaba las olas bajas y verdosas, coronándolas con una cresta blanquecina y siniestra. Pero el temporal no tomaba desarrollo. Asemajábase el océano en su vasto horizonte a la fisonomía de un hombre colérico que se comprime y se esfuerza en sonreír. Los buques se balanceaban con alguna violencia en la ancha enseña que teníamos a nuestros pies; pero la confianza y la seguridad parecían reinar en toda la línea del horizonte.»

Y luego añade: «Sin embargo, de lejos y del fondo de un cielo claro y luminoso destacábanse hacia el sureste, unos en pos de otros, densos nubarrones negros coronados de penachos que el sol suele herir. Eran esas evidentemente nubes de combate que desfilaban hacia el sur hasta encontrar su natural rechazo, y armar terrífica batalla con el firmamento. Dice el padre Ovalle ingenuamente, pero con verdadera poesía, que las lluvias y los temporales son en Chile «batallas que se dan el norte con el sur y que cuando aquél vence, hay lluvia y estrago, y paz, cuando es vencido».

«El sur huía ahora en plena derrota, cargado por aquellas masas irresistibles que avanzaban como matones en columnas cerradas, el arma al brazo, el trueno en sus entrañas, la centella del rayo en sus crespadas frentes.»

Admirado de la fuerza del viento norte, escribe: «Un naufragio en la bahía de Valparaíso, golpeada por el norte, es la trituración que produce sobre el grano la piedra de moler: los buques se vuelven materialmente harina y los malecones afrecho.»**

* *Crónicas de Valparaíso*, pág. 159.

** *Ib.*, pág. 163.

Es tal la fuerza del viento que en los días de tempestad sólo se oye «el sordo rugido del aquilón, que en ondas pesadas y silenciosas embravece el mar, lo acaricia, envolviendo su cabellera de espumas y lo arroja como una masa de granito líquido sobre la playa y sus múltiples construcciones.»*

Manuel Rojas describe el viento porteño; pero no el que domina y revoluciona la ciudad, ni el que transforma la bahía en un mar de aguas enloquecidas, sino la suave brisa de Otoño y Primavera. Ráfagas que acarician la ciudad a la hora de la siesta, que tuestan a los tatuados hombres de mar. Viento fresco de la noche que enfría y aclara los cerebros de los hombres en jerga. Viento que se lleva mar adentro las campanadas del puerto:

«La campana de un buque picó la hora.

— Las nueve.

Una ráfaga de viento se apoderó de la campanada y se la llevó mar adentro.»**

El ya citado Radiguet añade en la obra que hemos analizado algunos detalles interesantes de estos huéspedes de la literatura porteña: «El viento del sur comienza a soplar a mediodía, y, mientras dura, el cielo conserva un azul irreprochable; por último, cuando el sol inclina hacia los montes del poniente su radiante disco, las ráfagas se distancian, después se debilitan con la luz decreciente, y parece como que la noche hiciera descender en su compañía la más profunda calma sobre el mar y la tierra.» Por consiguiente, para Radiguet, el viento sur, amigo del sol y del cielo azul, es sinónimo de un inofensivo pacifismo. El norte, en cambio, inspector de las tardes brumosas y vanguardia de las tempestades, aparece como trágico acompañante de calamidades y miserias: «La bahía de Valparaíso no tiene abrigo contra el viento norte. Por poco que este viento sople con furia (lo que es raro) las olas se vuelven una montaña cuyas crestas revientan bramando. ¡Pobre de los navíos que intenten quedarse al ancla o que no alcancen a huir! En vano amarrarán sus cables y se pegarán a las rocas submarinas con todas las fuerzas de sus anclas: cables, cadena y anclas serán impotentes para sujetarlos; en un momento

* *Crónicas de Valparaíso*, pág. 161.

** *Lanchas en la bahía*, pág. 21.

se verán al garete y se irán a la costa a reñovar el horrible drama de 1823, en que 17 navíos fueron hechos pedazos sin que si siquiera fuera posible salvar la tripulación de varios de ellos.»

También Santos Tornero alude al viento sur, al estilo de Joaquín Edwards Bello. Describiendo algunas calles de Valparaíso antiguo, dice: «...en verano el polvo que en ellas se levantaba era sofocante, especialmente los días de viento sur, que eran muy frecuentes y con gran fuerza...»*

Sin pretensiones de agotar el tema, diremos que la poesía ha dado también hospedaje a este curioso visitante de nuestro puerto. Pezoa Veliz ha adornado algunos de sus versos con la sonora orquestación de este desgreñado músico viajero:

*Viento sordo va y se asombra
ante los sueños de un faro
y en pos de algo que se escombra
vaga embozado en las sombras
como un noctámbulo raro.***

Al prologar los capítulos destinados al estudio de la naturaleza en la literatura interpretativa de Valparaíso, hemos reafirmado la relación funcional o de interdependencia que existe entre el individuo y su medio. Todo sujeto, en efecto, se desenvuelve dentro de una organización social determinada que, por tener en el tiempo raíces más hondas, rebasa y limita la esfera individual. Del mismo modo, el medio físico contribuye a la determinación de la persona humana.

En el proceso mismo de socialización, el individuo puede adoptar una actitud servil de imitación pasiva, o bien, tiende a acentuar, en el anhelo de una verdadera personalidad, el aspecto trascendente de la relación entre individuo y sociedad.

La adopción de una u otra posición está, naturalmente, sujeta al juego de los determinismos. Si bien es cierto que en determinado momento de la adaptación al medio social el hombre normalmente constituido tiende a romper los rígidos y estrechos marcos en que el nacimiento u otras circunstancias

* *Reminiscencias...*
** *Alma chilena.*

sociales lo han ubicado, no es menos verdadera la oposición formidable que ofrece al desenvolvimiento personal el factor económico o las exigencias de las clases sociales, verdaderos diques o barreras del progreso humano.

Trasladados estos principios teóricos a la realidad social chilena, deducimos de inmediato las enormes dificultades con que ha de tropezar fatalmente quien quiera elucubrar una tipología específica de nuestra clase alta. Es natural que las posibilidades económicas de este elevado peldaño social destruyan la rigidez de los cuadros sociales originarios, permitiendo a sus elementos deambular por las diferentes parcelas de la sociedad. En las clases populares, en cambio, la determinación primera o de origen se mantiene ineluctablemente.

Es explicable entonces que, frente a la notable ausencia de un especialismo tipológico de las clases elevadas, abunden en la literatura criolla tipificaciones representativas de grupos populares.

Este problema se agrava si tenemos en cuenta la manera cómo nuestros escritores abordan la exposición tipológica. Descontados Alberto Blest Gana, Victoriano Lillo y, en parte, Pedro Prado, creemos que los demás autores nacionales se han limitado, en general, a la descripción de los tipos, de tal manera que la comprensión vital, las pasiones, los vicios y las virtudes no afloran como resultados de la acción misma, sino de la mera afirmación del escritor. Creemos que Eduardo Barrios en su novela *Un perdido*, es quien ha logrado verdaderamente captar y exponer un tipo en literatura.

Como conclusión de esta breve introducción sostendremos que el drama de la vida permanece aún intocado en Chile. Los juicios de valor deben los escritores dejarlos al lector, limitándose ellos a dar vida intensa a sus personajes.

TIPOLOGIA PORTEÑA.

TIPOS ESTUDIADOS:

1. *El palomilla.*
2. *La prostituta.*
3. *El marinero.*
4. *El cargador:* } de lanchas,
 } arriero o burrero.
5. *El «guachimán».*
6. *El fletero* (botero o lanchero, el roto).
7. *El aguador.*

Autores consultados: Edwards Bello, Joaquín; Brandi Vera, Pascual; Danke, Jacobo; D'Hálmár, Augusto; Délano, Luis E.; Feliú Cruz, Guillermo; Gallardo, Laurencio; Hernández, Roberto; Latorre, Mariano; Muñoz, Diego; Lillo, Victoriano; Picón Salas, Mariano; Radiguet, Max; Reyes, Salvador; Rojas, Manuel; Silva, Gustavo; Silva, Víctor Domingo; Subercaseaux, Benjamín; Vicuña Mackenna, Benjamín.

Diarios y revistas consultados: *La Gaceta de Chile*, Septiembre de 1936 y *La Hora*, 20 de Enero de 1939.

El palomilla.— Se ha dicho que lo esencial en un novelista es su visión de la vida.* El novelista ha de ver las cosas

* *Un perdido*, prólogo de Manuel Gálvez.

desde arriba, en su conjunto y en sus detalles. Ha de captar los acontecimientos desarrollándose, el hilo que los une, la manera cómo unos y otros se encadenan y se mezclan. Ha de saber hallar lo dramático del momento que pasa, las tragedias encerradas en el fondo de las almas. Ha de ser un poco filósofo y, puesto que está por encima de todas las cosas, estudiarlas con amor pero sin tomar partido por ninguna de ellas. Y ha de ser artista y poeta.

Esta cualidad del novelista se manifiesta esencialmente en la creación de personajes psicológicamente valiosos.

Cumple, en gran parte, con estas condiciones Víctor Domingo Silva.* Al «palomilla», producto precoz del conventillo, de ese microcosmos del pueblo, resumen concentrado y vivo de su existencia, colectivización de la mugre, las enfermedades y los vicios, nidial de prostitutas, rateros y criminales; al «palomilla», ratón de las quebradas, de los malecones y de los muelles», es a quien nos presenta el autor citado al describirnos a José Luis (Papelucho): «Pequeño, pero fuerte y ágil; la tez quemada por los soles y los vientos; el pelo hirsuto traspasando sin contrapunto las fronteras de las orejas; la nariz arriscada; los ojos vivarachos; la gran boca siempre lista para engullir, para injuriar o para reírse; el paso seguro del que no ha conocido nunca ni unas malas chancletas por calzado, Papelucho se había conquistado, a los diez años escasos, toda la popularidad de un caudillo, entre la ralea de granujas que operaban en el Cerro de la Cordillera y sus aledaños. Su hoja de servicio era, sin duda alguna, la más espléndida y nutrida.

Ya al llegar a los cinco años su idea de hogar estaba reducida en él a uno o a dos cuartos desmantelados y oscuros; un hombre de ordinario ebrio, que jura y blasfema cuando no recurre a las vías de hecho; una mujer que tose y se queja siempre, sin dejar de trabajar mucho y muy duro. En cuanto a la visión del mundo, empieza por un conventillo gigantesco, lleno de lavanderas charlatanas y de chiquillos sucios. Ya más grandecito, solo o en compañía de otros rapaces más expertos vagabundea por los alrededores, subiendo y bajando callejones y pasajes, hurgando los basurales, cabalgando en los burros y en los cerdos vagos, resbalando por las faldas enlo-

* *Palomilla brava.*

dadas, persiguiendo ratas por los cauces, gritando hacia abajo en el brocal de los pozos, haciendo cruda guerra a los gatos de los tejados, saqueando nidos, rapiñando frutas y flores en los cercados de las casitas pobres, metiéndose «de guerra» en las carpas de los circos. Poco a poco va ensanchando el campo de sus excursiones. Ya no le basta el cerro. Merodea por todas las calles del barrio comercial. Ascende hacia lo más empinado de la ladera, y desde allí se da el gusto, nuevo y oscuro Balboa, de contemplar la extensión azul sin límites del Pacífico.»

El palomilla gusta de estos cuadros magníficos que ofrece la mar agitada. Espectáculos gratuitos a que se lanza con innata afición la palomilla porteña: «Eran los temporales en el mar sus favoritos, añade Víctor Domingo Silva. Se divertía (Papelucho) grandemente oyendo los pitazos de auxilio y viendo el reventar furioso de las marejadas en los enrocados de la playa, el balanceo de las naves, y el ir y venir de los remolcadores, la paralización nerviosa de las faenas marítimas, el bostezar de la gente ociosa en los muelles, el desembarco de marinos metidos en chorreantes impermeables.»

Si por un lado los elevados cerros porteños de raleada vegetación ocultan el horizonte, acoquinando los espíritus, las largas visuales del océano inmenso, lanzan al individuo fuera de su propia órbita, despertando en él esas ansias de lo nuevo, de lo desconocido. Con la mirada perdida en aquel espejo de metal, el niño solitario, el pobre rotito vagabundo, traído y llevado a merced de las olas de la vida, como los huiros que al fin la marea hace varar, aprende a pensar, a valorar la propia existencia.

Oteando el horizonte forjó Papelucho su huída al norte. «¡El norte! ¡Qué raro e inmenso prestigio tenía esta palabra en esos tiempos!»

Papelucho es una de esas «voluntades que se robustecen en la escuela del dolor y que al despecho del fatalismo de los primeros años, están resueltos a sobreponerse a todos los obstáculos y a abrirse camino por sus propias fuerzas.»*

Es digno de notar, como lo hace el autor, que la vida de la palomilla brava desarrolla, ante todo, en el individuo, los instintos de sagacidad y de cautela. El granuja, producto

* *Palomilla brava.*

neto de la urbe y antípoda de toda autoridad, se hace indefectiblemente, como el indio, astuto y precavido.

Vemos aquí, una vez más, cómo el medio físico influye sobre el hombre. Podríamos aplicar en este punto las palabras de Cabero:* «Del vasto océano, brazo enorme que se extiende a los países más lejanos, con el puño cerrado para el ingrato y la mano abierta para el amigo, ha recibido la raza iniciativa, audacia, espíritu aventurero y la esperanza de mejores días para la patria.»

Semejante valor tienen las palabras de Roberto Hernández:** «Chile fue fundado en uno de los arrabales del mundo, pero a la falda de gigantescas montañas y a la orilla de un océano inmenso. Villorrio miserable de mineros, pescadores y labriegos, estaba llamado a un destino espléndido para la raza. La cordillera a cuyo pie se extiende, era propia para inspirar altos y elevados pensamientos y el mar que baña sus plantas tenía que infundir la idea de un poder sin límites.»

Y el palomilla ha bebido toda la influencia de ese ambiente fuertemente plasmador.

Victoriano Lillo en su cuento titulado *La caída* nos ofrece algunos cuadros en que aparecen estos pequeños vagabundos. En esta narración el palomilla se presenta ya como un lustrabotas, ora como un suplementero, o bien, como un simple rapaz que vive del latrocinio de la carga depositada a lo largo de los muelles.

Tal como Víctor Domingo Silva, Victoriano Lillo es un simple descriptor en lo que respecta a la presentación de este tipo.

Para terminar este tema, daremos el significado que tiene la palabra palomilla en el «Vocabulario» adjunto a «Palomilla Brava». «Colectivamente, la palomilla. Hampa infantil de las ciudades. Individualmente, granuja, pilluelo. Usase también como adjetivo invariable.» Probablemente se deriva del nombre dado a las mariposillas nocturnas que pululan alrededor de la luz.

La prostituta.— El tipo designado con el vocablo prostituta constituye, con rarísimas excepciones, un lugar común dentro

* Chile y los chilenos.

** Los chilenos en California.

de la literatura interpretativa del puerto. Los matices que adquiere el lupanar en estas obras fluctúan desde las diluídas pinceladas de Joaquín Edwards Bello a los brochazos vigorosos, aunque imperfectos, de Manuel Rojas.

Antes de abordar abiertamente el presente tema, es preciso conocer los juicios expuestos por Luis Alberto Sánchez en su prólogo a *Piel nocturna*.

«A la literatura chilena, dice este autor, le sobra pureza. Y no creo, prosigue, que eso resulte de que se viva en Arcadia, ni de que Diana dirija la orquesta en lugar de Venus, sino sencillamente de que existe una especie de pacto tácito, de tabú social que el escritor no rompe, que el escritor acepta, que el escritor recibe, en vez de dar, y que encauza la expresión literaria por una ruta sin baches, pero sin muchas eminencias, acallando el grito de lo vital, que en la vida cotidiana exulta, pero que en la literatura se asordina.»

«*Piel nocturna*, dice este crítico, es un relato intenso, de una intensidad que en el lenguaje familiar llamaría intensidad abusiva.» En toda esta obra flota aquel pensamiento que tan bien expresan estas palabras: «Y en tí, Valparaíso, existe una zona nocturna, como una piel tatuada de oscuros instintos.» Esta zona, desconocida para muchos, escucha el galope atorbellinado en el que la vida de la protagonista, especie de «virgen loca» se precipita por los escabrosos senderos de la vida orgiástica, entre cuatro libertinos sentimentales y hasta castos... *Piel nocturna* desenvuelve su trama en un ambiente de sortilegio, oteando las complicadas psicologías de los cuatro hombres y de la inquieta mujer que desnudan sus cuerpos y sus almas en las páginas de este libro. Se ha dicho también que Reyes, sin alardes científicos, logra desentrañar admirablemente el alma de la muchacha — piel nocturna — en torno de cuyos encantos gira el argumento todo, desde los arrebatos de la virgen loca hasta la amargura del ángel caído. La fuerza dramática de la acción se combina perfectamente con la descripción del ambiente turbador del puerto.

«¡Valparaíso, hay sabor humano en tu atmósfera, vida; vida suelta y maravillosa!»

Los prostíbulos porteños desfilan con sus meretrices y demás militantes de la noche. De sus palabras arranca ese vaho erótico que parece entibiar las lloviznas penetrantes de las

noches porteñas y que envuelve con el exótico aroma del misterio al populoso barrio del «puerto». En las páginas de *Piel nocturna*, Clave, Cajilla, los cerros Santo Domingo y Toro se estremecen con el ritmo loco de las orquestas de jazz y las caricias brutales de esas mujeres que son de todos y no son de nadie. El jazz, el bugui-bugui, el bolero, la conga, la zamba y todas las danzas extranjeras visan sus pasaportes en los salones del puerto antes de esparcirse por el resto del país.

Es preciso observar que Reyes, no obstante el parecer expresado por Sánchez, no ha explotado el problema de la prostitución porteña en forma adecuada. Se limita a describir episodios sin detenerse a reflexionar, basado en la realidad y no en esa cualidad imaginativa tan fecunda en él, sobre la esencia misma del fenómeno expuesto. No analiza la raíz del proceso. No se detiene ante esa tremenda irresponsabilidad de que nutren a los puertos esos aventureros del mar que vienen y se van con el vaivén de las mareas. Así, el «Nueva York», la «Casa de los siete espejos» nada, salvo sus nombres, agregan a la pintura del clásico lupanar.

Es interesante observar que ya en los albores de nuestra república Max Radiguet nos habla de los prostíbulos y prostitutas de Valparaíso. Describe primeramente los caminos que conducen a esos primitivos mercados de amor para llegar a ubicarnos frente a una de tales mancebías. Sin embargo, no se atreve a penetrar en ellas, se detiene en el umbral. Y ellos no porque no lo seduzcan «esas niñas de cara fresca y sonriente» y «de espaldas perfectas», ni porque lo amedrenten esas «brujas de perfil burlesco», sino porque sólo «quiere conocer el carácter y las costumbres de los hombres»: «...por último, senderos tortuosos, deshechos y hechos sólo por el trajín con algunas tablas angostas y vacilantes, conducen a ciertos chiribitiles, donde sólo pueden penetrar en la noche los murciélagos y los lazzaroni de Valparaíso. Esta parte de la ciudad es, pues, el Dorado de los marineros extranjeros. Aún hace pocos años la orgía descarada vociferaba allí sin temor, pues la policía demostraba en las cercanías de las quebradas una gran circunspección... Por donde quiera que haya una puerta o ventanas, puede notarse, sentadas sobre el umbral de las unas o inclinadas sobre las otras algunas niñas de cara fresca y sonriente, cuya negra cabellera ador-

nada con flores, desciende en ondas abundantes sobre una espalda perfecta; después, en segundo término, se apercibe una vieja, o más bien, una bruja, de tinte palido, de perfil burlesco, masticando sin cansarse algún pedazo de cigarro apagado.»*

Sin detenernos en mayores consideraciones, debemos anotar que este autor se limita también a esta simple descripción, propia de un diario de viaje.

Pero sin duda, quien mejor nos introduce dentro de este mundo de las mujeres sin dueños, de esos seres que «en las noches oscuras pasan y vuelven a pasar por nuestro lado, taconeando nerviosamente para llamar nuestra atención», es Manuel Rojas.**

De él ha dicho Alone*** que «su vida inquieta y errante le permitió saturarse de impresiones directas, observar lo que es en realidad con todo su sabor y su olor, la vida de nuestro pueblo, su ambiente y sus hombres. Así, nutrido de vida, de imágenes, de sensaciones, escribe. El está en su obra y su obra está en él.»

Sigamos a Rojas en su descripción. Ascendamos con él por la subida Claver (Clave) y escuchemos sus palabras: «Era la feria de la prostitución porteña (la subida Claver), pero la feria pobre, habitada por mujeres vestidas con telas que se ajan tan rápidamente como ellas y tan baratas como ellas también; la feria frecuentada por los proletarios de mar y tierra, los lentos panaderos, los bulliciosos vaporinos, los vivaces zapateros, los tiznados trabajadores del dique y de las chatas; por los marineros de la armada, con sus trajes azules con pantalón de campana; por los hombres de mar extranjeros, yanquis con caras de puño, polisilábicos alemanes, restallantes españoles. Allí estaban también las mujeres, vestidas de mil colores, sentadas en los umbrales de las casas, mostrándose en la penumbra como flores violentas, de aromas fuertes, flores crecidas en las mareas nocturnas del puerto y regadas con la sangre de todos los tripulantes del océano. Las había rubias y morenas, blancas y pálidas, esbeltas como manzanillones, gordezuelas y graciosas como cacharros, monstruosas como

* *Viajes por Sudamérica...* A. Caldcleugh,

** *Lanchas en la bahía.*

*** *Ib.* (Prólogo).

sapos, riendo, conversando las más y serias y graves como mercaderes concienzudos las menos. La calle bullía de hombres y mujeres y se oían gritos, silbidos, frases en slang, imprecaciones en chileno, largos ladridos germanos, murmullos japoneses, masticaciones yanquis.»

... «Más arriba, mujeres aisladas del centro del remolino, paradas en las puertas o sentadas en los umbrales, chistaban de modo suave a los hombres; hacían recordar a esos comerciantes pobres, que ocupan en las ferias los extremos y que ofrecen mercaderías con menos bullicio y más afectuosamente que los demás.»

Al cruzar esas calles, vibra nuestro cerebro solicitado y herido por la constancia de los llamados, las sugerencias provocadoras, las insinuaciones desvergonzadas, los deseos que flotan como ondas en un campo magnético.

Brandi Vera en uno de sus cuentos, premiado en los juegos florales del Ateneo de Valparaíso de 1922,* diseña una de las fuentes generadoras de la prostitución porteña. Rosa Amelia es el tipo de la niña del cerro, fruto de un hogar mal constituido. La constante labor de los padres menesterosos, que los obliga a permanecer alejadas del hogar durante la mayor parte del día abandona de hecho a las hijas al carácter donjuanesco de los hombres de mar. En los puertos, muchachas de estas condiciones, huérfanas de amor y de ternura hogareñas, encuentran la solución de sus problemas en la prostitución, fácil puerta de escape. El roce con hombres aventureros las incita a la aventura amorosa y, dado el primer paso, lo demás es obra del tiempo.

Ante «esas muchachas de un futuro tan vago y cambiante como la leve humareda de los barcos viajeros; ante esas almas acariciadas sólo por la mano crispada de la soledad, que crecen como retoños enfermizos, desgajados del tronco, hasta hacerse una planta solitaria y huraña», vibró la inspiración humanitaria de nuestro ilustre «Armenio» y vertió sus valiosas observaciones en este bello cuento.

Paralelamente a estos seres que se deslizan por la vida licenciosa apremiados por la miseria y que en el aturdimiento insano del lupanar sueñan con la vida apacible, o al menos

* *El meteoro.*

digna, del hogar propio, encontramos muchachas despreocupadas que traen en sus cuerpos el ansia diabólica del placer sexual, la fiebre del goce. Espíritus incorregibles y rebeldes, no pueden conformarse con la tranquila servidumbre. Si son de clase acomodada, miran al hogar y al posible marido como el símbolo de la tiranía, la bastilla de las pasiones. Alienta en ellas el convencimiento de que han nacido para otra cosa... Y esto ni siquiera lo piensa, sino que es como el hervor natural de la sangre.

Encarna este tipo psicológico la muchacha que Victoriano Lillo* bautiza con el apodo de la «gringa» y que describe en forma casi epigramática: «con la melena dorada al viento, alta la frente... era, para los viejos sátiros de la vecindad, como una continua sugerencia de exquisitos pecados...»

En un cuento de Diego Muñoz** aparecen los prostíbulos con su atmósfera enardecida «como una pesada neblina de humos calientes». Son pinturas de ambiente francés. Describe «mujeres que fingen estar indiferentes, pero que espían los movimientos y la angustia animal que pasa y está allí viviendo entre música y espejos». «Afuera, escribe, el barrio subía hacia los cerros con sus calles pobladas de ventanas y de palabras amorosas; las tabernas subterráneas lanzaban gritos que salían a la calle. En cada rincón, toi et moi, la policía, la luz verde, músicas que bajaban hacia el puerto en busca de los reacios; la alegría; el escándalo de una noche siempre repetida». Tal es el Valparaíso que este autor coge a través del lente erótico.

Y para terminar transcribiremos en forma libre la descripción de un prostíbulo que Joaquín Edwards Bello intercala en el argumento de uno de sus temas.*** Su cuadro es una pintura estilizada de un prostíbulo porteño. Aparece como un observador frío, casi superficial, muy diferente del escritor que aparece en *El roto*. En esta obra ha dejado de ser «el sexólogo por excelencia de nuestra literatura».**** Su prostíbulo resulta una verdadera fonda dieciochera, donde se bebe y

* *La calda*. (Rodrigo de Alvear).

** *Hacia la noche*. (Gaceta de Chile).

*** *En el viejo Almendral*.

**** *Contribución a la realidad*. B. Subercaseaux,

se baila. La ausencia de vida intensa convierte este breve episodio en una sintética función de títeres: «Pasamos, escribe, por el patio al salón que tenía muebles de felpa azul, oleografías de Maldini y espejo con marco de escayola coruscante, bajo la gasa verde. Nuestra entrada tomó aires de triunfo cuando el pianista marcó nuestros pasos arrancando un aire español.» Y agrega otros detalles de poca importancia para el mejor conocimiento del ambiente.

Ninguna de las obras citadas alcanza en lo concerniente al estudio de los prostíbulos y prostitutas, la profundidad y exactitud, el valor vital que se admira en *Un perdido* de Barrios.

El marinero.— Un tipo valioso, que la literatura regional no ha explotado, o que al hacerlo ha seguido una línea equivocada o inadecuada es el marinero de nuestros barcos de guerra. Se le emplea como un lunar decorativo de ambientes nocherniegos, de tabernas, de rameras.

En efecto, leemos en *El café del puerto*:* «Marineros y hombres del pueblo, acompañados de muchachas muy jóvenes eran tragados insaciablemente por las puertas de los pequeños hoteles.» Y luego, en otra página: «Los marineros que hacían arder la noche con sus cantos obscenos, se refugiaban en el fondo de las tabernas, procurando observar en la calle una actitud más decente.» Más adelante, en la misma obra, se dice: «Marineros, criadas, burgueses, individuos inclasificables, iban de un lado a otro enredándose en el ruido de los autos y de los tranvías.»

Esta misma falsificación tipológica que resulta de abordar unilateralmente al marinero, utilizándolo como mero material de relleno, se observa esbozada en la obra citada de Diego Muñoz: «La multitud de gentes y marineros» (ellos no son gente, son medios o recursos escénicos) «que aplaudían y los reflejos de piedras falsas y el brillo de las luces...» etc.

Como vemos, no se adentra en sus almas en busca de la auténtica psicología marina y de las causas determinantes de la manera de ser de esas vidas en perpetuo vaivén sobre la fosa. Vidas desconocidas.

Oigamos algunos datos proporcionados por Gustavo Silva** sobre la vida de estos hombres que se ven obligados a

* *El café del puerto*. Salvador Reyes.

** *Un marino*.

abandonar sus hogares con la perpetua incertidumbre del regreso «aunque impulsen su destino no el son de guerra, si no el de paz, y aunque sean benévolas las ondas bajo la quilla de su barco. Sabiendo que nada podrán sus poderosos cañones contra la tempestad si la tempestad le sale al paso. Ferrada o acerada mole, será juguete del mar si él en ello se empeña». Este es lo que nos lleva a repetir con el autor: «¡Sé cautelosa, oh nave, y, aunque guiada por fuerte mano, teme al hado infausto, y no olvides que debes a los corazones que entristecidos quedan en tierra, que debes al suelo de que te alejas ufana, la cabal restitución del tesoro humano que portas en tu seno!»

Son estos anónimos marinos los que han partido desde las playas porteñas a abrir nuevas rutas a la navegación mercante, rutas que guardan durante el día, la eficacia modesta de la baliza y, por la noche, la pomposa e intermitente luminosidad del faro. Es a la literatura a quien corresponde dar a conocer el rol científico y civilizador de nuestra marina de guerra y las azarosas condiciones de su desempeño: «¡Vida de trabajo sin lucimiento, de sacrificios sin compensaciones, de riesgos sin derecho a las consagraciones de la gloria!» Ese es el destino de nuestros marineros y marinos. La taberna, el prostíbulo son paréntesis en esas vidas, dignas de un mejor estudio.

«Son largas semanas, meses suelen ser, de monótona convivencia de hombres sobre la pequeñez de un barco perdido en las inmensas soledades del océano. Semanas y meses de hastiadora rutina marinera y minuciosas y complicadas operaciones técnicas de fijar rocas y mensurar entrantes y salientes de la costa, alta a veces como pared de abismo; de expediciones tierra adentro, teniendo que desmontar la selva a filo de hacha. Semanas y meses de lucha brava con el tumbo que agiganta, con la corriente que arrastra, con el viento que azota furioso, con la lluvia que cala hasta los huesos, con la nieve que abrasa la piel y congela el aliento. ¡El cielo, una inmensidad gris tendida sobre otra gris inmensidad: el mar! Unos mismos los semblantes que pone ceñudo el hastío; una misma la obligada charla de sobremesa, incoherente y desfallecida; una misma la hostigante insipidez de la vitualla. Los pájaros que vuelan en torno y, aquerenciados, se posan en la arboladura; quizás unos mismos los tiburones que rondan, seguidores y ávidos;

y hasta unas mismas, acaso, las focas que extraviadas llegan por allí y asoman asustadas sus ingravidas cabezas romas.»

Interpretar este vivir opaco y monótono, gris como el cielo y el mar, es estudiar una porción considerable de los ingredientes que forman la vida porteña.

En uno de sus cuentos* Subercaseaux estudia la psicología de esos muchachitos nacidos en aquellos barrios pródigos en hogares misérrimos, de «casitas del tamaño de un dado y que se equilibran a orillas del barranco».** Frente a ellos, manteniendo en tensión el arco de la costa porteña, está la bahía de Valparaíso como un eterno llamado a la liberación, a la aventura. En la marina de guerra encuentran algo como un hogar. Llegan allí desorientados y vagos, haciendo un hallazgo que les suaviza sus últimos años adolescentes. Así recorren los canales del sur en los escampavías de Magallanes; conocen Talcahuano, la Quiriquina y aprenden a querer al puerto a fuerza de añorarlo. Allí, en suma, se hacen hombres conscientes del valor de la vida. Ellos constituyen legión dentro de nuestros marineros y la literatura no los conoce, los desfigura.

En estas líneas precedentes se encontraría una de las fuentes productoras de este tipo: la indigencia. Subercaseaux sostiene que «el chileno es un marino a la fuerza, no por vocación»*** Roberto Hernández añade nuevos elementos de juicios que nos permiten formarnos una idea más cabal del problema. Hablando de los primeros años de nuestra vida nacional, escribe: «Todo parecía decirnos como una consigna: ¡el mar!»****

Creemos que frente a este problema, que bien podríamos llamar del «modus generandi» del marino debe adoptarse una posición que contemple tanto la vocación como la necesidad. Si bien es cierto que hay gente cuyo destino «sería el de partir, el de acumular recuerdos y nombres de ciudades, nombres tan bellos como Valparaíso»,***** también ha de tenerse presente que la profesión de marino es una de las diferentes formas de ganarse la vida.

* *Capitán Piojo.*

** *Dos hombres y una mujer.* Jacobo Danke.

*** *Chile o una loca geografía.*

**** *Chilenos en California.*

***** *Piel nocturna.*

Emparentado con este tipo se encuentra el tripulante de la marina mercante. Laurencio Gallardo describe uno de estos tipos. Pinta la vida de los «hombres de máquina», seres que se amanecen jugando poker, bacarat o brisca, y bebiendo gin, vino, whisky o anís del mono, mientras el temporal barre la cubierta, como unos niños traviosos que juegan a la escondida con la muerte. Escamados de hollín, de sudor mezclado de carboncillo, sudor agrio y pestilente.» Este escritor hace resaltar también, tal como Gustavo Silva, el tedio que acompaña a la vida de a bordo: «Con aquel trabajo tan rudo y aquellas distracciones tan aburridoras, más que hombres de mar parecen perros hambrientos que han ido a mendigar pan a la chimenea.»

Luis Enrique Délano nos presenta una variedad del tipo marino, que bien podríamos agregar al estudio de las fuentes tipológicas del presente capítulo. Es el caso del muchacho que «quiere ser marinero». Influencia del ambiente, pensamos inmediatamente, y hacemos bien. Por algo a Colón nos lo pintan, niño aún, sentado junto al mar, con los pies hundidos en el vacío, los codos apoyados en las rodillas y la barbilla encajada en la concavidad de las manos, contemplando ensimismado el lejano horizonte. A través de los cuentos marineros sueñan con el blanco velamen de los barcos viajeros o con el humo fugaz que se deshace en la lejanía, como un ensueño, ante el abrazo del cielo y del mar. Hemos visto ya, insistentemente, cómo el medio encauza las actividades en un sentido dado.

Añade Délano: «Los niños que serán marinos, deben tener el corazón conformado de cierto modo, distinto del de los demás mortales.» No basta el medio. «Deben nacer con la sombría vocación de la rebeldía, con el triste goce de la soledad y con el fuego vivo del calor.»* Conforman sus espíritus a los datos proporcionados por los libros que leen todos los niños que aman el mar, admiran a los navegantes, se tutean con los piratas y que sólo desearían «ser hombres para entrar de vez en cuando a la Taberna del Sextante a beber un chop de cerveza con Petersen, el noruego, o Johansen, el danés». Ansían vivir, al estilo del adolescente Barula que nos pinta Vattier,**

cha).

págs. 128 a 132.

* *Viejos relatos.* (Una ventana en Playa Ancha).

** *Contribución a la realidad.* B. Subercaseaux,

con esa gente «capaz de traerles un soplo de misterio y de atrayente lejanía».* Sueñan con regiones maravillosas, ríos «surcados por livianas piraguas, el disco rojo del sol abriéndose pasada a hachazos de fuego por entre la vegetación; los papagayos, sus colores y sus destemplados gritos; los frutos apetitosos; los inmensos cocos de leche, los plátanos, las piñas; las víboras arrastrando su extendida estatura a lo largo de las hojas por entre los vegetales brillantes y cerrados...» ¡Oh, los barcos que pudieran conducirlos al trópico en una fuga de esperanza! Son muchachos que tendrán que crecer para comprender que la vida de a bordo «no es una romántica faena, sino una dura lucha».

El cargador.— a) EL CARGADOR DE LANCHAS.— Manuel Rojas presenta en su obra *Lanchas en la bahía* al tipo del cargador marítimo, profesión que simboliza toda una etapa de la vida de cierto hombre de mar. Concretiza, el autor, a este personaje en un cargador de lanchas.

El individuo que desempeña este oficio es un hombre joven y robusto, «trabaja desde el alba con los pies desnudos, en camiseta, endureciéndose, tostándose en los grandes días de sol y de viento.»

Es un trabajo que requiere hombres fuertes, hábiles y resueltos. Formémonos una idea de las intimidades de esta labor, escuchando a «Rucio del Norte» aleccionar al joven principiante: «No compañero, así nó. Lo primero que tiene que hacer es sacarse el paletó, el cuello y la corbata. Así tendrá más fuerza. En seguida, aquí no se trata de matarse. Estas barricas pesan ciento cinco kilos cada una y si usted quiere agarrarlas y pararlas, dentro de una hora tendrá que retirarse a descansar. Aquí se necesita más maña que fuerza.» Y en otras páginas agrega: «Descendió el gancho y colgamos la primera carga, luego la segunda y la tercera. Trabajábamos sin hablar, sin perder un segundo, mudos, quejándonos a veces por el esfuerzo violento, pero quejándonos con rabia, empujando las barricas, haciéndolas girar, rodar, peleando con ellas, insultándolas mientras que por el rostro y el cuerpo nos corrían regatos de sudor, empapándonos la camiseta, cegándonos, mo-

* Obra citada de Luis Enrique Délano.

jándonos la boca con un líquido salobre que recogíamos con la reseca lengua, inconscientemente. Al terminar de cargar la red, nos retirábamos del centro de la lancha y afirmados en la borda, con los brazos abiertos, respirábamos a todo pulmón, echados los rostros hacia atrás y mirando el cielo, donde el sol era la boca de un horno que arrojaba llamas.»*

Este tipo no aparece en ninguna otra obra en forma específica como lo encontramos en Rojas. Fácil es constatar el abundante material que ofrece este interesante personaje a la literatura regional.

b) EL «GUACHIMÁN», O GUARDIÁN NOCTURNO.

*Y ensimismado, indolente,
próximo a acabar el turno,
estúpido, indiferente,
piensa en todo vagamente,
el pobre guardián nocturno.***

Este tipo es, generalmente, un hombre entrado en años, retirado del trabajo fuerte. Viejos lobos de las caletas chilenas a quienes la edad no permite labores de mayor destreza muscular. Es una ocupación que requiere haber recorrido un largo trecho en el camino de las argucias y artimañas de las gentes. Simboliza una etapa de la vida posterior a la del cargador de lanchas.

Rojas*** describe un «guachimán» joven e inexperto, condenado, por consiguiente, al fracaso. Acompañémoslo en su guardia nocturna. Con él cabecearemos, sentados sobre la fría cubierta, o exploraremos las oscuras aguas, persiguiendo algún ruido sospechoso. Guardemos silencio y oigamos sus primeras reflexiones «Diez faluchos de la casa B. y Co. flotaban en fila frente al malecón y en cada uno había a esa hora un hombre que, como yo, debería pasar la noche con los ojos abiertos. La consigna era: vigilar y no dormirse, bajo la amenaza de ser fondeado por los piratas o despedido del empleo. Yo, cumpliendo la consigna, había pasado la primera noche sentado en el borde de la escotilla de popa, afirmados

* Obra citada, págs. 46 y 51, respectivamente.

** *Alma chilena*. Pezoa Velis.

*** *Lanchas en la bahía*, págs. 16, 17 y 18.

los pies en los peldaños de la escalera, inmóvil el cuerpo y la cabeza girando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con los ojos como los de un lagarto, duros de sueño, e inquieto, irguiéndome al escuchar el más leve rumor, los dedos engarbitados sobre la culata del revólver, tal vez inservible, que me facilitara un amigo. Cuando por la mañana la gasolinera vino a recogerme, apenas podía mover los brazos y las piernas.»

Y con acierto psicológico añade más adelante: «Pero poco a poco me acostumbré a las noches del mar, desapareció la intranquilidad de la primera guardia, y me atreví a dormir, sentado primero, echado después sobre la cubierta, abrigadas las piernas con la manta, el revólver oculto bajo el brazo en que descansaba la cabeza. Ponía la otra mano en la culata del arma y dormía, dormía sueños breves, atravesados de pesadillas, sueños ágiles que parecían cubrirme la cabeza con un velo, a través del cual veía pasar sombras, luces, imágenes de color azul intenso, discos rojos que giraban. Despertaba asustado, aterido por el contacto frío de la cubierta. Empuñaba el revólver y miraba hacia la sombra, sin ver otra cosa que la penumbra en la que desaparecían las visiones de mis sueños...»

Acostumbrado ya con su oficio, levanta la vista hacia el paisaje que lo rodea. Y junto con él asistimos alguna vez al lento desvanecimiento del trabajo en la bahía, Y con él nos introducimos en los secretos dominios de la noche marina junto al puerto. Contemplamos desde la metálica panza del falucho las sombras que invaden lentamente la bahía, el malecón y los cerros: «Empezaba la hora triste del mar, la hora en que todo movimiento enérgico cesa, la hora en que prenden las luces de los barcos, haciendo más oscura la soledad de la bahía. Las últimas voces se abatían frente a la noche que avanzaba con sus veleros estrellados. Empezaban los deslizamientos furtivos, los ruidos fugaces, los movimientos reptantes, el desfilar de los chinchorros tripulados quién sabe por quién y que se dirigen quién sabe hacia dónde.» Y ya más seguro de su medio, concluye por alzar la vista del todo para contemplar la ciudad que se interna en las horas del silencio: «Había ya luces en la ciudad, en el plano, en los cerros, y se extendían en ramos, en guirnaldas como en honor de alguien, dando a la atmósfera que gravitaba sobre el puerto un tono rojizo y blanco.

Una imagen de la virgen, rodeada de luces, refulgía como un diamante amarillo en el pecho de un cerro.»*

b) EL ARRIERO O «BURRERO».— Siguiendo el orden preestablecido en la introducción de estos capítulos, debimos haber tratado este tema en las líneas precedentes. Sin embargo, considerando el parentesco próximo que existe entre el cargador de lanchas y el guardián nocturno, ya que dichos oficios son, verdaderamente, dos etapas de la vida de un hombre, hemos preferido alterar el orden primitivo.

Ernesto Montenegro** en su colección de cuentos ubica una de sus narraciones en las cercanías del puerto. Con su descripción abre un breve, aunque interesante paréntesis sobre la presencia de un tipo absolutamente desconocido de nuestra literatura, no obstante los cuadros y escritos que se le han dedicado, es el arriero. Dice, en efecto: «Antes de que el tren corriera hasta Valparaíso, mi padre tenía arreos de mulas que traficaban con el puerto. Encima de los cordones de la costa había un paradero al que llamaban «la casa de tablas», y que tenía mala fama...» Este personaje nebulosamente aludido, ha evolucionado, ramificándose prodigiosamente. En los cerros porteños subsiste a través de ese tipo, conocido vulgarmente con el nombre de «burrero». Con su tropa de burros y de mulas se dedica al despeje de los cauces, al acarreo de escombros, a la conducción de mercaderías. Para los primeros menesteres utilizan un par de sacos corrientes, acomodados sobre los costados de las bestias mediante una cuerda cerrada en circunferencia.

No existe en nuestro puerto el arriero tradicional de nuestros campos. El «burrero» es sólo un mero remedo, emparentado más bien con el cargador. Este cargador corriente, que acabamos de citar, aparece sucintamente descrito por Joaquín Edwards Bello:*** «... apenas vestido, con las carnes bronceadas y duras, a pie pelado, olor a vino, a pasto seco, a carbón de coke, es el típico cargador.»

El fletero.— Como una transición entre las etapas concretizadas por el cargador de lanchas y el guardián nocturno,

* Obra citada, pág. 20.

** *Cuentos de mi tío Ventura*, pág. 37.

*** *En el viejo Almendral. Valparaíso, la ciudad*

situaremos al fletero marítimo, no al capitalista o a la compañía marítima, sino al humilde botero de la costa.

Con su embarcación pulcra y sencillamente pintada, como una relamida muchacha de medio pelo, espera el fletero, de pie junto a la rueda del timon, o atorbellinando el agua con sus palmeados remos, al pasajero que ha de llevar a algún barco, o al paseante que desea «dar una vuelta» por la bahía.

Ni tan joven como el cargador, ni tan maduro como el guardián nocturno, el fletero pasa sus días sobre el mar «olor de aceite y vaivén de cuna.»* Las categorías sociales también afectan la vida de estos hombres de mar. El fletero de bote mira en el fletero de lancha a su más vital enemigo. A regañadientes el botero retira su embarcación, cuando una de esas panzudas señoronas, de ufana proa y hélice parlotera se acerca a las graderías del muelle de pasajeros.

Su labor, como casi todas las de tipo marino, está sujeta a las contingencias meteorológicas. Es periódica, como las estaciones, e intermitente, como los días de calma.

La literatura ha cogido el carácter vivaracho y locuaz de estos hombres. En su vocabulario afloran voces de todos los idiomas del mundo.

Es curioso observarlos, cuando, a grito pelado, se disputan la atención del posible cliente: ¡«¡Al *Mapochol*! ¡Al *Fresial* Patrón: aquí está «La Lindora». ¡Oye, oh!»**

Este último aspecto lo describe también, en forma acertada, Jacobo Danke: «Una multitud de abigarradas chalupas se agrupan junto a los carcomidos tramos del muelle, el griterío de los fleteros, que se disputaban de viva voz la preferencia de los que querían trasladarse a bordo, resonaba como un pintoresco chivateo: ¡Patrón, al *Huascal*! ¡Patrón, al *Palenal*!»***

Joaquín Edwards Bello, al igual que Danke, se impresiona con el pintoresco bullicio de los boteros y lancheros. Ojos y oídos cogen en un ramillete de imágenes y palabras las características relevantes de estos locuaces bogadores: «Cachuchos

* *Quince poemas directos*. B. Subercaseaux.
** *Lanchas en la bahía*. Manuel Rojas,

*** *Estrella roja*, pág. 66.

de todos colores acosaban el muelle Prat, en tanto los fleteros gritaban para animar a los pasajeros.»*

Vicuña Mackenna, tantas veces citado, describiendo su viaje de inspección, en calidad de curioso, a los barcos que se aprestaban para disputar una vez más la supremacía yanqui o inglesa sobre los mares, ha dedicado dos o tres líneas a la labor de este interesante elemento de la realidad porteña: «Dos fleteros se hicieron cargo de nuestra persona y de nuestra curiosidad, que no eran ciertamente cosas livianas para sus remos, y bogando lentamente a través de una mar adormecida, perezosa y encapotada, avanzábamos hacia las afueras de la bahía.»

También frente al protagonista de este capítulo haremos observación análoga a la expresada al estudiar al marinero. No se penetra en su psicología. La pluma nos hace escuchar sus gritos, nos ofrece el colorido vistoso de sus embarcaciones, nos lleva a navegar junto a ellos, escuchando el crujido de los remos al resbalar en la desgastada horquilla de las chumaceras, pero el fletero continúa siendo una incógnita para nosotros.

Mariano Latorre en su *Literatura chilena*, roza el origen de este tipo: «Bandido en un comienzo, dice refiriéndose al roto, se hizo marinero en las costas, soldado en los motines y revoluciones, minero en el norte, obrero en todas partes donde había trabajo.» Pero este roto «belicoso, vagabundo, robusto y resistente, que clavó en una época la bandera de Chile en Australia y en China, que cruzó a pie trescientos kilómetros de pampa, que ganó miles de pesos en las salitreras y luego se gastó en un día el salario de dos años, ya no existe. Es apenas una sombra trashumante que circula con dificultad. Su chilenismo actual es una débil reminiscencia de lo que antes era un himno vigoroso, cantado en los campos, en las minas y en todos los océanos.»**

El aguador.— Este tipo, conservado aún hoy en algunas de nuestras ciudades y pueblos del norte se ha reducido en Valparaíso a la etérea jerarquía de un recuerdo histórico.

* *En el viejo Almendral.*

** *La Hora*, 20 de Enero de 1939.

Roberto Hernández nos trasmite los juicios emitidos sobre este personaje por un extranjero a su paso por la ciudad en la primera mitad del siglo pasado. Escribe Ruschemberg: «Lo que sobre todo llama la atención del norteamericano recién llegado son los aguateros que con sus mulas acarrearán el agua de manantial de las quebradas y surten todas las familias. La mula lleva al lomo dos pequeñas barricas, suspendidas una a cada lado sobre una armazón de madera hecha con ese objeto; y el aguador va montado en ancas, moviendo sus piernas desnudas... Usan sombrero basto de forma cónica... camisa con mangas arremangadas hasta arriba del codo, delantal de cuero, semejante al de los herreros y un ancho pantalón que les llega hasta debajo de las rodillas... El ritintín de un pequeño cencerro, prendido a la montura, nos anuncia su proximidad.»*

Misceláneas.— 1) EL BOMBARDEO DE VALPARAÍSO.—Moisés Vargas ha intercalado en uno de sus escritos el episodio histórico conocido con la denominación que encabeza estas líneas.** Por ser el autor de esta descripción un testigo presencial de los hechos narrados, consideramos de interés transcribir algunas de sus palabras. La ausencia de mayores trabajos literarios relativos a este tema puede explicarse fácilmente, teniendo presente algunos juicios de Raúl Silva Castro:*** «La literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia.»

«El año de 1866 ha marcado en la historia una página de oprobio para la Europa», escribe Vargas al iniciar su épica alabanza al pueblo heroico y viril de Valparaíso. «Transitaban por las calles de Valparaíso una que otra persona y unas cuantas patrullas con fusiles con bala en boca para resguardar el comercio desamparado en gran parte por sus dueños.» Precaución inútil: «Valparaíso dió el ejemplo en aquellas solemnes ocasiones de ser un pueblo valiente y altamente moralizado,» Y continúa pintando el escenario en que ha de desarrollarse este desgraciado suceso: «Al influjo de los primeros resplan-

* *Valparaíso en 1827*, pág. 143.

** *Adiós a la vida.*

*** *Paradoja sobre las clases sociales en Chile.*

dores del sol, fueron rasgándose los blanquecinos vapores y apareciendo de un azul oscuro la superficie del mar en que se mecían silenciosas las naves de guerra con sus imponentes mástiles.» Y al llegar la hora suprema: «Las naves se envolvieron en humo. Resonó el estampido ronco, horrísono, terrible, estremecedor de cuatro andanadas lanzadas a la vez. Las ventanas saltaron de su quicio, los cristales se hicieron trizas y quedaron de trecho en trecho pintadas de manchas blancas las pardas murallas de la Aduana, la Intendencia y la Estación y con negros agujeros las de la Bolsa y elegantes edificios adyacentes.» Y más adelante: «Un huracán de hierro cae sobre los almacenes, la Bolsa, los hoteles, las iglesias, los hospitales y las propiedades del Fisco.» Es interesante observar la descripción que hace de un incendio provocado por los proyectiles: «El devorador elemento avanzaba rápido, terrible, chisporroteante, y consumía pintorescos edificios, valiosos arsenales de mercaderías, riquísimos amoblados, preciosos objetos de lujo y de arte.»

«Una ciudad bella, naciente, populosa, rica, próspera, feliz, inerme había recibido tres mil balas y sus entrañas quedaban devoradas por dos aterrantes hogueras.»

Y para concluir añade: «¡Oh Cervantes, cómo encarnásteis en Don Quijote las grandes figuras de vuestra patria!»

Joaquín Edwards Bello al describir este mismo acontecimiento evoca la triste figura que ha rememorado M. Vargas: «Había, sin duda, en todo este aparato guerrero de España, algo de Quijote. Había algo de Don Quijote que tomaba las diucas de una mañana chilena por insultos y los cerros del puerto por Caraculiambrós.»*

2) LA IMPROVISACIÓN.— Conserva la tradición una curiosa anécdota de fines de la colonia y que es un valioso documento de improvisación. La esposa de un gobernador, señora muy hermosa, no salía casi nunca de su casa, pero habiéndose varado una ballena en la playa del Almendral, fué a verla y entonces el capitán de artillería don Lorenzo de Mujiça, que era un gran improvisador,** no pudo menos de decirle a la gobernadora:

* *El bombardeo de Valparaíso y su época.*

** *Escritores de Chile. Época colonial.* Eduardo

*Este monstruo que parece
despojo de este elemento
es tributo que contento
el mar a tu planta ofrece...
Bien tu hermosura merece
ofrenda tan desmedida;
no hubiera animal con vida
si allá en su instinto alcanzara
que con su muerte lograra
la gloria de tu venida.**

3) EL TEATRO.— Ninguna manifestación de valor ofrece Valparaíso en el género dramático. En nuestro puerto no se sintió esa fascinación del arte que, junto con la belleza, se apoderó de la juventud santiaguina del 42. Las nuevas y poderosas corrientes sociales de dicha época no alcanzaron aquí a caldear la atmósfera social.**

4) CONCLUSIÓN.— Daremos término a este trabajo de investigación con la salutación que dirige a nuestro querido puerto la ilustre poetisa doña Mercedes Marín del Solar:

A VALPARAÍSO

*Ciudad amable, caprichosa y bella
centro de actividad y de alegría,
orgullo de la cara patria mía
que de progreso marcas noble huella;
con sus montañas tocas la alba estrella;
tu planta halaga el mar con ufanía;
laboriosa te encuentra el claro día
y en la alta noche tu beldad descuella.****

.....

Y digámosle con ella: «Del Pacífico sé la soberana.»

tual en Chile. Huneeus Gana Jorge.
Correa, pág. 39.

* Los primeros teatros en Valparaíso.

** Cuadro histórico de la producción intelectual

*** Poetas de hispanoamérica. Eduardo Solar

BIBLIOGRAFIA

- ALONE.—*Panorama de la literatura chilena del siglo xx*. Nasc. Santiago, 1931.
- AMUNÁTEGUI SOLAR, Domingo.—*Bosquejo histórico de la literatura chilena*. Minerva, Santiago, 1918.
- BARRIOS, Eduardo.—*Un perdido*. Ed. Patria, Buenos Aires, 1921.
- BARROS ARANA, Diego.—*Historia General de Chile*. Ed. Jover, Santiago, 1884.
- BRANDI VERA, Pascual.—*Jazz*. Sin ed. Santiago, 1935.
- CABERO, Alberto.—*Chile y los chilenos*. Nasc. Santiago, 1926.
- CASSASUS, Carlos.—*Alkamar*. Nasc. Santiago, 1928. Ver Ramírez Fernández, Julio.
- CALDCLEUHG, Alejandro.—*Viajes por Sudamérica durante los años 1819-20-21*. Impr. Universitaria, Santiago, 1914.
- CORREA, Carlos René.—*Poetas de la tierra chilena*. Rev. Estudios N.º 82, Santiago, 1939.
- CIFUENTES SEPÚLVEDA, Joaquín.—*Poemas*. Impr. El Esfuerzo, Santiago, 1930.
- DANKE, Jacobo.—*Lámparas en el mar*. Nasc. Santiago, 1931. *Dos hombres y una mujer*. Ercilla, Santiago, 1933. *La estrella roja*. Ercilla, Santiago, 1936. *Baladas del país de los vientos*. Impr. Gutemberg, Santiago, 1942. *La taberna del perro que llora*. Ed. Cultura, Santiago, 1945.
- DÉLANO, Luis Enrique.—*Viejos relatos*.
- DUBLÉ URRUTIA, Diego.—*Del mar a la montaña*, 1903.
- EDWARDS, Agustín.—*Mi Tierra*. Impr. Universo, Valparaíso, 1928.
- EDWARDS BELLO, Joaquín.—*En el viejo Almendral*. Ed. Orbe, Santiago, 1942. *El bombardeo de Valparaíso y su época*. Ercilla, Santiago, 1934. *Valparaíso, la ciudad del viento*.
- FELIÚ CRUZ, Guillermo.—*Imágenes de Chile*. Nasc. Santiago, 1933.
- FUENZALIDA GRANDÓN, Alejandro.—*Historia del desarrollo intelectual de Chile (1541-1810)*. Impr. de la Universidad, Santiago, 1903.
- GALDAMES, Luis.—*Historia de Chile*. 10.ª edic. Zig-Zag, Santiago, 1945.
- GONZÁLEZ VERA, José Santos.—*Vidas mínimas*.
- GALLARDO, Laurencio.—*Hombres de máquina*, Santiago, 1934.

- GUZMÁN, Nicomedes.—*Hombres oscuros*. Ed. Yunke. Impr. Minerva, Santiago, 1939.
- HALMAR, Augusto d.—*Mar*. Ed. Cruz del Sur, Santiago, 1943.
- HERNÁNDEZ, Roberto.—*Valparaíso panorámico*, Valparaíso, 1924. *Valparaíso en 1827*. Impr. Victoria, Valparaíso, 1927. *Los primeros teatros de Valparaíso...*, Valparaíso, 1928. *El roto chileno*. Impr. San Rafael, Valparaíso, 1929. *Los chilenos en San Francisco de California*. Impr. San Rafael, Valparaíso, 1930. *El desastre financiero de la Municipalidad de Valparaíso*. Impr. Europa, Valparaíso, 1943. *Don Diego Portales y Valparaíso*. Impr. Universitaria, Santiago, 1927.
- HUNEEUS GANA, Jorge.—*Cuadro histórico de la producción intelectual de Chile*, Santiago, 1910.
- IGLESIAS, Augusto.—*El encanto de Viña del Mar*. Impr. Universo, Valparaíso, 1936.
- ILLANES ADARO, Graciela.—*Evolución del sentimiento estético del paisaje en la literatura chilena*. Impr. de la Universidad de Chile. Santiago, 1940.
- KOENENKAMPF, Guillermo.—*El juicio del mar*. Narraciones Zig-Zag, Santiago, 1933.
- LATORRE, Mariano.—*Chilenos del mar*. Impr. Universitaria, Santiago, 1929. *El sentido de la naturaleza en la poesía chilena*. Atenea Núms. 69 y 70. Concepción, 1930. *La literatura de Chile*, Buenos Aires, 1941.
- LATCHAM, R. E.—*¿Quiénes eran los changos?* Anales de la Universidad de Chile, 1910.
- LEFEVRE, Alfredo.—*Alonso de Ovalle y el misterio del agua*. Revista Estudios N.º 82. Septiembre de 1939.
- LILLO, Victoriano.—*La marca*. Ercilla, Santiago, 1938.
- LILLO, Samuel.—*Literatura chilena con una antología*. Nasc. Santiago, 1930.
- MADARIAGA, Salvador de.—*Inglés, franceses, españoles*. Ed. Occidente, 1934.
- MARÍN, Juan.—*Alas sobre el mar*. Ed. Julio Walton, Santiago, 1934.
- MARIÑO DE LOBERA, Pedro.—*Crónica del reino de Chile (1550-1565)*. Publicada en 1894.
- MAGALLANES MOURE, Manuel.—*Sus mejores poemas*. Nasc. Santiago, 1926.
- MELFI, Domingo.—*Panorama literario chileno*. Atenea, Concepción, 1929.
- MUÑOZ, Diego.—*Hacia la noche*. Gaceta de Chile, Santiago, Septiembre de 1936.
- OMER, Emeth.—*La vida literaria en Chile*. Impr. La Ilustración, Santiago, 1909.
- PÉREZ ROSALES, Vicente.—*Recuerdos del pasado*. Zig-Zag. Santiago, 1930.
- PEZOA VELIS, Carlos.—*Poesías, cuentos y artículos*. Nasc. Santiago, 1927.
- PICÓN SALAS, Mariano.—*Imágenes de Chile*. Nasc. Santiago, 1933.
- PI Y MARGALL.—*Las nacionalidades*. Librería de los sucesores de Hernando. Madrid, 1912.
- PORTAL, Magda.—*Hacia nuestro propio conocimiento*. Atenea N.º 68, Concepción, 1930.
- PRADO, Pedro.—*Los pájaros errantes*. Impr. Universitaria, Santiago, 1915.
- RADIGUET, Max.—*Valparaíso y la sociedad chilena en 1847 (Ver Caldeuehg)*.
- RAMÍREZ FERNÁNDEZ, Julio.—*Literatura chilena marítima*. Memoria de Castellano, Santiago, 1938.
- REYES, Salvador.—*El último pirata*. Nasc. Santiago, 1925. *El café del puerto*. Col. lecturas selectas, Santiago, 1927. *El matador de tiburones*. *El café del puerto*. *Los tripulantes de la noche*. (Tres novelas de la costa). Ercilla, Santiago, 1934. *Ruta de sangre*, Santiago, 1935. *Piel nocturna*. Santiago, 1936. *Las mareas del sur*, Col. lecturas selectas. Nasc., 1930.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, Braulio.—*España y América (poemas)* Impr. Univ., Santiago, 1910.
- ROJAS, Manuel.—*Lanchas en la bahía*. Zig - Zag. 1932, Santiago. *Acerca de la literatura chilena*. Atenea N.º 68, Concepción, 1930.

- SARMIENTO, Domingo Faustino.—*Viajes en Europa, Africa y América*. Impr. de Julio Belin y Cía., Santiago, 1849.
- SEOANE, Manuel A.—*Pentágono alrededor de «El Roto»*. Atenea N.º 61. Concepción, 1930.
- SEURA SALVO, Carlos.—*Tipos chilenos en la novela y en el cuento nacionales*. Impr. de la Universidad de Chile, Santiago, 1938. *La obra de Manuel Rojas*. Rev. Estudios, N.º 102. Santiago, 1941.
- SILVA CASTRO, Raúl.—*Para la futura novela chilena*. Atenea, N.º 64, Concepción, 1930. *La madurez en la literatura*. Atenea, N.º 66, Concepción, 1930. *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura*. Atenea, N.º 67, Concepción, 1930. *Fuentes bibliográficas para el estudio de la literatura chilena*. Impr. de la Universidad de Chile, 1933. *Obras desconocidas de Rubén Darío*. Impr. Universitaria, Santiago, 1934.
- SILVA, Gustavo.—*Un marino*. Impr. de la Armada, Valparaíso, 1924.
- SILVA, Víctor Domingo.—*Palomilla brava*. Nasc. Santiago, 1923.
- SOLAR CORREA, Eduardo.—*Escritores de Chile* (Epoca colonial). Impr. Universitaria, Santiago, 1932. *Poetas de hispanoamérica*. Impr. Cervantes, Santiago, 1926.
- SUBERCASEAUX, Benjamín.—*Quince poemas directos*. Nasc. Santiago, 1936. *Y al oeste limita con el mar*. Ercilla, Santiago, 1937. *Chatna Boy*. Impr. Universitaria, Santiago, 1938. *Contribución a la realidad*. Ed. Letras, Santiago, 1939. *Chile o una loca geografía*. Ercilla, Santiago, 1940. *Rahab*. Nasc. Santiago, 1938.
- THAYER OJEDA, Luis.—*Narraciones históricas*. Ed. Guillermo E. Miranda, Santiago, 1905.
- THAYER OJEDA, Tomás.—*Las antiguas ciudades de Chile*. Impr. Universitaria, Santiago, 1911.
- TORNERO, Santos.—*Reminiscencias de un viejo editor*. Impr. *El Mercurio*, Valparaíso, 1889.
- VAN TIEGHEM, Paul.—*Historia literaria de Europa*. Zig-Zag, Santiago, 1939.
- VARGAS, Moisés.—*Adiós a la vida*. Impr. de la República, Santiago, 1870.
- VIAL, Román.—*Costumbres chilenas*, Santiago, 1907.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín.—*Crónicas de Valparaíso*. Impr. Victoria, Valparaíso, 1931. *De Valparaíso a Santiago*. Impr. *El Mercurio*, Santiago, 1877.
- VOLOSKY, Linda.—*El pueblo en la literatura chilena*. Memoria de castellano, Santiago, 1934.